

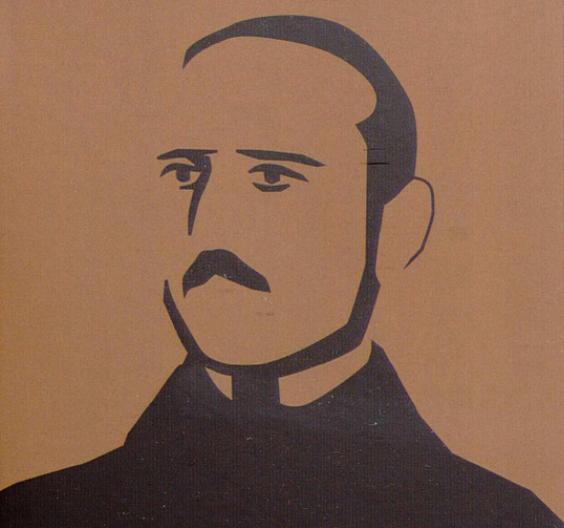
# POESÍA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg



## ENRIQUE GIL Y CARRASCO

“Tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma”.

[Villafranca del Bierzo, 1815-Berlín, 1846].

Una biografía apasionante bajo una lluvia de epítetos: romántico leonés, *ruiseñor del Bierzo*, poeta de la sinceridad, “de intensa ternura y melancólico idealismo”, “mucho de aspecto delicado, rubio, de ojos azules, soñador”.

La violeta, una gota de rocío, la muerte joven... convienen a su estampa delicada; pero Enrique Gil fue un humanista inteligente que en apenas diez años creó una obra avanzada y valiosa, aunque desconocida.

Amigo y protegido del incendiario Espronceda, Gil fue un liberal moderado, comprometido con su tiempo; González Bravo le nombra embajador en Prusia, donde conoce al sabio Humboldt y frecuenta los círculos masónicos. Es religioso a la manera de los grandes pensadores, el motor que hace girar su obra no es la fe, sino la certeza de la duda y el misterio. Su dios es la Naturaleza y sus elementos, el paisaje que eleva a categoría metafísica.

Toda su obra es actual y contiene cargas de profundidad contemporáneas: su poesía anticipa la de Bécquer e ilumina el Modernismo; sus críticas literarias y crónicas de viaje sientan cátedra; la epopeya templaria *El Señor de Bembibre* es la mejor novela histórica universal.













# POESÍA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO



Paradiso Gutenberg

# POESÍA

© *Poesía*, de esta edición, Paradiso\_Gutenberg, 2014.

© De la *Introducción*, Valentín Carrera, 2014.

© De la canción *Una gota de rocío*, Amancio Prada, 2014.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015,  
al cuidado de Valentín Carrera.

Portada: Fragmento de *El carro del heno*, John Constable, 1821. Óleo sobre  
lienzo, 130,5 cm × 185,5 cm. Galería Nacional, Londres

Diseño portada y colección: Denis Fernández Cabrera, Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO ha sido posible gracias a  
una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo*, cuyo mecenazgo  
agradecemos.

ISBN 978-84-941762-0-3

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de  
los propietarios del copyright.

Coedición:

**Paradiso** \_ Gutenberg



Paradiso

# POESÍA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg



## Nota del editor

Lector y lectora encontrarán en primer lugar el prefacio *A hombros de gigantes: 168 años de estudios sobre Gil y Carrasco*, que examina brevemente el estado de la cuestión en vísperas del II CENTENARIO del poeta, seguido de *Introducción a la poesía de Gil y Carrasco*, donde Valentín Carrera indaga las claves del idealismo giliano y propone nuevas lecturas de su poesía. Seguidamente, se incluye una *Cronología* de los poemas y los *Comentarios* o anotaciones a cada composición.

Por fin, se dan a la imprenta y a la web los treinta y dos poemas escritos por Enrique Gil entre 1837 y 1842, ordenados cronológicamente, revisados y corregidos, limpios y desnudos.

Este volumen se complementa con la edición facsímil de *Obras Líricas*, primera edición de las poesías de Gil, realizada por Laverde Ruiz en 1873, que no se ha vuelto a editar desde entonces y en la que se incluye un texto precioso, *Un ensueño*, biografía del poeta escrita por su hermano Eugenio. Con su publicación recuperamos un documento fundamental para conocer a nuestro autor y rendimos homenaje a la familia del poeta y a su mundo más íntimo.

El lector hallará, además, una sorpresa que es todo un privilegio: el CD con el tema musical inédito *Una gota de rocío*, interpretado por Amancio Prada, que se edita aquí en exclusiva por generosidad del artista berciano, a quien expresamos nuestro agradecimiento, extensivo al Consejo Editorial de *eBooksBierzo* por su asesoramiento y apoyo.

La edición digital se completa con la unidad didáctica *Guía de lectura* [[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)], que esperamos sea de utilidad para el conocimiento y goce del poeta villafranquino en todos los institutos y colegios, especialmente en los de León y El Bierzo.

22 de febrero de 2014

168º aniversario de la muerte del poeta

# VIDA LEONESA

Revista Semanal Ilustrada



DOÑA BEATRIZ por Demetrio Monteseirin

Año II

18 DE MAYO DE 1924

N.º 53

Homenaje a Enrique Gil y Carrasco

PRECIO EXTRAORDINARIO: UNA PESETA

## Prefacio. A hombros de gigantes: 168 años de estudios sobre Gil y Carrasco

Hay muchas razones valiosas para emprender el estudio de la vida y obra del escritor berciano Enrique Gil y Carrasco y afrontar la edición moderna de sus obras, tan olvidadas y desconocidas. La proximidad del II CENTENARIO de su nacimiento (1815-2015) es una ocasión importante, pero nos anima más la íntima convicción sobre el valor actual de Enrique Gil como poeta, periodista, novelista, crítico literario, diplomático, que todo ello lo fue de modo brillante e influyente, autor imprescindible para comprender el Romanticismo español. Nos anima también su condición de patriarca de las Letras Bercianas, fuente constante de inspiración en Ponferrada, Villafranca y El Bierzo.

Cisne sin lago, ruiñeñor del Bierzo, poeta de las memorias, poeta de la sinceridad, cantor del amor perdido... aunque tenga a su nombre estatuas, calles, institutos, Enrique Gil no es bien conocido por sus paisanos y su obra apenas ha sido leída, con excepción de la novela *El Señor de Bembibre* y poco más. Estas cosas suceden; presta más adornarse con los laureles del poeta que leer sus obras con provecho; si además las obras son de difícil acceso para el lector contemporáneo, en especial para los más jóvenes, nativos digitales que apenas visitan las bibliotecas de Babel, el resultado será que su obra permanezca invisible. De ahí la necesidad que sentimos de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO dirigida no solo a los lectores bercianos, sino a todos los públicos, pero pensada para las nuevas generaciones, que han venido para quedarse.

Al adentrarnos en el estudio de Gil, sorprende que las principales publicaciones no procedan de las cercanas universidades de León o Salamanca, sino de universidades extranjeras: Oxford, Toronto, La Sorbona, California, Verona, Colorado, Trieste, Pensilvania...

Próximos o lejanos, nos han precedido investigadores y críticos cuyo estudio es imprescindible, sabios gigantes a cuyos hombros, como diría Newton, contemplamos al poeta, desde Gumersindo Laverde Ruiz a

Juan Carlos Mestre, pasando por Jorge Campos, Ricardo Gullón, Jean-Louis Picoche y Ramón Carnicer. Con nuestro agradecimiento hacia los maestros, abrimos este primer volumen que inaugura la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO con un inventario de las principales ediciones de las obras de Gil y de los estudios y monografías que las han ido desgranando, a modo de estado de la cuestión.

En los 168 años transcurridos desde la muerte de Enrique Gil, se contabilizan, salvo error u omisión, las siguientes ediciones:

-dos ediciones de su obra (más o menos) completa: 1883 y 1954; esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO es la tercera edición completa.

-tres ediciones de su poesía: 1837, 1954 y 2010.

-cinco ediciones de los artículos de *Viajes y costumbres*: 1883, 1954, 1961, 1984 y 1999.

-cuatro ediciones del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*: 1883, 1954, 1985 y 1999.

-cuatro ediciones de *El Lago de Carucedo*: 1883, 1954, 1984, 1992.

-y más de veinte ediciones y cientos de reimpresiones de *El Señor de Bembibre*.

Los principales hitos en la recepción de la obra de Gil, sintéticamente, son los siguientes:

a. Gil muere en Berlín en 1846. La primera mención que documenta Peral es la de E. Ochoa, *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y verso*, París, Garnier, 1848, que reproduce dos poemas, *A F. O.* y *Un recuerdo del conde de Campo Alange*<sup>1</sup>.

b. Salvo esa mención, la obra de Gil permanece semioculta y dispersa en la prensa de la época hasta la 1ª edición póstuma de sus *Poesías líricas*, realizada por Gumersindo Laverde en 1873, veintisiete años después de su muerte. Laverde prologa la edición con la nota *Dos palabras* donde describe a Gil como “poeta lírico de intensa ternura, de

---

<sup>1</sup> Peral Vega, E., *Introducción*, en *Obra poética de Enrique Gil*, Breviarios de la Calle del Pez, León, 2000, p. 15 y ss.; repasa la recepción de la obra de Gil, cuyo hilo seguimos.

apacible y melancólico idealismo” y otros tópicos que en los cien años siguientes, dice Peral, serán repetidos *ad nauseam*. Volveremos sobre esta 1ª edición, cuyo facsímil ya tiene el lector en su mano.

c. En 1876, Gustave Hubbard en *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, otorga al olvidado Gil el título de “poeta” y lo contrapone a otros autores que considera inferiores: “A pesar del juicio positivo, no podemos afirmar que Hubbard conociera la edición publicada en 1873” [Peral].

d. Dos amigos de Enrique Gil, Joaquín del Pino y Fernando de la Vera e Isla, publican sus *Obras en prosa*, Madrid, 1883. La recopilación es meritoria y, desde luego, muy valiosa para el conocimiento futuro del autor, pero “el elogio sigue siendo solemne y poco aporta a la comprensión de la obra de Gil” [Peral].

e. El primero en “abandonar la sarta de tópicos” es el padre Francisco Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, 1899; el primero en advertir que la poesía de Gil se anticipa a su tiempo y abre caminos nuevos a Bécquer, Rosalía, los postrománticos o el modernismo, característica que no será analizada hasta bien entrado el siglo XX.

f. Tres años después de Blanco, Juan Valera incluye *Una gota de rocío* en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, 1902.

g. En 1915, José Lomba y Pedraja realiza la primera tesis doctoral sobre nuestro autor y analiza la influencia de Chateaubriand, particularmente de *El genio del Cristianismo* y del relato *René*, aunque, dice Peral, “poco más puede extraerse de la tesis de Lomba”. Su intimismo paisajista es encuadrado en una “escuela del Norte”, siguiendo las ideas de Menéndez Pelayo. Como veremos, la poesía de Gil mereció a Lomba un juicio muy severo.

h. Años después, en 1924, *Vida leonesa, Revista Semanal Ilustrada* dedicó un número especial a Enrique Gil con treinta colaboradores entre los que figuran todos los prohombres leoneses, Marcelo Macías, Severo Gómez Núñez, Mateo Garza, Francisco Roa, Arturo González

Nieto, César Gómez Barthe, Goy, Luengo, etc. Una revista entrañable, “precio extraordinario: una peseta”, en la que se da noticia de un homenaje a Gil que “debe consistir en primer lugar en hacer una edición económica y profusa de las obras de Gil, para que pueda ser conocido por todos”; han pasado noventa años y, al fin, el deseo de aquellos ilustres leoneses, se cumple.

i. En 1939, España salía de la Guerra Civil, el investigador Daniel-George Samuels publica en el Instituto de las Españas de Nueva York el ensayo *Enrique Gil y Carrasco. A Study in Spanish Romanticism*, primera y brillante cata procedente de universidades lejanas, a la que seguirán otras en las décadas siguientes.

j. Poco después, en 1941, Azorín concede a Gil importancia decisiva como paisajista en *El paisaje de España visto por los españoles*.

k. En 1943 Ricardo Gullón publica en la revista *Escorial* el ensayo *El poeta de las memorias*, anticipo de su definitiva y magistral biografía, *Cisne sin lago*, que dará a la imprenta años después.

l. En 1944 José María Goy, que había participado veinte años antes en *Vida leonesa* con el primer estudio sobre Gil como paisajista, publica *Enrique Gil y Carrasco. Su vida y sus escritos*, donde se queja del esfuerzo que supone investigar a un autor que parece “que vivió poco menos que en la edad prehistórica”, siendo entonces, y aún ahora, tan reciente.

m. En 1947, Gerardo Diego estudia la relación entre *Enrique Gil y Bécquer* [*La Nación*, Buenos Aires], y el entonces joven profesor don Benito Varela Jácome<sup>2</sup> publica *Paisaje del Bierzo en El Señor de Bembibre*.

n. Ninguno de estos trabajos ofrece una visión panorámica del autor y su obra; hubo que esperar a 1951, cuando Ricardo Gullón publica en *Ínsula* la biografía *Cisne sin lago*, que contiene algunas de las mejores páginas escritas sobre Gil, “una bellísima biografía”, apostilla Peral.

---

<sup>2</sup> Sabio catedrático de Literatura en Compostela, a cuyo temprano magisterio debe el que suscribe estímulo, orientación vocacional e infinita gratitud.

ñ. En 1954, el crítico Jorge Campos recopila por primera vez las *Obras Completas* [Biblioteca de Autores Españoles] un siglo después de la muerte del autor y setenta años desde las *Obras en prosa*. La edición contiene erratas y defectos, sí, pero el trabajo de Campos es meritorio y, dadas las circunstancias, excelente; es el volumen en el que todos hemos leído las obras desde entonces, único accesible, hito de oro en la recepción de la obra de Gil.

o. Se produce luego un silencio de casi veinte años: la inspiración vendrá de nuevo desde fuera, esta vez desde la Universidad de La Sorbona, donde el profesor Jean-Louis Picoche presenta en 1972 su tesis doctoral sobre Gil, referencia obligada para todo estudioso del romántico berciano<sup>3</sup>.

p. En los años siguientes los estudios se multiplican: las veinte obras dedicadas a Gil que relaciona Picoche en su bibliografía pasan a más de un centenar y las aportaciones crecen dentro y fuera de España. Dentro destaca la solvente edición de *El Señor de Bembibre*, realizada por Ramón Carnicer en 1971; y los ensayos bercianos de Quintana Prieto, *Juana Baylina, amor y musa de Enrique Gil*, Vicente Fernández, *Una nueva mirada sobre la vida y obra de E. G. y C.*; o Paz Díez Taboada, *Tema y leyenda del Lago de Carucedo*; hasta la biografía más reciente, de José Luis Suárez Roca, *El bardo de la niebla* [Ayuntamiento de Ponferrada, 2008].

Desde fuera llegan otras contribuciones valiosas, entrando también en los senderos de la recepción digital. Así, la Universidad de Oxford ha puesto en la red, en descarga gratuita, el facsímil de la edición princeps de *El Señor de Bembibre*, 1844, y la Universidad de Toronto la edición de Gil Blas de la misma novela, 1929, de la que hay al menos otras

---

<sup>3</sup> Picoche, *Un romantique espagnol, Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, [La Sorbona, 1972, 1.500 págs.], tesis doctoral en cuyo trayecto final tuve el honor de colaborar muy modestamente, ayudando a Carmela Nieto, la verdadera Carrasca ponferradina, a buscar pistas y documentos que Picoche le solicitaba desde París. Tenía catorce años y aquel fue mi primer contacto con Enrique Gil, nos hicimos buenos amigos y hasta hoy. Dejo constancia de mi gratitud al profesor Picoche y a Carmela, y del merecido reconocimiento que Ponferrada y El Bierzo aún les deben.

quince ediciones fáciles de consultar en la web, incluso con audio en castellano e inglés<sup>4</sup>.

q. En las últimas décadas el interés por la obra de Gil retoña. La meritoria colección especializada en cultura leonesa, Breviarios de la Calle del Pez, editada por la Diputación Provincial de León, publica *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, edición de María Paz Díez Taboada [1985, reeditado en 1999] y reedita *Cisne sin lago* de Gullón [1989]. Poco después, *Ámbito* publica en Valladolid *El Lago de Carucedo*, al cuidado de Carnicer [1992], y Ramón Alba los *Artículos de viajes y costumbres* [1999], olvidados desde los años cincuenta. Es la última hornada del siglo XX.

r. Entre los estudios más recientes, desde Berkeley, Universidad de California, nos ha llegado un ensayo imprescindible, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, del hispanista Michael P. Iarocci [1999], autor también de *Flor de un ignorado valle*, cuya exhaustiva bibliografía, más de doscientas referencias, colma toda expectativa de erudición. Desde la Universidad de Pensilvania, Russell P. Sebold ha estudiado *Tuberculosis y misticismo en El Señor de Bembibre, Gil y Carrasco y Beatriz: Patología y Poesía* [1993], y Ricardo Fernández Romero el relato autobiográfico en la poesía de Gil [2005].

s. En cuanto a la poesía propiamente, permaneció sin reeditar casi cincuenta años, desde las *O. C.* de Campos hasta que la rescata del olvido, por tercera vez, Breviarios de la Calle del Pez donde se publica *Obra poética*, preparada por Emilio Peral Vega [2000].

t. Por último, la *Introducción* de Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz Sanjuán a su edición de *El Señor de Bembibre* [Austral, 2004], contiene las páginas más penetrantes y esclarecedoras que se han escrito sobre la vida y obra del poeta. Más que una introducción, es un poderoso ensayo escrito con delicada maestría, cuasi definitivo, sobre “el poeta que echa migas de pan a la tristeza”.

---

<sup>4</sup> Véase nuestra edición digital en URL: [www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com).

Como no podía ser de otro modo, algunas obras están ya disponibles en formato digital; en *ebook* remitimos a nuestras ediciones de *El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo* [*eBooksBierzo*, 2012 y 2013], pero la presente BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO que se desdobra en papel y en *epub* digital, es la primera publicación sistemática de la obra de Gil y Carrasco en libro y en la red.

Tras este recuento, el lector convendrá que la posteridad no ha sido generosa con Gil; se le ha colmado de epítetos y laureles, pero su obra se ha publicado poco y se ha leído menos.

Esta biblioteca hace justicia histórica y, si bien no paga la deuda del Bierzo y de la literatura española con Enrique Gil, cuya cuenta no nos corresponde, satisface un deber personal de gratitud con el poeta cuya vida y obra hemos estudiado, gozado y vivido desde la más temprana adolescencia, cuando en compañía de Carmela Nieto llevábamos, en los aniversarios señalados, ramitos de violetas ante la tumba de su madre, doña Manuela Carrasco, al viejo cementerio del Carmen de Ponferrada.



Sea, pues, para goce de jóvenes y no tan jóvenes, esta moderna BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015, en papel y digital, edificada con gratitud a hombres de gigantes.

V.C.



## Abstract

Tres circunstancias empañan el conocimiento de Enrique Gil: el uso de tópicos y lugares comunes que ocultan su verdadera personalidad, la sombra oscura de sus protectores literarios y políticos, Estanislado y González Bravo; y la difusión de sus obras tardías y escasas, con excepción de *El Señor de Bembridge*. En este artículo proponemos una nueva lectura.

## Introducción a la poesía de Enrique Gil

Gil no es un romántico de su tiempo o la creación idealizada de Estanislado y González Bravo. Zanjemos sus antecedentes



El paisaje elevado a categoría literaria por un siglo y más; el paisaje típico de Gil debe ser leído en clave romántica.

En cuanto a la poesía, Gil es un poeta exiguo, apenas treinta y dos composiciones largas, de una rara perfección formal y métrica. Su poesía es íntima y sincera, cuya dicción nos transporta, igual que su prosa, a una arena sonora y brillante.

Estanislado y González Bravo



## Abstract

Tres circunstancias empañan el conocimiento de Enrique Gil: el exceso de tópicos y lugares comunes que ocultan su verdadera personalidad, la sombra oblicua de sus protectores literarios y políticos, Espronceda y González Bravo; y la difusión de sus obras tardía y escasa, con excepción de *El Señor de Bembibre*. En este artículo proponemos una nueva lectura de Enrique Gil, a saber:

Gil no es un romántico de su tiempo a la manera exaltada de Espronceda, Larra y Zorrilla, sino el primer postromántico que anticipa en treinta años la veta lírica de Bécquer y Rosalía e ilumina el Modernismo.

En política, Gil es un liberal moderado que lucha contra el absolutismo y participa del movimiento revolucionario de Espronceda; en pocos años llega a la cúpula del poder, encarnado por la francmasonería; es íntimo amigo del presidente Bravo y su misión diplomática en Berlín, donde conoce a Humboldt, es de primerísimo orden.

Gil es profundamente religioso, pero no en sentido católico; el motor que hace girar su vida y su obra no es la fe, sino la duda, a la manera de los grandes pensadores y místicos. Su sentimiento religioso es equidistante del catolicismo familiar, que no profesa, y del ateísmo de sus amigos románticos, que tampoco comparte; su única certeza es la duda. El idealismo giliano es panteísta, su «Dios» es la Naturaleza, “un amor inseparable de su profundo afecto por la patria chica, *El Bierzo*” [A. Peers]. El paisaje elevado a categoría metafísica que impregna su obra; el paisajismo tópico de Gil debe ser leído en clave panteísta.

En cuanto a la poesía, Gil es un poeta exiguo, apenas treinta y dos composiciones largas, de una rara perfección formal y técnica. Su poesía íntima y sincera, cuya declamación nos transporta, sigue siendo actual, cercana, sonora y brillante.

VALENTÍN CARRERA



con excepción  
 una nueva  
 de  
 Gil  
 de  
 sombra  
 González  
 de El  
 lectura  
 Gil  
 Epitome  
 en  
 modesto  
 En  
 absolut  
 en  
 franciscan  
 diplom  
 orden  
 Gil  
 que  
 los  
 equidist  
 sus  
 duda  
 amor  
 [A  
 obra; el  
 En  
 composic  
 íntima  
 ecclésiast

## 1. El hombre y su tiempo

### Nuevas lecturas del Romanticismo



“Debemos estudiar el romanticismo con ojos nuevos en lugar de ahogarlo en el farrago frío de la erudición”<sup>5</sup>. Con estas palabras abre Diego Martínez Torrón su edición de las obras completas de Espronceda. “Algunos críticos como Cortón y Cascales han falseado la ideología de Espronceda intentando asociarlo a una visión conservadora. Por el contrario, nuestro autor es un rebelde constitutivo toda su vida, y un hombre políticamente vinculado con el grupo minoritario pero muy influyente del conde de las Navas y otros líderes de la época de Espartero. Creo que hay que partir de un replanteamiento general de las coordenadas ideológicas y literarias en que se mueve nuestro Romanticismo”<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Ilustración *Los poetas contemporáneos*, de Antonio María Esquivel, 1846.

<sup>6</sup> Espronceda, *Obras Completas*, ed. de Martínez Torrón, Cátedra, 2006. p. 13 y ss.

Al leer estas líneas, pensamos de inmediato en Gil y Carrasco, cuyo paralelismo vital, político y literario con Espronceda es extraordinario: también la ideología de Gil ha sido falseada interesadamente desde distintas posiciones, casi siempre conservadoras. Como hace tiempo intuíamos, se trata de repensar no solo a Espronceda y a Gil, sino todo el Romanticismo, encasillado en tópicos y clichés, desnudarlo de aquel fárrago y hojarasca y descubrirlo de nuevo, aprender a leerlo con otra luz. Ojalá la ocasión que se nos presenta, con motivo del II CENTENARIO de su nacimiento, sirva para deconstruir al Gil y Carrasco manoseado y reconstruir la trayectoria vital y literaria del escritor y diplomático sin prejuicios y sin líneas de sombra.

Cuando en 1824 la familia de Juan Gil y Manuela Carrasco se traslada de Villafranca a Ponferrada, Enriquito tenía nueve años, de manera que en la ciudad templaria es donde crece y juega, en el entorno del río Sil y del castillo, como tantos niños ponferradinos que nos hemos bañado en las pozas del Estrechico, hemos hurgado fantasías en la cueva de la Mora o hemos jugado al clavo en los parterres de la plaza consistorial, donde la familia Gil vivía en casa blasonada que conserva su recuerdo. En esa misma plaza estaba el colegio de los Agustinos, “augusto templo de Minerva”, donde Gil estudió latines durante cuatro años, edificio derruido en 1963 sobre cuyo solar se alzó el actual Instituto *Gil y Carrasco*.



Ponferrada será, pues “la primera fundación consciente del origen como casa sagrada de los afectos, el lugar elegido por la memoria...”<sup>7</sup>. Como otros muchos niños de la comarca, Enrique completó estudios en el monasterio benedictino de Espinareda y, al cumplir quince años, en el seminario de Astorga, hasta el curso 1830-31: “Los quince años de Enrique Gil y Carrasco: la mitad de su vida. Los materiales para construir su obra poética y novelística están en parte asimilados, y se van sedimentando poco a poco en las horas de adolescencia”, escribe su biógrafo Ricardo Gullón.

En Astorga estudia Filosofía, antesala de los estudios de Teología, pero “al terminar el curso de 1831, frizando en los dieciséis años, abandona el Seminario. El adolescente ha ido muriendo día tras día (...) es modesto y soñador y su vocación no está bien definida. Se ignora si fue él o sus padres quienes escogieron el camino de la Licenciatura en Leyes, que puede llevar a todas partes y suele no conducir a ninguna”<sup>8</sup>. A Enrique los estudios de Leyes lo llevaron a Valladolid, donde toma contacto con el Romanticismo; conocemos sus lecturas y su admiración por Byron, Chateaubriand y Lamartine; y en cuanto llega a Madrid, en 1836, se inicia en el *Parnasillo* y se integra en el círculo literario romántico.

Los investigadores pioneros, Samuels, Gullón y Picoche, presentan a Gil como escritor típico de su generación, a la sombra de Larra, Zorrilla, Rivas y Espronceda, sombra perjudicial y abusiva que aplasta el verdadero perfil del poeta berciano. En aquellos años, estos poetas encarnan un romanticismo exaltado, turbulento y suicida, al que sucede un postromanticismo reposado, melancólico y soñador. Enrique Gil, coetáneo de los primeros, que acude al entierro de Larra y en política sigue los pasos del incendiario Espronceda, pertenece al segundo movimiento, al que se adelanta cincuenta años, anticipación estudiada por el profesor Iarocci<sup>9</sup>, pero vista antes por Gullón, “En *La gota de*

---

<sup>7</sup> Gil y Carrasco, *El Señor de Bembibre*, colección Austral, Madrid, 2004. Edición e introducción de Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz Sanjuán. Citado como Mestre y Muñoz.

<sup>8</sup> Gullón, Ricardo, *Cisne sin lago*, Breviarios, p. 39.

<sup>9</sup> Iarocci, Michael P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Berkeley, Delaware, 1999.

rocío, en *El Cautivo*, en *La violeta*, se anuncia la voz que a la generación siguiente cantará «las oscuras golondrinas» y la que, aún más tarde, se alzaría patética y dulce en *En las orillas del Sar*. Enrique Gil pertenece al grupo de grandes melancólicos cuyos más ilustres representantes españoles son Bécquer y Rosalía”<sup>10</sup>.

### El postromanticismo anticipado de Gil

Iarocci y Gullón consideran, pues, que Gil inicia una segunda constelación de románticos becqueriana y rosaliana, tan distinta de sus compañeros de tertulia en el Liceo, y sienta las bases de una poética distinta: “Conocer la obra de Gil es conocer una forma temprana del idealismo romántico que pasa por Bécquer, Rosalía de Castro, Verlaine y Rubén Darío para constituir una de las bases del verso de principios del siglo XX”<sup>11</sup>.

La poesía de Gil se anticipa a su tiempo. Escrita y publicada en la prensa entre 1837 y 1842, permanece desconocida y dispersa hasta que Gumersindo Laverde Ruiz reúne la primera edición, *Obras líricas*, en 1873. Recordemos que Bécquer escribe su primera rima en 1859<sup>12</sup> y completa en 1868 el manuscrito de *Rimas*, extraviado en la revolución del 68, veintidós años después de la muerte de Gil. Bécquer fallece en 1870 y las *Rimas* se publican al año siguiente. Por estos azares de la historia, cuando tres años más tarde, en 1873, se editan por primera vez las *Poesías líricas*, parece que Gil imita a Bécquer, cuando la supuesta influencia sería inversa pues, a la muerte de Enrique, Gustavo Adolfo tenía diez años.

La posible influencia de Gil en Bécquer ha sido estudiada por Gerardo Diego y Picoche, ambos la consideran escasa o inexistente, “es probable que no haya habido filiación directa y segura, sino una comunidad de temperamentos”<sup>13</sup>. Lo que importa aquí, volviendo a Iarocci, es que Gil y Bécquer, de distintas generaciones, comparten temperamento romántico con treinta años de distancia. Tal vez Bécquer

---

<sup>10</sup> Gullón, p. 10.

<sup>11</sup> Iarocci, p. XI.

<sup>12</sup> “*Tu pupila es azul...*”, titulada *A imitación de Byron*. Cfr. CVC, URL: <http://cvc.cervantes.es/obref/rimas/rimas/rima29.htm>.

<sup>13</sup> Picoche, op. cit., p. 357.

nunca leyó a Enrique Gil, o solo algún poema suelto, pero al cotejar uno y otro, nos parece advertir que los versos de Gil contienen ya, como decía Gullón, las oscuras golondrinas y el arpa olvidada, del salón en el ángulo oscuro. Esto es así porque, con treinta años de anticipación, Gil y Carrasco es el primer posromántico, anterior a Carolina Coronado, Bécquer y Rosalía, con quienes comparte sensibilidad lírica y estética, al punto que, según Iarocci, “Gil representa un hito en la evolución de la veta lírica más importante de la segunda mitad del siglo XIX español”.

“Una poesía ajena al tiempo que la vio nacer”, dice Emilio Peral, siguiendo los pasos del primer crítico que ya en el siglo XIX fue consciente de la anticipación de Gil, el padre Blanco García, autor de *La literatura española en el siglo XIX*: “No había nacido para este siglo audaz y batallador su espíritu, que sólo gozaba con la suavidad melancólica de los recuerdos, y del que transpira, con natural expansión, la queja blanda y reposada. Este cantor simpático de la tristeza se agita tras ideales imposibles, y no halla en la realidad de la vida sino decepción, lágrimas y amargura: sueña con la neblina que envuelve los restos del despedazado castillo, con la soledad de las catedrales góticas, con lo cuentos de hadas, con la endecha que exhala el cautivo en su prisión, y entre las mismas flores no cantó a la rosa encendida, sino a la humilde violeta”<sup>14</sup>. Para Blanco nuestro poeta era tan próximo a la mística que, en otras circunstancias y con otra educación, bien pudiera haber emulado los pasos de fray Luis de León o Santa Teresa; lo cierto es que fundó una línea de inspiración poética que no cayó en saco roto, dice Peral, “pues sería continuada después por el mejor de nuestros poetas románticos, Bécquer”.

Mientras Espronceda se desenfrena en *A Jarifa, en una orgía*, el poeta berciano escribe en 1838 versos similares a los de Coronado diez años después, a los de Bécquer en 1858 y a los de Rosalía en 1884 (*En las orillas del Sar*). Esta influencia temprana de Gil fue detectada por Cossío<sup>15</sup>, pero es mérito de Iarocci documentar a Gil como nuestro primer posromántico y, si no padre, tal vez abuelo del Modernismo.

---

<sup>14</sup> Blanco García, F., *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, 1899, pp. 174-175, cit. por Peral, p. 18.

<sup>15</sup> Cossío, *Poesía española: notas de asedio*, 1936.

Gil participa de la efervescencia literaria del momento, incluida la polémica entre classicistas y románticos, en la que se posiciona en una “veta conciliadora” o “poética del justo medio”, en palabras de Emilio Peral, poética cuyas bases teóricas desgrena en sus precisos artículos de crítica literaria, en especial los dedicados a Zorrilla y Espronceda, donde construye su “poética del sentimiento”<sup>16</sup>:

Así que, nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar; y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneos, y no fosfórico resplandor, que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen<sup>17</sup>.

Aparece ahí ya enunciada una constante en la poesía de Gil que todos los autores subrayan, su ingenuidad y franqueza, el calor de las pasiones ha de ser real y espontáneo, sin fingimientos, sin imposturas. Este rasgo le ha valido a Gil otra etiqueta, la de “poeta de la sinceridad”.

La cercanía personal y política entre Gil y Espronceda fue grande, y la sombra que Espronceda proyecta en su entorno, inmensa, capaz de anublar a poetas de la talla de Gil, relegados a papeles secundarios. Pero, al igual que no compartió con Espronceda fervores anticlericales, Gil tampoco es esproncediano en sus poemas, y explicita las distancias estéticas en su crítica a la poesía de su íntimo amigo, “posiblemente uno de los manifiestos más atinados del Romanticismo español”, a juicio de Mestre y Muñoz, donde valora negativamente el poema *Pelayo*, “falta la experiencia de las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía”.

Espronceda era impetuoso, en palabras de Torrón: “un romántico apasionado que hace versos acerca de lo que constituye su modo de vida (...) un individualista radical en libertad efervescente”<sup>18</sup>. Nuestro Romanticismo, sigue Torrón, es ideológico y comprometido, muy politizado y social diríamos hoy; mientras los románticos ingleses cantan

---

<sup>16</sup> Peral, p. 30.

<sup>17</sup> Gil, Poesías de don José Zorrilla, en O. C., p. 481.

<sup>18</sup> Espronceda, O. C., Martínez Torrón, p. 18.

una visión idealista de los mitos clásicos, Espronceda hace poemas a pobres, mendigos, verdugos, odaliscas y piratas. “España estaba muy preparada para este aspecto populista ya desde la novela picaresca, género único en la historia de la literatura universal, que ensalza a la figura del marginal”<sup>19</sup>.

Entre Espronceda y Gil hay multitud de paralelismos aparentes, da la impresión de que Gil sigue en todo los pasos del líder: los dos escriben un poema titulado *A \*\*\**, los dos honran la memoria del general Torrijos, escriben al *Dos de Mayo*, al cautivo o la cautiva, a la degradación de Europa, a una mariposa; pero más allá de estas coincidencias del momento –se diría que en el *Parnasillo* todos escriben sobre las mismas mariposas y violetas; los tópicos aparecen en multitud de autores–, entre Espronceda intempestivo, exaltado y rotundo, y Gil, hondo y reposado, las diferencias son claras. “La acusada influencia de Espronceda –certifica Gullón– no basta a desviarle de su ruta”.

Ninguno de los compañeros de partida romántica era timorato: son hartos osados para su tiempo los poemas pornográficos de Espronceda, digno heredero de Quevedo, y aún más las láminas obscenas que los hermanos Bécquer dedicaron a la Reina Isabel II, aunque estas cosas no las estudien los chicos en el bachillerato, donde se usa una versión *light* y descafeinada de los autores más cáusticos, pero Gil no participa de esos desenfrenos políticos ni literarios.

Gil tiene una personalidad distinta y poderosa hacia dentro: “Nostálgico desde mozo, padeció una cierta incapacidad para gozar el presente; su tristeza no es retórica, sino emanación del alma; es raro hallar en sus versos acento falso, ademanes adquiridos en el gran almacén romántico de gestos a medida. El engolamiento y el énfasis que Gil rechazaba por instinto, acogiéndose a una sencillez de expresión, le convierten en precursor”<sup>20</sup>.

En conclusión: aunque Enrique Gil comulga políticamente con Espronceda, la partida del conde de Navas y su entorno masónico y revolucionario, participa plenamente en las intrigas y en los círculos más altos del poder, obtiene cargos y misiones diplomáticas importantes, su

---

<sup>19</sup> Martínez Torrón, p. 19.

<sup>20</sup> Gullón, p. 9 y ss.

posición política, contraria al absolutismo, es moderada; su religiosidad, como a continuación veremos, nace de la duda y el misterio; y todo ello en el seno de una personalidad intensa de la que mana su obra poética, anticipada por esos rasgos biográficos distintos de la época que le toca vivir. Una poesía bien distinta de la de Espronceda, Tassara, Avellaneda y de todos los poetas del momento; tan original y novedosa que inicia el posromanticismo con décadas de antelación. Es, pues, el momento de revisar los mimbres estéticos e ideológicos con los que Enrique Gil construye su poética.

<sup>1</sup> Ibid. p. 40.

<sup>2</sup> Muñoz Torres, p. 13.

<sup>3</sup> Gil, *Enrique Gil y Sola*, p. 13.

## 2. La certeza de la duda y el panteísmo de la Naturaleza

### La religiosidad de Gil y Carrasco

Algunos estudiosos de Gil coinciden en resaltar su religiosidad y hemos de suponer que lo hacen desde la buena fe; en todo caso, desde su fe. Picoche y Augusto Quintana, y en menor medida Gullón, parten de una posición apriorística que no se cuestiona, cuando el poeta dice «Dios», para ellos está claro que habla del Dios católico y quien habla es un creyente.

A otros autores nos parece lo contrario, que Gil no era creyente ni católico, o mejor dicho, que había perdido la fe. Borja Rodríguez, a propósito de *El Lago de Carucedo*, habla de “rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”<sup>21</sup>. Que el protagonista de la narración sea impío, no exige que lo sea el autor, aunque en Gil los rasgos autobiográficos siembran su poesía, sus crónicas y sus personajes, ya sea Salvador o don Álvaro Yáñez. Pero el autor es muy explícito en un texto valioso, por ser tardío, cercano a sus últimos días, que escribe lúcido, triste y enfermo, camino de Berlín en su *Diario*, y que no pasó desapercibido a Gullón:

En las iglesias de Gante se celebraban oficios con excelentes música; en las de Brujas me he encontrado la celebración de vísperas con gran pompa y un gentío extraordinario. Si la religión no fuese santa de por sí, nuestra razón debiera divinizarla (...); éstas son las mismas escenas a que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un *no sé qué* de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas esas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; *de las creencias que nunca debiéramos ya no perder, sino ni aun*

---

<sup>21</sup> Rodríguez Gutiérrez, B., *Cuento y drama romántico en El Lago de Carucedo*, eBooksBierzo, 2013, p. 32. V. en la misma obra, Carrera, *La dama berciana del lago*.

*arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán*<sup>22</sup>.

“Enrique se nota cambiado —certifica Gullón—, en su confianza late una queja contra la vida (...) que suplanta la fe con el ácido desasosiego de la duda”. Tal es lo que en 1844 le queda al Gil, maduro y descreído, de la fe de su infancia, «lo que de salud a los enfermos», metáfora en la que su quebrantada salud se desdobra en lo físico y en lo espiritual.

No podemos detenernos aquí en la cuestión religiosa en Gil con la profundidad que requiere el asunto; pero la controversia debe llevarnos a otra reflexión. Si la lectura de su poesía permite una etiqueta y la contraria, quizás estamos ante una dimensión honda de su pensamiento que no admite simplificaciones, la ambigüedad de su poesía es una riqueza.

No discutimos los datos biográficos de Picoche: “Oriundo de una familia tradicionalista, su tío paterno es benedictino exclaustro. Además, hizo sus estudios en dos colegios suprimidos en 1835”, pero sí su valoración: “En los relatos de viaje, no se ve el menor rasgo anticlerical. (...) Metido en un ambiente revolucionario y anticlerical, sabe ser amigo de personalidades como García de Villalta, González Bravo o Espronceda, sin dejarse contagiar por sus opiniones. Liberal y moderado (...), idealista, cree que el único modo de regenerar a España es una vuelta ideal de las Órdenes caballerescas. Finalmente, en medio de la lucha antirreligiosa, se muestra partidario resuelto de las Órdenes Religiosas y de su restablecimiento”<sup>23</sup>.

El autorretrato de Gil en Brujas es más exacto que el retrato bienintencionado de Picoche; una lectura nueva y distinta de Gil desmiente su ejecutoria católica y la pérdida de su fe, “lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán”; pero el mismo fragmento de su *Diario* y otros muchos textos, incluidas las *Poésias*, confirman que Enrique era profundamente religioso, que son dos cosas bien distintas.

Como todos los grandes pensadores atormentados por la religión, desde Pascal a Unamuno, pasando por su contemporáneo

---

<sup>22</sup> Gil, *O. C.*, p. 364 y Gullón, p. 125 y ss. La cursiva es nuestra.

<sup>23</sup> Picoche, pp. 110 y 115.

Chateaubriand, cuyas obras lee, Enrique Gil habita en el territorio de la duda, «el ácido desasosiego», y en su poesía hay una constante indagación acerca de la vida y de la muerte, del destino y de lo absoluto. Hay un presentimiento de la divinidad –encarnada en la Naturaleza, a la manera de Spinoza– a la que Gil interroga. Aunque sus amigos eran liberales, anticlericales y descreídos, por no dejar de citar una vez más al impío y pornográfico Espronceda, Gil no se deja arrastrar ni siquiera por el ateísmo de los más íntimos y allegados: mantiene su religiosidad deísta, su sentido trascendente de la vida.

Picoche considera *El Señor de Bembibre* “novela de la exclaustación”, pero nos cuesta ver la llama de la fe en escenas explícitamente masónicas y sacrílegas; y antes de concluir una defensa de las órdenes medievales, habría que considerar si Gil, valiéndose de la trama templaria, está hablando del siglo XIX, de las órdenes secretas, masones y carbonarios, de rabiosa actualidad en sus días, tan prohibidas y perseguidas como los templarios en su tiempo [Espronceda acababa de pasar por la cárcel y el exilio]. El paralelismo nos parece evidente y Enrique participaba de aquellos círculos, sino como iniciado, lo que está por confirmar, sí con vínculos muy estrechos. Y, posiblemente, esto fue lo que más interesó al cabeza visible de la Gran Logia Nacional prusiana, Alexander von Humboldt, cuando Gil le entregó el primer ejemplar de *El Señor de Bembibre* en su biblioteca de Berlín. Lo mismo ocurre en el relato *El Lago de Carucedo*, donde los protagonistas pecan y se condenan, y sucumben bajo la catarata o *diluvio universal*, sojuzgados no por un Dios clemente y caritativo, sino por un destino cruel y tirano. No es la fe la fuerza que mueve la rueda de ambas narraciones, sino la duda.

El pensamiento de Gil es panteísta. El idealismo giliano vendría a ser, desde una perspectiva nueva, tal como afirma Iarocci “el ideal trascendente que rige la obra de Gil y la nueva religiosidad estética, poco cristiana en el fondo, vehículo de expresión de una incipiente cultura secular”<sup>24</sup>.

Cuando Gil y Carrasco –que había estudiado Teología– menciona a «Dios», habla de un dios parecido al de Goethe, Shelley o Chateaubriand. Su “panteísmo egocéntrico”, en expresión de Américo

---

<sup>24</sup> Iarocci, p. XII.

Castro, es la relación entre el Yo y la Naturaleza, tema central de la poesía europea en el siglo XIX. Los tomistas decían “Philosophia ancilla Theologiae”; pero en el intenso proceso de secularización que vive la Europa moderna, la Filosofía, guiada por Spinoza y Kant, se emancipa y funda caminos propios: “Poesía, campeona de la Filosofía”, (“La filosofía misma se reduce a poesía”) tal como reformula Novalis, en expresión que resume el idealismo giliano.

### El idealismo giliano

“El Romanticismo es un fenómeno cultural de una profunda vitalidad que se sumerge en la Historias y reaparece posteriormente. El Modernismo es una supervivencia del Romanticismo, y las mujeres evanescentes de Bécquer [y de Gil] resurgen en los cuentos de Rubén Darío. (...) Quizás lo que caracteriza el Romanticismo es la elevación al plano simbólico de los problemas fundamentales de la existencia humana”<sup>25</sup>.

¿Cuáles son esos problemas fundamentales en la poética de Espronceda, de Gil y de sus contemporáneos, cuál era su actitud ante la vida y la muerte, ante Dios, la religión, la felicidad, el destino, cuál fue su cosmovisión romántica?

Iarocci deriva la cosmovisión revolucionaria y atea de Espronceda del sensismo de Locke –el alma no piensa sin los sentidos– y de Fichte, quien liquida “la cháchara escolástica” y sustituye la idea medieval de un dios “imposible y contradictorio” por la conciencia individual, el yo moderno que pasa a ser sujeto del pensamiento autónomo entonces, en pleno siglo XVIII, definitivamente en marcha.

La emancipación de la filosofía sirvienta es una larga marcha hacia la Razón sin la cual no es posible comprender en toda su plenitud la poética de Enrique Gil y Carrasco, cuya formación incluye la lectura de las vanguardias europeas, “aprende francés y lee con avidez a Chateaubriand, Lamartine, Rousseau, Walter Scott, Víctor Hugo”<sup>26</sup>, que sin duda eran novedad ardiente en la casposa corte madrileña de Fernando VII.

---

<sup>25</sup> Martínez Torrón, p. 20.

<sup>26</sup> Picoche, p. 261.

Conviene recordar que la Revolución Francesa, el fin del Antiguo Régimen, acababa de suceder en 1789: es famosa la anécdota del riguroso y metódico Kant, variando por primera y única vez en su vida su paseo diario el 14 de julio de 1789 para desviarse a comprar los periódicos de París que traían noticias frescas de la toma de la Bastilla<sup>27</sup>. Kant murió en 1804 y Enrique Gil nació once años después: apenas dos décadas desde la revolución que había cambiado, estaba cambiando Europa. Si comparamos la presencia generacional de la Transición (1975) entre nosotros, después de cuarenta años, o el impacto de la caída del muro de Berlín en 1989, es fácil entender que en 1836 la Revolución Francesa seguía siendo un acontecimiento de primerísimo orden.

Kant conoció el movimiento poético *Sturm und Drang*, *Tempestad e ímpetu* (1776) que Schiller y Goethe abrazaron en su juventud. En opinión de Iarocci, Schiller está en la base del idealismo giliano: su poesía filosófica proclama la unidad entre naturaleza y espíritu. “La naturaleza es un dios dividido hasta el infinito”.

El dios-naturaleza de Schiller alienta en el dios-paisaje de Gil y explica su trascendencia como paisajista; no es un tópico al uso, forma parte de su esencia como poeta, como subrayan Mestre y Muñoz: “La naturaleza entera es percibida [por Gil] como un símbolo primordial y que, como tal, irradiará las misteriosas leyes de su funcionamiento al mecanismo lingüístico del poema”<sup>28</sup>.

El dios-paisaje, entendido como abstracción de la Naturaleza, es la clave filosófica que sostiene el arco del idealismo giliano. “Frente al paisaje, como frente al recuerdo, la sensibilidad de Gil se exagera: tal es uno de los signos románticos que acusa con plasticidad. Allison Peers supone que «su amor por la Naturaleza era inseparable de un profundo afecto por la patria chica». Esta breve observación suministra una de las claves para entender la obra del poeta berciano, sobre la cual gravita la

---

<sup>27</sup> San Miguel, *El paseo del filósofo*, *El Catoblepas*, núm. 32:8, octubre de 2004. URL: <http://www.nodulo.org/ec/2004/n032p08.htm>.

<sup>28</sup> Mestre y Muñoz, p. 46.

querencia del terruño, como gravita sobre su vida”<sup>29</sup>.

Es seguro que Enrique —cuya labor como crítico literario es valiosa<sup>30</sup>— conocía a Schiller, a quien cita en el artículo sobre *Macbeth*, y a Goethe, cuyo escepticismo considera “lúgubre y nebuloso”<sup>31</sup>. Son los autores de moda en las capitales europeas y sus coordenadas se cruzan: Goethe muere en 1832, cuando Gil acaba de llegar a Valladolid y toma contacto con el círculo literario de Zorrilla.

En el eje de las abscisas europeo, Goethe escribe *Werther*: la impotencia del hombre para trascender su conciencia; Chateaubriand, *René*, un héroe frente a su propio abismo; y Shelley, *Alastar*, el espíritu de la soledad. En el eje de las coordenadas madrileñas, Zorrilla y Espronceda pintan a don Juan Tenorio y a don Félix de Montemar asistiendo a sus propios entierros; Gil y Carrasco resucita de entre los vivos a su Lázaro templario muerto, don Álvaro Yáñez. Todos ellos participan de la misma «música eterna» y del «misterio sin fin» presentes en los versos de Gil, *Un día de soledad*.

El aliento común es el panteísmo romántico, la fusión entre alma y naturaleza que desemboca en una divinización de la naturaleza que en Gil toma la forma literaria de su aclamado paisajismo: en el idealismo gilista, el paisaje es la nueva deidad a la que rinde culto su pluma y ante la que el poeta, admirado, se inclina. Será para él, lo sublime.

Ni la fe religiosa, ni el razonamiento deísta, ni estos vestigios neoplatónicos explican completamente el nuevo universo poético que transmite Gil. (...) Sus versos comunican unas sensaciones y un sentimiento mucho más inmediatos a la contemplación del paisaje natural<sup>32</sup>.

Si hay algo de mística en Gil es su contemplación del paisaje, que aparece en los relatos y novelas y transita toda su poesía, y, por excelencia, la contemplación mística del paisaje berciano, que es tanto como decir su infancia, que por primera vez un escritor eleva a categoría de divinidad pagana: reléase a la luz de este candil *El lago de Carucedo*.

---

<sup>29</sup> Gullón, p. 10 y ss.

<sup>30</sup> Véase una vez más Picoche, p. 285 y ss. y el tomo IV de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *Crítica literaria*.

<sup>31</sup> O. C., p. 478.

<sup>32</sup> Iarocci, p. 8.

Gil rinde pleitesía a Las Médulas, al Pajaríel y a la Aquiana, adora los lagos y los ríos, reza a las montañas y a las flores, llora a sus antepasados ante los torreones trepados de hiedra, ora ante la Tierra Madre, y sacia su pena y su desgracia ante el destino, como un indígena desnudo y frágil implorando piedad al dios de la lluvia. “Su efecto –dirá Longino a propósito de la oratoria, y lo trae a cuento Iarocci– no es la persuasión, sino el transporte”.

Igual que sus descripciones del paisaje, los versos de Enrique Gil nos transportan como salmos, como preces elevan el alma en la lectura. “Este panteísmo de Gil –concluye el profesor de Berkeley–, no necesariamente cristiano, pese a la mayúscula con que Gil escribe *Dios*, es uno de los secretos del delicado lirismo que impregna las descripciones del paisaje del Bierzo en *El Señor de Bembibre*”<sup>33</sup>. Y ese panteísmo naturalista, el «idealismo giliano» del que venimos hablando, inspira y traspasa toda la obra del poeta que, leída de nuevo con otra devoción, ensancha su cauce profundo, nos transporta y nos eleva.

En Gil la idea de «dios», que en esta edición de sus poesías escribiremos con minúscula, por su connotación panteísta<sup>34</sup>, es la de una divinidad fatal a la que el poeta constantemente interroga; en expresiones tomadas de sus versos, esa deidad es «punto misterioso», «punto en el espacio», «celestial reposo».

Falto de fe, en el sentido tradicional de la palabra fe, el poeta intuye su destino fatal y duda: “Sea la rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios el auténtico sentimiento de Gil, sea la manifestación de un estado de angustia momentáneo, no cabe duda de que pocos autores románticos estaban más predispuestos por su vida a sentir el peso de un destino caprichoso y cruel”<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> Iarocci, p. 12.

<sup>34</sup> El criterio es discutible; es impensable que un tipógrafo del XIX escribiera *dios* en vez de *Dios*; pero igual que cabe hablar de dioses griegos o de la diosa Naturaleza, el dios Zeus indica que hay otros, mientras que Dios admite que solo hay uno y muy concreto, que no es el de Gil. La deidad que comparten Shelley, Byron y Gil es panteísta, no es el *Dios* de la *Biblia*, sino un *dios* cósmico. Por ello, en esta edición, subrayando el panteísmo poético de Gil, empleamos la minúscula, más fiel al pensamiento de Gil, grafía que no debe ser entendida de modo irrespetuoso.

<sup>35</sup> Rodríguez, Borja, p. 32.

Ante el destino aciago, no la fe, sino la certeza de la duda: “La intuición [de ese ser superior] no conduce a una conclusión definitiva, sino que se manifiesta como intelección titubeante”, dice Iarocci comentando *Una gota de rocío*. Anticipación del conocido verso de Bécquer: “Mientras haya un misterio para el hombre, habrá poesía”.

Olorosa de misterio, la poesía de Gil está llena de preguntas... sin respuesta. El poeta interroga al vacío, a la niebla, a la campana que tañe solitaria en la torre, al paisaje; pero —añade Iarocci— nunca las preguntas que formula conducen a respuestas afirmativas. A diferencia de los románticos exaltados —Tenorio y Montemar son retadores, titánicos, desafían al destino y a la muerte—, Gil y Carrasco nos muestra el rostro humano de la duda, el escepticismo que él mismo advierte en Goethe. Y el desaliento. Es un poeta de rostro humano, cercano al lector, íntimo. Este cambio cualitativo en el Romanticismo, desde la épica *Canción del pirata* a la lírica más depurada, es un giro carrasquiano que Bécquer consagra y que confiere a ambos su valor contemporáneo.

#### La inocencia de la edad: el relato de infancia

Hay otros muchos rasgos de anticipación en la poesía de Gil que han sido estudiados, más por hispanistas de universidades lejanas que en los patios académicos domésticos. El profesor de la universidad de Colorado, Ricardo Fernández, ha explorado el relato autobiográfico de infancia y juventud en la poesía de Gil, otro rasgo anticipador y novedoso por cuanto “el tipo de autobiografía que se escribe en España, en prosa, durante la casi totalidad del siglo XIX es refractario a la expresión de la intimidad. (...) Es en la poesía donde encontramos las primeras manifestaciones de una escritura autobiográfica moderna sobre la infancia”<sup>36</sup>.

La perspectiva autobiográfica es de gran interés para entender las claves del poeta, dada “la estrecha relación que puede existir entre la experiencia de la infancia y ciertas características del texto lírico en tanto que sería en este donde mejor podría apresarse esa percepción mágica, nueva, que se supone al niño y a la que el adulto-poeta aspira en su oficio. El lenguaje impresionista, el fragmento, la no narratividad del

---

<sup>36</sup> Fernández, R., *De la inocencia de la edad*, p. 5, v. bibliografía.

poema se ajustan tanto al primer descubrimiento del mundo, como a la anhelada experiencia de vivir fuera del tiempo corruptor<sup>37</sup>. Como luego observaremos, esta anhelada experiencia, el paso del tiempo, *Ubi Sunt*, es tópicos constante en los poemas de Gil.

La escritura autobiográfica de Enrique Gil tiene precedentes inmediatos en Víctor Hugo y Lamartine, y encuentra expresión en el ciclo que nuestro poeta titula *Recuerdos de infancia*, formado por tres poemas de 1838, *La niebla*, *El Sil* y *La mariposa*, “las primeras muestras de un intento de reflexión sobre el valor de la propia infancia en el sentido general de la vida”.

De nuevo Gil se anticipa a su época y lo hace en versos de tono elegíaco que Picoche incluye en la «meditación lamartineana»: “Los asuntos son tristes y melancólicos, jamás hay una sonrisa o un chiste. Los objetos simbólicos son débiles, tristes, amenazados o arruinados. Es poesía elegíaca siempre. La lamentación es imprescindible. El poeta siente la aproximación de la muerte. Tiene piedad por lo débil y delicado. El tono es suave, menor, lánguido, sensual<sup>38</sup>”.

Pero estas elegías de infancia no se centran en la muerte, matiza Ricardo Fernández, sino en otro tema también propio de la elegía, el paso del tiempo y, en el ciclo de Gil, la pérdida de la infancia: “El paso del tiempo en los recuerdos de Gil y Carrasco supone el enfrentamiento del yo lírico con su ser pasado. (...) [el poeta que recuerda/el niño que se fue]. El resultado de este juego de dobles es la contemplación por parte del que recuerda del ser que se fue como un muerto, enterrado en el tiempo, en el pasado. Entre uno y otro se levanta una distancia radical que el yo que recuerda se ve impelido a salvar mediante la escritura<sup>39</sup>”.

Nace así la poesía como una necesidad: el yo lírico –prosigue Fernández– desearía recuperar el tiempo feliz y poner remedio a los defectos de la vida adulta, las angustias, dudas, temores y tinieblas en las que vive el poeta y tal efecto lo consigue Gil mediante el lamento, la escritura de sus *Recuerdos de infancia*, que Fernández considera un proceso casi iniciático: “Esa necesidad de recuperar e integrar la infancia

---

<sup>37</sup> Fernández, p. 7.

<sup>38</sup> Picoche, p. 307.

<sup>39</sup> Fernández, p. 9.

la plantea Gil en el uso de ese presente de indicativo con el que logra restablecer, momentáneamente, lo perdido: "Soy hermoso, inocente"<sup>40</sup>. En su reconstrucción de la infancia como paraíso perdido, la edad de la belleza y la inocencia, donde todo eran flores y amores, rosas y mariposas, y colorines cantarines, el poeta "inventa" sus recuerdos, hay una tensión emocional entre creer que su niñez fue idílica y perfecta y la razón que lo desmiente ["¿Por qué me dejé engañar / de tanta pompa y belleza?", *La mariposa*], y esta tensión, literaria, creativa, intensa, se resuelve a favor de lo que Fernández, tomando un verso del propio Gil, llama un «dichoso engaño»:

El yo lírico [de Gil] es consciente de que recuperar la infancia no puede nunca desafiar el desengaño. La realidad impide el lujo de idealizar el pasado. [Por ello] la literatura es el lugar donde revivir la infancia, donde hacerla presente, pero a condición de no perder de vista que se trata sólo de una ilusión en la que no debe confiarse demasiado. (...)

*La reflexión sobre la infancia adopta el tono trágico de un querer creer.* Sin embargo, esto no debe llevar a ver en Gil y Carrasco un dinamitador del mito romántico de la infancia, pues, en definitiva, la ecuación niño=poeta sigue siendo válida. El poeta pone el acento en la dificultad de ganar para el adulto esa actividad poética del niño ante la vida. Debemos ver, entonces, *el valor de Gil y Carrasco al situar bien temprano en el ámbito del recuerdo de la infancia algunos de los principales problemas literarios que el género plantea* y que muy pocos, confiados en la transitividad de la escritura, se demostrarían dispuestos a afrontar<sup>41</sup>.

Poesía autobiográfica, pues, de extraordinario valor, en la que una vez más Enrique Gil se anticipa al momento del Romanticismo que le tocó vivir, siendo precursor de nuevos senderos poéticos cuyas ramificaciones se extienden también hasta nuestros días, como en el poema en prosa *Ocnos*, de Luis Cernuda.

Avanzadilla y vanguardia del postromanticismo, religiosidad profunda, casi mística, panteísmo de la naturaleza, idealismo cósmico,

---

<sup>40</sup> Fernández, p. 11.

<sup>41</sup> Fernández, p. 13. La cursiva es nuestra.

poemas de infancia autobiográficos, reconstrucción del sentido de la vida mediante el recuerdo del pasado. Tales son, en resumen, los rasgos de la obra poética que en este volumen presentamos. Ambigüedad, indefinición, vaguedad, intuición, misterio, interrogación. Estética de la duda e indagación de lo misterioso, poesía intimista que ensaya y preanuncia la nueva metafísica postromántica de la que Enrique Gil, anticipándose a Bécquer y Rosalía, es precursor. Iniciador de una larga evolución del Romanticismo reposado, que arranca a finales del siglo XVIII, se extiende durante todo el XIX y fecunda el Modernismo. Enrique Gil es el eslabón perdido sin cuya obra e influencia no es posible comprender y amar la poesía contemporánea.

poeta solo tuvo tiempo, si es que el tiempo establece en algo su pacto con la poesía, para implicarse en su propia muerte.

Hemos visto rasgos de la personalidad de Enrique Gil: su ternura y moderación, su sentido religioso, no convencional ni humanístico, su ansiedad. Sabemos que era lector ávido de los clásicos, incluso en latín, pero también en francés y alemán; preocupado por conocer tendencias y novedades; y sabemos cómo ejerció el periodismo y la crítica con rigor y precisión. Los lectores de esta BIBLIOTECA GIL Y CANTARERO saben cómo su vida breve fue poliedrica: periodista, crítico, polígrafo, diplomático, bibliotecario, novelista y, en lo que ahora nos toca analizar, poeta. ¿Fue un poeta menor o es un gran poeta? ¿Sentó Gil en su catedral a la belleza?

"La poesía de Gil no tiene nervio ni claridad, carece de orden estético, sentimiento vago, la rima y el metro son rebeldes a sus deberes...". son algunas de las diatribas que Lomba y Pedraja dedica a nuestro poeta, de quien solo salva *La violeta*. Como a Emilio Prados, una valoración parece "un ilustísimo juicio contra su poesía, resultado, sin duda, de una revisión apresurada de su obra", pero es posible que otros críticos y lectores compartan la posición de Lomba que apunta a la consideración de Gil como el autor de una excelente novela histórica, un buen prosista, y un poeta regular.

<sup>1</sup> Lomba y Pedraja, tesis doctoral, 1915, citada por Prados.



### 3. La perfección poética de Gil

¿Un poeta menor?

“Enrique Gil no sentó a la belleza en sus rodillas, no pudo saber su sabor, la miró de lejos; cierto es que la intuyó amarga, mas no la injurió –escriben Mestre y Muñoz, vibrantes-. Como John Keats, que muere veinticinco años antes que él, también fuera de su tierra, de la misma dolencia, hacia la misma hora de un semejante día de febrero, nuestro poeta solo tuvo tiempo, si es que el tiempo establece en algo su pacto con la poesía, para implicarse en su propia muerte”.

Hemos visto rasgos de la personalidad de Enrique Gil: su inteligencia y moderación, su sentido religioso, no convencional ni homologable, su sinceridad. Sabemos que era lector ávido de los clásicos, incluso en latín, pero también en francés y alemán, preocupado por conocer tendencias y vanguardias; y sabemos cómo ejerció el periodismo y la crítica con rigor y precisión. Los lectores de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO verán cómo su vida breve fue poliédrica; periodista, crítico, político, diplomático, bibliotecario, novelista y, en lo que ahora nos toca analizar, poeta. ¿Fue un poeta menor o es un gran poeta? ¿Sentó Gil en sus rodillas a la belleza?

“La poesía de Gil no tiene nervio ni claridad, carece de orden artístico, sentimiento vago, la rima y el metro son rebeldes a sus esfuerzos...”, son algunas de las diatribas que Lomba y Pedraja<sup>42</sup> dedica a nuestro poeta, de quien solo salva *La violeta*. Como a Emilio Peral, esta valoración parece “un durísimo juicio contra su poesía, resultado, sin duda, de una revisión apresurada de su obra”, pero es posible que otros críticos y lectores compartan la posición de Lomba que apunta a la consideración de Gil como el autor de una excelente novela histórica, un buen prosista, y un poeta regular.

---

<sup>42</sup> Lomba y Pedraja, tesis doctoral, 1915, citada por Peral.

Este criterio no puede ser compartido; a despecho de épocas y modas, Gil y Carrasco ha sido un buen poeta de su tiempo y a destiempo, considerando su corta vida; sus versos no son anticuados, suenan musicales, enérgicos y brillantes. Picoche documenta exhaustivamente hasta qué punto Gil dominaba la métrica y cómo sus composiciones tienen una rara perfección formal. La desgracia es que han sido poco y mal leídas, tenidas en desuso antes de tiempo y arrinconadas injustamente por las de mayor éxito y fortuna, ya sean de Espronceda o de Bécquer.

En su introducción a la edición de Breviarios, Peral reproduce la primera valoración de Gil, realizada por el ya citado Blanco García en fecha tan temprana como 1899: "Poeta de verdad, aunque nimiamente dócil al gusto de la nueva escuela, es el malogrado Enrique Gil y Carrasco, cuya fama, un tanto obscurecida acaso por su temprana muerte, renace ahora gracias a la publicación de sus obras en prosa y verso. Tuvo Enrique Gil un temple de alma soñador y delicado, con inclinaciones que parecen dejos de céltica melancolía. Tuvo también feliz instinto para traducir las ideas en galanas imágenes, que forman un bordado de labor rica y vistosa; pero a veces deslumbra su brillantez y confunde su profusión, convirtiéndose en fin principal lo que debiera ser medio solamente"<sup>43</sup>.

"No es un genio, opina D. Narciso Alonso Cortés —citado por Gullón—, pero en punto a delicadeza, a espiritualidad, no ha habido poeta que le aventaje. Un hálito sutil y flotante vaga por los versos de Enrique Gil, como la emanación de purísimas esencias que en suaves ondulaciones se difunde por la atmósfera hasta desvanecerse. Hay en sus rimas la menor cantidad de materia posible; son como el encaje de las aéreas agujas góticas, que parecen suspendidas en el espacio"<sup>44</sup>.

Más que comparar entre desiguales, y puesto que ni Espronceda ni Bécquer demandan amparo, se trata de reponer a Enrique Gil en el lugar que le corresponde, "el de quien abre una nueva vía a la poesía

---

<sup>43</sup> Tal vez la historia se repita en 2015... y renazca la fama de Gil, "obscurecida". Peral, p. 17.

<sup>44</sup> Alonso Cortés, *Viejo y nuevo*, cit. por Gullón, p. 11.

moderna”<sup>45</sup>, “el de una voz que supo elevarse sobre los convencionales ecos de su tiempo”<sup>46</sup>. En su tiempo y ahora, Gil es un gran poeta, un poeta olvidado y luminoso, cuyos versos piden ser nuevamente declamados en voz alta, como entonces hacían Larra, Zorrilla, Espronceda y el propio Enrique en las sesiones públicas del *Parnasillo*. Versos nacidos para decir el verso.

### Los treinta y dos poemas de Gil

No podemos saber exactamente cuántos poemas *escribió* Gil y Carrasco. Si recientemente han aparecido originales desconocidos de Rosalía o se descubren de vez en cuando manuscritos del Mar Muerto de autores de todos los tiempos, no descartemos que, entre los papeles subastados precipitadamente en Berlín, hubiera algún verso inédito, tal vez amarilleando en los estantes de algún anticuario berlinés.

De cualquier modo, la obra poética de Gil es escasa. La primera edición incluye 31 poemas, a los que Campos, rastreando prensa de la época, añade uno, *La palma del desierto*, que también recoge la tercera edición y la presente. Picoche habla siempre de 33 poemas, porque incluye, como Peral en la edición del 2000, el relato en prosa *Anochecer en San Antonio de la Florida*; pero luego, en la *Lista de obras*<sup>47</sup> relaciona 34, e incluye en segundo lugar *No me olvides* (1837), lo que nos causó sorpresa, pues no hallamos ninguna otra referencia, variante o coincidencia con primer verso alguno. Tras rebuscar, el propio Picoche nos ayudó a resolver el jeroglífico, es una errata: *No me olvides* es la cabecera de la revista literaria de Salas y Quiroga donde Gil publicó en 1837 *Una gota de rocío*. De modo que, eliminado el error y descartado *Anochecer en San Antonio de la Florida*<sup>48</sup>, siguen siendo, poemas, treinta y dos.

En las veinte páginas que Picoche dedica a analizar la poesía de Gil, elabora estadísticas que exceden los vericuetos de la métrica: “De los 4905 versos conocidos de Gil, 1300 van escritos en cuarteto

---

<sup>45</sup> Picoche, p. 309. Curiosamente, Picoche, que estudia a fondo su poesía, no tiene de Gil el mejor concepto como poeta.

<sup>46</sup> Peral Vega, p. 55.

<sup>47</sup> Picoche habla varias veces de “33 poemas”; v. págs. 290, 304 y 379.

<sup>48</sup> BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, T. V, *Introducción* de César Gavela, 2014.

endecasílabo, o sea, un 26 por ciento”<sup>49</sup>. Verso más o menos, no hay duda de la minuciosidad de Picoche; nos dice qué estrofas utiliza Gil y cuántas veces emplea cada una: “La quintilla se utiliza 19 veces en 17 poemas, en trozos largos y forman un total de 1405 versos. La silva se emplea dos veces en 2 poemas... etc.”.

Prestando más atención a lo cualitativo, enumeramos seguidamente, siguiendo a Picoche, las características técnicas de Gil como poeta:

-Es un poeta abundante que no gusta de miniaturas y encuentra su medio de expresión ideal en composiciones de 150 a 200 versos.

-Cada una de sus composiciones es una obra importante, construida, amplia y que requiere aliento poético.

-Gil emplea un total de veinte formas poéticas diferentes, siendo las más frecuentes el cuarteto endecasílabo de rimas llanas *abab* (40 veces) y la quintilla (19 veces).

-Emplea también el romance octosilábico, la silva e incluso, en tres ocasiones, el soneto: al final de *La caída de las hojas* y *El cautivo*, y en los primeros versos de *A Espronceda*.

-Utiliza también numerosas estrofas raras e irregulares, pero no deja versos que no formen estrofa o género poético fijo.

-Dentro de cada poema emplea gran variedad de formas; de los 32 poemas solo hay 7 que usen una sola forma poética; más de la mitad contienen tres, cuatro y hasta seis formas distintas.

-La técnica poética de Gil es compleja: “El poeta da una gran importancia al verso, a la estrofas, al ritmo, a la rima que siempre adapta a los sentimientos que quiere expresar”.

-En cuanto al ritmo, “Enrique Gil era muy sensible al ritmo de los versos” como muestra en *La campana de la oración*, ejemplo de una extremada regularidad en estos pentasílabos:

Trémulo son  
vibra en el viento  
¿Es el acento  
de la oración?

---

<sup>49</sup> Picoche, p. 289. El cómputo automático de *Word* da 4906 versos, uno más de los que contó el profesor a mano en 1972.

¿Es que suspira  
la brisa pura  
que se retira  
por la espesura?

En opinión de Picoche, “Gil intentó, con esos ocho versos cortísimos, evocar el primer golpe del badajo de la campana, su vibración, materializada por la rima aguda de los versos 1 y 4, y sus repercusiones en el alma del poeta. Luego vendrá el redoble marcado por la súbita irrupción de los endecasílabos”.

Pero la estrofa de Gil es aún más compleja: en la primera estrofa hay una aliteración, mediante la cual efectivamente Gil quiere imitar el sonido de la campana con los acentos en 1 y 4 sílaba de cada verso, y así sentimos dos tañidos en cada verso (*Trémulo son* = din/don). En la segunda estrofa, en cambio, el autor imita, mediante aliteración también, el sonido de la *brisa* con las *eses* repetidas. Esta estrofa recuerda muy de cerca la de Fray Luis “mi amado, las montañas,/ los bosques nemorosos, /el silbo de los aires amorosos”

–La música: “La musicalidad de los versos depende de la naturaleza de las vocales y consonantes empleadas y, a la vez, de su repetición, independiente del sentido”. Picoche pone el ejemplo “Y goza *tú* en buen hora / de *tus* dulces amados las caricias...”, donde la repetición del sonido *u* da impresión de suavidad.

–También consigue Gil un efecto brillante con la repetición de palabras o recurrencia anafórica, así en:

Que si es amar la vida  
si en el amar la dicha está cifrada,  
¿quién como tú querida?  
¿Quién como tú esperada?  
¿Quién como tú de todos deseada?

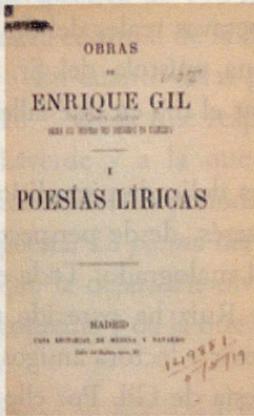
En fin, la elección de grupos consonánticos, la rima interna dentro del verso, el empleo del vocalismo como recurso, todo ello, concluye Picoche, “muestra la importancia del aspecto técnico y estrictamente material en la obra poética de Gil”.

Sobre esta sólida armazón técnica, concluyen Mestre y Muñoz, Enrique Gil “despliega un original tejido de sistemas simbólicos. (...)



## 4. Ediciones de las poesías de Gil

### Las tres ediciones anteriores



[1837, 1ª EDICIÓN] Enrique Gil escribió su poesía en apenas tres años, entre 1837 y 1840, con excepción del poema que dedica a Espronceda tras su muerte repentina en 1842. Es poesía, como ya se ha dicho, para declamar en público, para ser recitada en voz alta, al pie de un busto tocado con corona de laurel o de un féretro transido de pena tuberculosa, en una velada literaria o en una justa poética. Como otros muchos poetas, Gil publicaba sus composiciones en periódicos y revistas de la época, y allí fueron quedando dispersos y olvidados.

Tras su muerte prematura en 1846 –desamparado y lejos, sus libros y papeles personales fueron subastados en Berlín para pagar deudas–, pasaron casi treinta años hasta que Medina y Navarro publica la primera edición, *Poesías líricas* (Madrid, 1873), preparada por Gumersindo Laverde Ruiz, cuyo prólogo, *Dos palabras*, es el origen de la cascada de tópicos y adjetivos bienintencionados que en las décadas siguientes caerán sobre nuestro autor: “Poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable”.

“Háanos parecido tarea digna y honrosa la de reunir en colección los varios e interesantes escritos de aquel malogrado ingenio, salvándolos así

del peligro de desaparecer para siempre”<sup>50</sup>. Laverde Ruiz acertó plenamente.

En cuanto a la disposición de los poemas, no hemos podido deducir el criterio de Laverde para ordenar los treinta y un poemas impresos: no es cronológico, alfabético ni temático, diríase aleatorio.

Su edición incluye “la biografía del autor, escrita por su hermano D. Eugenio y por nosotros adicionada mediante algunas notas, tres poesías del mismo, consagradas a su recuerdo, otra en octavas reales del Sr. D. Fernando de la Vera é Isla, y, por último, una epístola del Sr. D. Eulogio Florentino Sanz, dedicada á conmemorar el día en que falleció el simpático y tiernísimo cantor de *La violeta*”.

Dicha biografía escrita por Eugenio Gil es una delicada pieza lírica y entrañable, que contiene datos históricos de interés, desde perspectiva tan próxima como la del hermano, tan unido al malogrado. Toda esta edición de *Obras líricas* al cuidado de Laverde Ruiz ha parecido tan valiosa a este editor que no pudimos negaros, lector y lectora amigos, el placer de acariciar esa primera edición de la poesía de Gil. Por ello, el facsímil de *Obras líricas*<sup>51</sup>, editado cuidadosamente en otro volumen, distribuido con este, forma ya parte inseparable de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO que pone al *Ruiseñor del Bierzo* a disposición de cuantos quieran gozar de sus versos.

[1954, 2ª EDICIÓN] La segunda edición tardó ochenta años, hasta *Obras Completas de don Enrique Gil y Carrasco*, publicadas en 1954, tomo LXXIV de la Biblioteca de Autores Españoles, “continuación de la Colección Rivadeneira con autorización de la Real Academia Española”

---

<sup>50</sup> *Poesías Líricas*, p. VIII. El vínculo entre Gil y su primer editor, Laverde (n. en 1835), además de cierto parentesco literario, como seguidores ambos de Ossian y Lamartine, deviene de amigos comunes como Joaquín del Pino, “hermano político de nuestro autor”, y Augusto de Cueto, “amigo cariñoso de Gil”, que encargaron a Laverde la edición y le facilitaron los poemas y las colecciones de los diarios donde habían sido publicados, de modo tal que “poco frutos de su privilegiado ingenio se habrán escapado a nuestras diligentes pesquisas”, dice el editor.

<sup>51</sup> De esta edición de Laverde se conservan ejemplares en las principales bibliotecas del país y, al menos, una reproducción digital editada por la Universidad de Toronto. URL: <https://archive.org/details/poesaslrlicas00gily>.

(aunque para entonces ya era Ediciones Atlas), con edición, prólogo y notas de Jorge Campos<sup>52</sup>.

Para Picoche se trata de una “edición muy poco cuidada, que desaconsejaría, si no fuera la única que presenta casi todas las obras de Gil”<sup>53</sup>, pero conviene hacer justicia con el trabajo de Jorge Campos, a quien *El Bierzo* también debe reconocimiento; su esfuerzo, en la perspectiva de 1954, nos parece valioso y ha sido nuestro báculo en la tarea editorial de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

En cuanto a las poesías, la edición de Campos sigue en todo la de 1873, de la que respeta el título *Poesías líricas*, el orden o desorden de Laverde y a la que añade el poema *La palma del desierto*: “Hemos recorrido los periódicos de su tiempo, logrando ampliar sólo con una poesía, *La palma del desierto*, las que recogiera Laverde, que es probable que la dejara en olvido voluntario a causa de las enormes erratas que contenía y de la que hemos procurado limpiarla”<sup>54</sup>.

[2000, 3ª EDICIÓN] Hubo que esperar casi cincuenta años por la tercera edición, titulada *Obra poética*, a cargo de Emilio Peral Vega<sup>55</sup>, en la prestigiosa colección Breviarios de la Calle del Pez del Instituto Leonés de Cultura. La edición de Peral supone un nuevo esfuerzo; por primera vez se corrigen y anotan errores, se revisa a fondo la puntuación, se modernizan términos en desuso y se complementa con un estudio preliminar novedoso y actual.

Sin embargo, Peral hace una clasificación de los poemas en cinco categorías que no podemos compartir: *Historia* (siete poemas), *Naturaleza* (once), *Mujer* (seis), *Amor* (dos) y *Varia* (seis). Esta última es

---

<sup>52</sup> Jorge Campos, seudónimo de Jorge Renales Fernández (1916-1983), miembro de Juventudes Socialistas; al finalizar la guerra estuvo en el campo de concentración de Albatera y, durante la noche del franquismo, escogió el camino del exilio interior. Especialista en el Romanticismo, preparó las ediciones de Espronceda y Duque de Rivas, contemporáneos de Gil, de quien muestra un conocimiento amplio y preciso.

<sup>53</sup> Picoche, p. 383.

<sup>54</sup> O. C., p. XXVIII.

<sup>55</sup> Emilio Peral Vega (Madrid, 1974), profesor de Literatura en la Universidad Complutense, ha estudiado la poesía de Lorca y Cernuda y el teatro de Calderón y Benavente, entre otros. URL: <http://bit.ly/1bIrJ1u>.

un cajón de sastre, ni siquiera un descriptor. Diferenciar entre *Mujer y Amor* en este caso es artificial, y asignar *Naturaleza* a una parte de la poética de Gil porque menciona cisnes, nubes y mariposas, resulta forzado cuando, como ya se ha explicado, toda su obra rezuma panteísmo naturalista, razones por las que hemos prescindido de esta clasificación. Como libro de bolsillo económico y accesible, como *breviario* que es, esta edición de 2000 ha contribuido eficazmente a la divulgación de la poesía giliana en nuestros días y debe ser saludada con gratitud.

### Nuestra edición

Tres ediciones en ciento setenta años, inencontrables, desactualizadas o agotadas, no consta reimpresión alguna, no es precisamente un exceso de interés. Ya se dijo que la poesía de Enrique Gil es tan desconocida como el resto de su obra, si exceptuamos *El Señor de Bembibre* y poco más. No es conocida dentro ni fuera del Bierzo, más allá de contados especialistas en el Romanticismo; y este olvido se agrava por la falta de una edición completa y moderna de su obra.

Agotadas las ediciones de 1873, 1954 y 2000, nos pareció necesario que esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, publicada en papel y *ebook* por los sellos *Paradiso\_Gutenberg* y *eBooksBierzo* con motivo del II Centenario del poeta, se inaugurara con este volumen dedicado, justamente, a su breve pero intensa obra poética. Sacar la poesía de Gil del olvido, como querían los próceres leoneses que impulsaron el homenaje de *Vida leonesa* a Gil en 1924, y actualizarla al siglo XXI, son los propósitos de esta cuarta edición.

En un primer instante, influidos por la clasificación de Peral, tratamos de agrupar los poemas en tres gavetas, *Infancia, Lírica y Épica*, pero el criterio seguía siendo artificial e insatisfactorio. Los 32 poemas de Gil, aunque concentrados en el tiempo, no son agrupables al modo de *Cantares* o *Rimas*, no forman un libro, ni siquiera tienen unidad temática o formal. Picoche procura clasificarlos en determinadas categorías genéricas del Romanticismo: *recuerdos de infancia, odas patrióticas, páginas de álbum, poemas orientales*, lo que nos ayuda a entender la diversidad de géneros y formas que abarca Gil en su escueta obra, pero nada más, son poemas sueltos. Son 32 poemas.

Por ello, tras mucho considerar, nos ha parecido que el criterio más claro, el que más nos acerca al proceso de escritura, a la mente del poeta, es seguir su orden de creación. Solo así encontramos un hilo coherente. No cabe agrupar unos como *Recuerdos de infancia*, otros por su cercanía al Bierzo y otros más por estar dedicados al héroe o al amigo. El orden cronológico que seguimos ayudará al lector a reconstruir y entender mejor la poética de Gil.

Para esta edición hemos partido de la primera de 1873, teniendo a la vista las dos siguientes, sobre todo a la hora de corregir o eliminar las abundantes erratas tipográficas; también hemos hecho una actualización ortográfica, a las normas y usos actuales, necesaria para facilitar la lectura y comprensión en especial en las escuelas e institutos y fuera de los ámbitos especializados [*solo* en vez *sólo*; mayo en vez de Mayo, etc.; en los *Comentarios* se anotan las más significativas]. También se actualiza la puntuación, que no es posible atribuir siempre a Gil, pues en su época los originales de prensa pasaban por demasiadas manos. Podemos imaginar a Espronceda corrigiendo sobre el manuscrito de Enrique la puntuación para acomodar *Una gota de rocío* a su modo de decir la poesía; o a los cajistas y tipógrafos de los periódicos por los que Gil va sembrando su obra desperdigada, haciendo mangas y capirotos de los puntos y comas del autor. Estas cosas suceden hoy, cuantimás en aquel tiempo de prensa efímera y volandera.

Y, si en la edición de *El Señor de Bembibre*, Mestre y Muñoz optan por no incluir ningún tipo de anotación, “se trata de una invitación a participar de la lectura como experiencia de goce literario”, tratándose de poesía las notas aún estorban más. Hemos reunido todas las anotaciones en un COMENTARIO que encontraréis seguidamente, de modo que una vez se posen vuestros ojos y oídos en los versos, nada distraiga la voz del poeta.

## Bibliografía

### 1) Ediciones

*Poesías líricas*, Madrid, Medina y Navarro, Madrid, 1873.

*Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, edición y prólogo de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, t. LXXIV, ediciones Atlas, Madrid, 1954.

*Obra poética de Enrique Gil y Carrasco*, edición, introducción y notas de Emilio Peral Vega, Breviarios de la Calle del Pez, núm. 46, Instituto Leonés de Cultura, León, 2000.

### 2) Principales obras consultadas

PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978.

MESTRE, JUAN CARLOS Y MUÑOZ SANJUÁN, MIGUEL ÁNGEL, Introducción a *El Señor de Bembibre*, colección Austral, núm. 546, Ed. Espasa, Madrid, 2004. Contiene un Apéndice didáctico.

QUINTANA PRIETO, AUGUSTO, *Juana Baylina amor y musa de Enrique Gil y Carrasco*, Instituto de Estudios Bercianos, Astorga, 1987.

PERAL VEGA, EMILIO, *Introducción en Obra poética de Enrique Gil y Carrasco*, Breviarios de la Calle del Pez, núm. 46, Instituto Leonés de Cultura, León, 2000.

IAROCCI MICHAEL P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Ed. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1999.

ESPRONCEDA, JOSÉ, *Obras Completas*, edición, introducción y notas de Diego Martínez Torrón, Cátedra, 2006.

GULLÓN, RICARDO, *El poeta de las memorias*, rev. *Escorial*, núm. 29, Madrid, 1943.

—, *Cisne sin lago*, 1ª ed., 1951, edición de Breviarios de la Calle del Pez, León, 1989.

FERNÁNDEZ ROMERO, RICARDO, "De la inocencia la edad": el relato autobiográfico de infancia y juventud en la poesía de Enrique Gil y Carrasco y Dolores Cabrera y Heredia, *Revista Hispánica Moderna*, año 58, núms. 1-2, University of Pennsylvania Press, 2005.

## 5. Cronología y comentarios a los 32 poemas

### 5.1. Cronología

1837<sup>56</sup>

*Una gota de rocío*

1838

*La campana,*

*A... (Sentimientos perdidos)*

*La niebla*

*La isla desierta*

*La mariposa*

*Un recuerdo de los Templarios*

*Un ensueño*

*El Cisne*

*Polonia*

*El Sil*

*A F. O.*

*La nube blanca*

*Meditación*

*La mujer y la niña, En el álbum de una señora*

*La voz del ángel*

*A la muerte del Conde de Campo Alange*

*Fragmento*

*Un día de soledad*

*El rruiseñor y la rosa*

*En el álbum de una señora*<sup>57</sup>

---

<sup>56</sup> Seguimos la *Lista de Obras* de Picoche, pp. 379-380.

<sup>57</sup> Picoche deja cuatro poemas sin datar. *Un día de soledad*, *El rruiseñor y la rosa* y *En el Álbum de una Señora* por su temática e imágenes poéticas comunes parecen pertenecer a la misma época que *La voz del ángel*, *Un ensueño*, *El Sil*, etc., es decir, 1838, por lo que van ubicados aquí. Véase Picoche, op. cit., p. 301. El cuarto es más tardío.

1839

*A la memoria del General Torrijos*

*El cautivo*

*La violeta*

*Impresiones de la primavera*

*En el álbum de una señorita*

*A Blanca*

*Paz y porvenir*

*La palma del desierto*

1840

*La caída de las hojas*

*Al Dos de Mayo*<sup>58</sup>

1842

*A Espronceda*

---

<sup>58</sup> También sin datar por Picoche. En su edición, Peral [p. 73] lo considera posterior al de Espronceda del mismo título, datado por Marrast el 2 de mayo de 1840, por lo que incluimos el de Gil en este año como fecha probable [Espronceda, *O. C.*, p. 1379].

## 5.2. Notas y comentarios

### UNA GOTTA DE ROCÍO

¿El mejor poema de Gil y Carrasco? Sin duda, el primero, el más conocido y el que le dio reconocimiento y fama, musicado en 2012 por el cantautor berciano Amancio Prada, cuya emotiva interpretación, voz y guitarra, se incluye en un CD en este volumen de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

“La estrofa de su vida”, en boca de Juan Carlos Mestre: “Rara vez el azar conspira contra la razón y como su propio título, *Una gota de rocío*, ese poema será metafóricamente la estrofa de su vida, la condensación más perceptible del vapor nocturno de su inteligencia creativa, el humilde lugar, pero justo, puro y transparente que dejará como fruto de su sensibilidad sobre las otras hojas de papel de la literatura:

Gota de humilde rocío  
delicada,  
sobre las aguas del río  
columpiada. (...)  
¿Eres lágrima perdida,  
que mujer  
olvidada y abatida  
vertió ayer?

El poema es acogido con entusiasmo y pocos días después, el 17 de diciembre de 1837, aparecerá publicado en el número 777 del periódico *El Español*. La carrera literaria de Enrique había comenzado bajo la tan casual como persistente, hasta el final de su vida, presencia del número siete que, símbolo del dolor, sentenciará con su halo platónico la contradictoria armonía que le depara el porvenir<sup>59</sup>.

“En *La gota de rocío* –escribe Gullón<sup>60</sup>– vibraban sentimientos constantes de la poesía española: el de la fragilidad de lo bello y de la poca duración de cuanto nos cautiva. Este primer canto situó al autor entre quienes sueñan la vida con melancolía, porque saben sus venturas breves y transitorias (...) el poeta quiso simbolizar en la gota de rocío su propia existencia y su destino. (...) Estos versos afortunados y bellos dieron a conocer un poeta”.

---

<sup>59</sup> Mestre y Muñoz, p. 33 y ss.

<sup>60</sup> Gullón, p. 76.

Picoche reconstruye el origen del poema: “Una sola joven fallece en Ponferrada en noviembre de 1837, y es precisamente la hermana de Guillermo, doña Juana Baylina. Este fallecimiento es, seguramente, el origen de *Una gota de rocío* y, sobre todo de *A \*\*\* (Sentimientos perdidos)*, dedicado, desde luego, a la memoria de Juana Baylina, a quien no nombra”<sup>61</sup>. Peral añade: “Parecen claras las implicaciones biográficas de versos como:

¿Eres alma de algún niño  
que murió  
y que el materno cariño demandó?  
¿O el gemido de expirante  
juventud  
que traga pura y radiante el ataúd?”

De forma pareja, el poeta encuentra en la fragilidad de la rosa (*El ruiseñor y la rosa*), en las volátiles hojas del otoño (*La caída de las hojas*), en la solitaria palma (*La palma del desierto*) y, por supuesto, en la dulce y bella violeta (*La violeta*), referentes en los que volcar, a través de su palabra, la experiencia vivida, pues no olvidemos que una de la máximas de la poética de Carrasco fue la necesaria vinculación entre vida y poesía”<sup>62</sup>.

*Una gota de rocío* está dedicado a José María Ulloa, a quien Gil conoció en la Universidad de Valladolid donde estudió entre 1831 y 1836, fue leído por Espronceda el 7 o el 14 de diciembre en el Liceo de Madrid<sup>63</sup>. Años después, en 1843, Carolina Coronado, a quien el Liceo también dedicó una sesión, publica un poemario que incluye el soneto *A una gota de rocío* [“Lágrima viva de la fresca aurora, / a quien la mustia flor la vida debe, / y el prado ansioso entre el follaje embebe; / gota que el sol con sus reflejos dora...”], y otros poemas, a la niebla, a una mariposa, que parecen tener influencia de Gil. Carolina, famosa por su belleza, era paisana y amiga de Espronceda, quien le declaró su amor en un conocido poema; sin duda, Gil y Carolina frecuentaban los mismos ambientes y los mismos tópicos literarios, como muestran estos versos de la autora: “Mas ¡qué fuera una gota de rocío / perdida entre el raudal del llanto mío...!”. *Una gota de rocío* está escrito en redondillas de pie quebrado y quintillas. (*abaab*).

*El Español*, núm. 775, el 17 de diciembre de 1837, y en la revista literaria *No me olvidas*, núm. 34, el 24 de diciembre.

<sup>61</sup> Picoche, p. 34.

<sup>62</sup> Peral, pp. 43-44.

<sup>63</sup> Picoche, p. 35, explica que las sesiones poéticas tenían lugar los jueves; como el poema se publicó el 17 de diciembre, deduce que hubo de ser leído en público el 7 o el 14: la fecha tiene cierta importancia por ser el estreno de Gil como poeta.

## LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

Dedicado a la memoria de su amigo Guillermo Baylina, fallecido en Ponferrada el 9 de octubre de 1837. Poema largo, importante, autobiográfico, combina distintos tipos de estrofas, escogidas de modo que la forma se acomode al contenido con soltura. Escrito en un momento de absoluta melancolía, como *El cisne*, ambos de la misma época que el relato de San Antonio de la Florida, donde Enrique llega a plantearse el suicidio. En los meses anteriores, habían muerto su padre, Guillermo y su hermana Juana Baylina, musa y amor de Gil. Poema a la amistad amorosa, metafísico, en su panteísmo de la Naturaleza, el poeta busca “un punto en el espacio”, un punto misterioso simbolizado por la campana.

Este poema y el siguiente, *A \*\*\**, posiblemente dedicado a Juana Baylina, se publican seguidos, el 8 y el 22 de enero, en un momento de desolación en la vida de Gil: “El círculo de las escasas personas que en la complicidad de los afectos aún alimentaban sus vínculos con la patria del recuerdo comienza a desvanecerse. Su espiritualidad enigmática busca consolación en la creencia inmaterial del alma, y así traduce en los poemas que escribirá a partir de entonces, una poética fidelísima con la memoria de los desaparecidos seres queridos. Enrique teme acordarse, y de ese temor nace la necesidad de representar como reales las fantasías de su imaginación, una relativa pero verosímil verdad donde lo otro, lo no visible pero percibido por algún sentido extraño al conocimiento, se hará el gemido, voz en queja que de alguna parte viene. Es la campana en la mañana de los enigmas, el eco con que devuelve al cielo las oraciones que ya no serán escuchadas por ningún dios, el pesimismo oxidando las resonancias tímbricas del hierro, el temor a los colmenares de la muerte”<sup>64</sup>.

Los versos “al malogrado amigo, que repartía su placer conmigo” podrían contener también alguna alusión a una velada ambigüedad sexual de Enrique en su relación con Guillermo, lo que algunos autores consideran probable, “la fraternidad y lo sentimental se entrelazan amorosamente”<sup>65</sup>, y Picoche desmiente sin contemplaciones: “Este poema, lleno de una sensibilidad morbosa, tiene un trozo de aparentemente dudosa interpretación, en que se habla de amor:

---

<sup>64</sup> Mestre y Muñoz, p. 30.

<sup>65</sup> Mestre y Muñoz, p. 20. Sobre la posible homosexualidad de Gil y su relación con Humboldt, véase también Carrera, V., *Viaje interior a la provincia del Bierzo*, p. 17 y ss.

Y las dulces confianzas  
de solícita amistad,  
las doradas esperanzas,  
abandono y bienandanzas  
de la venturosa edad  
y las pláticas de amor  
entre flores y verdura,  
que cantaba el ruiseñor  
y embellecía el pudor  
de conturbada hermosura.

“No se ha de interpretar tal trozo de un modo contrario a la naturaleza. Lo que pasa es que el amigo y la amada, siendo en realidad dos seres distintos, están muy cercanos”<sup>66</sup>. Contrariamente a lo que opina Picoche, podría verse la continuidad del paralelismo amoroso en *La dos palmeras*, de Carolina Coronado:

Que antes la brisa dulces  
halagos la llevaba,  
y a su amante en las noches  
oía suspirar;  
Y de alegría entonces  
su seno palpitaba  
y dejaba al ambiente  
su frente acariciar.

*El Español*, num. 797, 8 de enero de 1838.

A \*\*\* (SENTIMIENTOS PERDIDOS)

En este poema “compone la versión más lírica de su amor adolescente, haciéndolo coincidir con los primeros versos [en los que] achaca su desgracia a los hombres que, «con furor impío», aventaron aquel «tímido amor», pero no explica la causa de saña tal”<sup>67</sup>.

Es posible que Gil vele con tres misteriosos asteriscos la identidad de su amor, como hace su preceptor Espronceda en un poema con el mismo título; pero podría tratarse de un recurso más prosaico que usa en otras ocasiones sin

---

<sup>66</sup> Picoche, pp. 33-34.

<sup>67</sup> Gullón, p. 60.

amante oculto ni declarado por medio<sup>68</sup>. Hecha esta reserva, Picoche y Quintana Prieto coinciden en considerar que la innombrable A \*\*\*, «la triste, mujer rica en perfumes y colores» es Juana Baylina, cuyo nombre “nunca se atrevió a pronunciar entre sus versos” y posiblemente sea un poema escrito antes de su muerte (13 de noviembre de 1837), pues comienza cantando al amor de su infancia o primera adolescencia:

Tierno latió mi corazón de niño  
con delicioso amor,  
y, a su compás, otro infantil cariño  
latió consolador...  
Entonces yo canté, yo fui poeta,  
que era bello cantar,  
como es bello a la humilde violeta  
su cáliz despegar.

Luego vendrá la ruptura del amor y un presentimiento de viudez y orfandad. El poeta desventurado se increpa a sí mismo (“¡Palma descujada!, ¿qué haces perdido...?”) y se desdobra en el diálogo: “-Escucha...”

Su relación con el universo femenino parece estar afectada por la presencia de la enfermedad; ve una procesión de fantasmas de mujeres, que son almas, entre las que está «la virgen que adoré» [¿Juana?].

Aparece ya la lira, antecesora de Bécquer. Finalmente, el poema contiene ecos de la *Noche oscura del alma* de fray Luis de León (“el alma dormía confiada so nube tormentosa, y viose al despertar abandonada en noche tenebrosa...”). Romanceado en endechas.

*El Español*, num. 811, 22 de enero de 1838.

---

<sup>68</sup> Así, el 8 de agosto de 1837, desde Palacios del Sil, escribe el artículo *Los montañeses de León*, en el que recurre al género epistolar y empieza así: “Aquí me tienes mi querido A...”. Y luego, el 8 de noviembre de 1838, desde Cangas de Onís escribe otro, *Los Asturianos*, que empieza: “Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Cangas de Onís...”. No cabe duda de que es el mismo, y en este caso es «un amigo», no una amiga. Y luego, el 11 de junio de 1839 (no está indicado el año), en otro artículo dedicado a *Los Pasiegos*, publicado en 1839, le escribe de nuevo desde Cantabria y le dice: “Destinado estoy, sin duda, mi querido amigo...”. Y un poco más adelante: “Porque has de saber mi querido A...”. Entonces, “A...” oculta a personas diferentes, amigo o amiga

## LA NIEBLA

Con los tres anteriores, este romance pertenece a un tiempo de depresión y profunda melancolía. Gil lo aporta al *Album* ofrecido por el Liceo a la Regente: "Sus poemas y artículos se multiplican en las páginas de los periódicos y semanarios de la época, hace crítica literaria, artículos de costumbres y relatos de viajes con los que enseguida alcanza prestigio y notoriedad, se cuenta con él y su creciente valoración lo sitúa como nueva referencia entre los grandes, prueba de ello será su inclusión en el álbum artístico que el 30 de enero de 1838, con motivo de una recepción oficial, se le ofrece a la reina regente, Doña María Cristina de Borbón, en el que su poema *La niebla*, junto a otros de Ventura de la Vega, Escosura, Bretón de los Herreros, Santos López Pelegrín y Romero Larrañaga figura como presente a la soberana. Tiempos de efímera gloria, honor y fama..."<sup>69</sup>.

El poeta canta a su infancia, simbolizada por el castillo de Ponferrada ["las almenas carcomidas del alcázar", donde vigila un "membrudo y alto guerrero"], que vive, como el poeta, en un desamparo profundo. Evoca el paisaje del Bierzo y las cercanas sierras de la Guiana ["la verde montaña / que asomaba la cabeza / con altiva gentileza"], que estará tan presente en su obra, por ejemplo en el desenlace de *El Señor de Bembibre*. Pero oyendo los versos, se diría que la vida del poeta es una noche de niebla oscura:

Pasó mi infancia muy triste,  
más pasa mi juventud,  
que entonces tú me acogiste,  
y hoy mi ventura consiste  
en la paz del ataúd.

Mas, ya que has sido mi amor,  
envuélveme con tu velo,  
dame sombras y consuelo,  
que tú sola mi dolor  
has comprendido en el suelo.

*El Liceo Artístico y Literario Español*, t. II, mayo 1838, pp. 19-23.

---

<sup>69</sup> Mestre y Muñoz, pp. 37-38.

## LA ISLA DESIERTA

“Larga meditación sobre la maldad del mundo y el candor de la juventud”<sup>70</sup>  
Composición extensa, en cuartetos, donde la isla es metáfora de la vida del poeta, “destinos paralelos”. La isla, que sucumbe a la codicia, donde “atraca la nave altanera”, donde habita el misterio, el “árbol del destino”.

“En muchas ocasiones Enrique Gil y Carrasco adopta una postura moralizante. Él se considera vehículo privilegiado para alertar a los hombres de los peligros del amor y, ante todo, del riesgo de concebir como eternos los triunfos, siempre parciales y efímeros, que pueda otorgarnos el díscolo Cupido. En este sentido, recurre constantemente al “laurel” como símbolo de la victoria pasajera que se ha de extinguir muy pronto. Así sucede en el poema *La isla desierta*, en el que el poeta se reprende por haber cultivado la quimera del triunfo en el amor. Por ello se compara con una isla solitaria que, arrepentida por haber dado cobijo a la palma traicionera, se ha asilado para evitar la recaída en el dolor:

Porque fuente de pesares,  
gala y amor de los mares,  
será para ti el laurel,  
el laurel que tú criaste,  
y solícita regaste,  
como encendido clavel.  
¡Ay de ti!, que en tu inocencia  
no viste que era demencia  
así la muerte abrigar,  
y soñaste el mar vacío,  
y su horizonte sombrío  
imposible valladar.

Esta postura profética le hace convertirse en portador de una actitud de desconfianza, escepticismo y hondo penar existencial<sup>71</sup>, recibido ya desde la cuna del bautismo:

---

<sup>70</sup> Picoche, p. 37.

<sup>71</sup> Peral, pp. 45-46.

Pero jamás su existencia,  
y la paz de la inocencia  
—respetó el doliente ser,  
que es la amargura un bautismo  
recibido en el abismo  
de la vida o del placer.

*El Correo Nacional*, num. 6, 14 de abril de 1838.

#### LA MARIPOSA

Junto con *El Sil* y *La Niebla*, pertenece al ciclo *Recuerdos de la infancia*. Romance y quintillas; Picoche subraya “la rima asonante en *í*, sonido claro y puro que da una impresión de ligereza”<sup>72</sup>.

El poeta corre tras la mariposa, “el ideal fugitivo”, símbolo del destino o de la felicidad huidiza, acariciada en su infancia, que pisa prados verdes y rompe azucenas, pero huye. Los hados vuelan un reproche ante sus ojos ciegos, “¿por qué los ojos no abrí?”, y el poeta se rebela, con furor esproncediano, contra su destino desgraciado, contra algún dios creador, inclemente:

Quando a vivir nos lanzaste,  
criador del ancho mundo,  
¿cómo, di, no reparaste,  
que en la noche nos dejaste  
de desamparo profundo?

Luego el poeta, cuya profunda religiosidad se funda, como la de los místicos, en la duda [...por el lánguido arenal / de la duda, los rigores / sufrimos del vendaval”, *Un ensueño*], se arrepiente (“...mas de nuestro desvarío / ¿quién tiene la culpa, quién? / Tú no la tienes, dios mío...”).y asume su destino (“¡Mal haya quien como yo / tuvo un aviso del cielo / que insensato despreció!”) para acabar rogando a la mariposa, al destino, al dios presentido, que con otros niños tenga más piedad:

Mariposa, mariposa,  
si hay en el mundo otros niños  
con frente de nieve y rosa,  
de cabellera sedosa,  
puros y blancos armiños,

---

<sup>72</sup> Picoche, pp. 293 y 37.

ten con ellos más piedad  
que la que yo te debí,  
porque es inhumanidad  
ir a deshojar así  
de la inocencia la edad.

*El Correo Nacional*, suplemento al num. 27, 14 de marzo de 1838.

#### UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS

Un poema brillante, nacido para la declamación, como otros de Gil, altivo el poeta en la atalaya de la torre del homenaje, contemplando la vasta hoya berciana en la que su imaginación trazó senderos, leyendas, romances, historias de templarios a las que su pluma fértil se asoma aquí por vez primera, con voz poderosa y rotunda.

El autor usa *alcázar* como sinónimo de *fortaleza*, refiriéndose al castillo de los Templarios de Ponferrada; es, por tanto, una evocación de juventud (“joven ya pensativo y solitario”) a partir de la gloria de los antepasados, los templarios, en tono épico. “Frente a los restos del castillo de Ponferrada (s. XIII), el tópico tema de las ruinas y el *Ubi sunt* se transforma en Gil y Carrasco, notable poeta truncado por una muerte temprana, en una reflexión acerca de la juventud perdida”<sup>73</sup>.

Todo el poema destila el aroma de las *Coplas* de Jorge Manrique: el poder efímero (“Esos reyes poderosos que vemos por escrituras ya pasadas”), la muerte que iguala al rey con el mendigo (“Nuestras vidas son los ríos...”) y de la *Oda a la vida retirada* de fray Luis de León:

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.

En sus versos Gil ensalza el ideal caballeresco, muy cercano a don Quijote, y su mirada romántica se diría enamorada de las pasadas glorias medievales:

De su pujanza y fama esclarecidas  
algunas cruces quedan conservadas,  
unas por las murallas esparcidas,  
otras en las ruinas sepultadas.  
(...)

---

<sup>73</sup> Rico, F., *Mil años de poesía española*, 2009, p. 885.

¿dó están vuestros escudos, caballeros,  
la lanza que en los aires rielaba,  
—los vistosos pendones tan ligeros,  
que el moribundo sol tornasolaba?  
¿A dónde fueron las templarias cruces  
que un día vio Jerusalén divina,  
y que bañaban con cambiantes luces  
la arena de la ardiente Palestina?

El protagonismo de la Orden del Temple en la novela histórica *El Señor de Bembibre* y su presencia en otras obras de Gil y Carrasco, su cercanía con la historia de las órdenes militares, y el hecho cierto de frecuentar en León, Madrid, París y Berlín los círculos de la masonería y los carbonarios, convierten este poema en pieza fundamental de la poética giliana. Es algo más que un recuerdo de infancia; contiene un grito de rebeldía y añoranza (“...mas ¡ah! que en nosotros falta / vuestra hidalguía tan alta...”), un aldabonazo ético contra el tiempo que le ha tocado vivir:

Bien estáis en la tumba, los templarios,  
porque si abrierais los oscuros ojos,  
y otra vez por el mundo solitarios  
de la vida arrastraseis los enojos,  
tanto baldón y mengua y desventura  
vierais en él, y tanta hipocresía,  
que la seca pupila en su amargura  
otra vez a la luz se cerraría.

Serventesios (endecasílabos *ABAB*) y octosílabos (*aabccb*).

*El Correo Nacional*, núm. 46, 2 de abril de 1838.

### UN ENSUEÑO

Un poema dedicado al suicidio, a la desesperación, a la duda. Este larguísimo romance en octosílabos, con licencias, podría estar emparentado con el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, con el que comparte temas como la ensoñación, el fantasma del amor que el poeta ve alucinado y el suicidio.

“Uno de los poemas más hermosos y más desesperados, en que aparece por primera vez la pareja de amantes desgraciados que se llamarán luego Don Álvaro y Doña Beatriz”<sup>74</sup>. Ecos de Zorrilla, “clamé al cielo y no me oyó” (*Don*

---

<sup>74</sup> Picoche, p. 37.

Juan Tenorio) en los versos, “mas cuando al cielo pedí, reposo y dulzura y calma, quién ¡ay de mí!...”; y más adelante resuena Segismundo: “Y este sueño es el vivir, porque vivir es dudar...”.

En su ensoñación el poeta ve fantasmas propios del *Infierno* de Dante y en su cabeza se libra la guerra del suicidio (“locos pensamientos”). Una luz se enciende, de consuelo y ve dos figuras: una virgen tímida, ¡Juanita Baylina?, y “un doncel de faz serena, gallardo y altivo y bello”, el poeta. Al final, el poeta atrapado en la mística de la duda se condena; aún dentro de la tumba, su corazón se agita: “¡Duda, desesperación!”. Es el mismo grito de don Juan Tenorio ante la muerte: “¡Llamé al cielo y no me oyó!”:

Mas cuando al cielo pedí  
reposo y dulzura y calma,  
quién ¡ay de mí! me dijera  
que mi doliente plegaria  
como el himno de un festín  
el viento desparramara,  
y que serían perdidas  
mis amargas y lágrimas.

*El Correo Nacional*, núm. 58, 14 de abril de 1838.

#### EL CISNE

En la mitología griega, Júpiter toma la forma de un cisne para seducir a Leda. Aquí, sin embargo, el cisne personifica la inocencia: no presumas, no te jactes –invoca el poeta– que fuiste formado por Dios para que el hombre amara la inocencia. Hay una vez más ecos de Espronceda, los versos “y si hay blando movimiento / en las olas de la mar” evocan *La canción del pirata*; mientras que “mísera esclava”, “infame ramera”, “impuras bacanales” recuerdan *A Jarifa en una orgía*:

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,  
con danza y algazara en confusión;  
pasad como visiones vaporosas  
sin conmovier ni herir mi corazón.

“Es un poema resignado, en el cual aparece por primera vez la intuición de una muerte próxima, lejos del hogar y de la patria. Será luego un ‘leit motiv’, ocasionado probablemente por los primeros síntomas de la tuberculosis”<sup>75</sup>. Repárese en estas estrofas:

---

<sup>75</sup> Picoche, p. 38.

Más vale, que a la tumba solitaria  
del que bueno y sin culpas expiró,  
—lleve el viento la tímida plegaria  
de otro ser que en la vida le adoró.  
Si alguna vez desconocido el justo,  
el mundo cruza y muere en su confín,  
baña su losa con llorar augusto  
arrodillado blanco serafín.

Picoche considera que en estos versos Gil trata de defender la inocencia de su padre, acusado de desfalco al marqués de Villafranca, episodio que Vicente Fernández desmiente, “ninguno de los desfalcos anima a Juan Gil a abandonar con su familia Villafranca”. Sin embargo, “la influencia de estos hechos en la personalidad de Enrique será durante esa época imperceptible [tenía 6 años en 1821], aunque aplazará la presencia de su sombra para reaparecer una década después con una gravedad que sí ha de hipotecar no sólo el ánimo familiar sino la propia vida emotiva del poeta”<sup>76</sup>. Picoche recuerda que “el 18 de septiembre de 1837 muere precisamente don Juan Gil, y Enrique recibe un choque violento, por haberse producido esta muerte en un momento en que padre e hijo estaban reñidos. Luego, en un poema [*El cisne*] tratará de disculpar a su padre de las acusaciones que se le imputan”<sup>77</sup>.

Herido por una pésima relación familiar (recordemos que Enrique se va de Ponferrada sin que nadie de su casa acuda a despedirle), su ánimo acongojado espera que el viento lleve su tímida plegaria hasta la tumba solitaria de su padre, “ser que en la vida le adoró”. Para comprender en toda su dimensión la carga emocional de este poema, conviene tener presente que es coetáneo del *Anochecer en San Antonio de la Florida*, donde la depresión y el suicidio rondan la mente del joven desolado. “[En *El cisne*] el poeta reelabora en símbolo el trasunto de su propia circunstancia de vida; lo que canta es el mito del triste antes de morir, con lo que se identifica será la transfiguración en deseo del amor, su imagen cobijada entre los recuerdos del que iguala el canto al dejar de existir. (...) Sin desesperación, acepta la irremediable y escribe ante el único tribunal de sí mismo, desaparece la distancia entre él y los horizontes de la expectativa, los ángulos se pliegan hasta formar un círculo, el tiempo ahora es esa circunferencia de peligro en la que se pone en juego la interpretación de su vida como texto”<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> Fernández Vázquez, Vicente, *Una nueva mirada...*, cit. por Mestre y Muñoz, p. 14.

<sup>77</sup> Picoche, p. 33.

<sup>78</sup> Mestre y Muñoz, p. 44 y ss.

La estrofa es una lira atípica y la segunda parte está en quintillas; fue leído en el Liceo el 17 de mayo por Espronceda.

*El Liceo Artístico y Literario Español*, t. I, abril 1838, pp. 159-164.

## POLONIA

“Una de las primeras composiciones de Gil, que marcó su consagración definitiva”, dice Gullón, leída por Ventura de la Vega en el Liceo el 1 de junio de 1838. Los cronistas del acto señalan que la composición estaba llena de fuego y de entusiasmo: “Su primer poema heroico, en el que lamenta la situación de un país desgarrado por tres potencias ante la impasibilidad de Europa. Fueron tales los aplausos, que Gil tuvo que presentarse al público para que le prodigara sus muestras de estimación. Por su novedad, este poema resucitaba un género decadente, el de la oda patriótica”<sup>79</sup>

El historiador Urquijo Goitia reseña este poema de Gil como símbolo de los puntos de encuentro entre España y Polonia: “La composición arranca con dos versos en los que se describe la situación de Polonia, ejemplificándola en una joven moribunda con su rica cabellera esparcida por el suelo. Las adjetivaciones y figuras poéticas forman parte del ideal romántico: solitaria, abandonada, barco que ha naufragado; mientras que en contraposición los «déspotas cobardes vienen a escarnecerle en su agonía». Si en los primeros versos Polonia está personificada en una joven moribunda, la tercera estrofa retrotrae los hechos identificando la nación con una «Virgen pura de los hielos, generosa, entusiasta, enaltecida», para más adelante describirla como «solitaria y dolorida, madre sin hijos, reina sin blasones» con la ropa teñida de sangre. La descripción de las desgracias va marcada por adjetivos muy del gusto romántico, que se repiten de forma pautada: soledad (solitaria, abandonada, naufrago, mísero cautivo, madre sin hijos, etc.); peso opresor externo (déspotas que vienen de fuera, el cosaco, el moscovita, déspota sin leyes) frente a la democracia y la libertad («La libertad tus pueblos levantaba»). En medio de estos versos cita a dos personajes emblemáticos en la historia polaca: Sobieski, padre y creador de la patria, y Poniatowski. Especial énfasis se ponía en la responsabilidad europea por haber abandonado a Polonia. Tras esta descripción, se centra en la juventud exiliada, que añora la patria mientras «van por ignoradas tierras». La parte final es un canto de esperanza a la recuperación de la libertad”<sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> Picoche, p. 38.

<sup>80</sup> Urquijo Goitia, *España y Polonia: los encuentros*, Monografía del CSIC, p. 18 y ss., Instituto de Historia, Madrid, 2005.

“Son casi doscientos versos alternando cuartetos endecasílabos con quintillas octosílabas, rípiosos alguna vez por la fuerza del consonante, sonoros y muy del gusto romántico”, describe Gullón, y más aún del gusto de Gil, que emplea aquella estrofa en diecisiete poemas.

*El Liceo Artístico y Literario Español*, t. II, junio 1838, pp. 55-59.

## EL SIL

Composición en quintillas y serventesios, léida por el propio Gil en el Liceo, posiblemente en junio de 1838. Evocación al río de las arenas de oro, en cuyas aguas se miraron romanos y templarios..., contiene el *παντα ρει* de Heráclito: “Las cosas fluyen y nada permanece quieto, y comparando las cosas existentes a la corriente de un río dice que nadie puede sumergirse en él dos veces”<sup>81</sup>:

Que tus aguas corren hoy  
como corrían ayer;  
sólo yo mudado estoy,  
porque los pasos que doy,  
son pasos hacia el no ser.

A propósito de los elementos de la Naturaleza presentes en la obra de Gil, Picoche se detiene en la importancia que concede a los ríos, en una tierra como la suya, El Bierzo, donde confluyen el Burbia y el Valcarce, el Cúa y el Selmo, el Boeza y el Noceda, el Oza y el Cabrera, todos tributarios del Sil “el río de las arenas de oro”, que el poeta berciano menciona con frecuencia en *El Señor de Bembibre*, en *Bosquejo de un viaje*, y al que dedica este poema. “A veces personalizado, a veces pábulo de meditaciones sobre la huida del tiempo. [El Sil] es un elemento de luces y colores, un símbolo poético y un río bien individualizado que no se puede confundir con otro”<sup>82</sup>.

Es un poema gemelo de *Un recuerdo de los templarios* [véase nota anterior]; aparece de nuevo el tópico del *Ubi sunt*, y todos los ecos de las *Coplas* de Manrique sobre lo efímero de la gloria y las vanidades:

Pasaron los romanos desafueros,  
pasaron sus impuras bacanales,  
pasaron los templarios caballeros  
con sus lucientes armas y señales.

---

<sup>81</sup> Platón, *Cratilo*, 402A.

<sup>82</sup> Picoche, p. 177.

Y de los dos la infancia fue segura,  
la juventud de entrambos rica y fuerte:  
y ambos cruzaron como sombra oscura  
los silenciosos campos de la muerte.

El poema contiene también ecos de *La vida es sueño*, compárense estos versos de Gil:

¿La ilusión es la verdad?  
¿O es la verdad ilusión?  
¿Es la ciencia vanidad?  
¿Es la gloria soledad  
del humano corazón?

con la conocida estrofa de Calderón en el monólogo de Segismundo:

¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño:  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.

En cuanto a la evocación de la niñez del poeta, Picoche ha analizado el paralelismo entre este poema y *Un recuerdo de Arlanza* de Zorrilla, ambos poemas son de 1838, escritos en quintillas y con extensión similar (202 y 210 versos) y cantan temas comunes: la evocación del río de las ondas claras, el paso del tiempo, la nostalgia de la niñez y el amor perdido; Gil y Zorrilla “anticipan acentos de Antonio Machado y Gerardo Diego en torno al Duero, agua que se va y no vuelve, tiempos que se han olvidado, “ay de la niña que llora / sobre las aguas su pena / río sin memoria / río que sólo refleja”<sup>83</sup>.

*El Liceo Artístico y Literario Español*, t. II, junio 1838, pp. 123-128.

A F. O.

Dedicatoria desconocida. Al crítico Gullón este poema y *En el álbum de una señorita* no le gustan en absoluto: “Cuando, ya en Madrid, intente [Gil] reflejar en sus versos el sentimiento amoroso, los dedicados al tema parecerán de calidad inauténtica; serán los más desmayados y débiles. Esta cuerda de su lira suena mal y se diría pulsada con frialdad: los versos *A F. O.* son mediocres y los *En el álbum de una señorita*, ejercicios de un colegial con sarampión

---

<sup>83</sup> Navas Ruiz, R., *José Zorrilla, precursor*, conferencia en Valladolid, 1991. Universidad de Massachusetts, Boston.

poético...”<sup>84</sup>. Picoche también lo fulmina: “Poema mediocre, compuesto en agosto de 1838, quedó inédito durante largo tiempo y revela el principio del agotamiento de su inspiración poética”<sup>85</sup>.

Lo de “colegial con sarampión poético” parece excesivo en alguien tan comedido como Gullón; la aseveración de Picoche no es exacta pues este poema es cronológicamente el número doce; Gil aún escribirá veinte poemas más, entre ellos alguno tan excelente como *La violeta*. Quizás *A F. O.* sea, simplemente, un poema de circunstancias.

*El Entreacto*, núm. 2, 4 de abril de 1839.

## LA NUBE BLANCA

De nuevo la épica sonora, un canto, un himno y la mitología exótica, del Indo al Ganges, y de Irlanda a Escocia, continuidad del género oriental que Gil cultiva en *El ruiseñor y la rosa*, *El cautivo* y *La palma del desierto*. En este poema Gil menciona a Ossián, Malvina y Fingal, referentes puestos de moda por los románticos del momento. Ossián<sup>86</sup>, guerrero y poeta de la mitología irlandesa, a quien suele representarse con un arpa, era considerado el padre de la poesía de Escocia. A finales del siglo XVIII, el escritor escocés James MacPherson publicó una falsa traducción de los poemas de Ossián al inglés —pronto publicada en castellano, *Obras de Ossián*, Valladolid, 1788— que tuvo gran éxito entre los románticos, desde Walter Scott a Goethe, y en España, Duque de Rivas, Espronceda, Meléndez, Cienfuegos y Gil, entre otros. “El acontecimiento revolucionó el mundo intelectual del momento, pues dotaba a Escocia de una epopeya parangonable a la *Iliada* o la *Odisea*. (...) El tema aparece en numerosos poetas españoles románticos. Gil y Carrasco se hace eco de la composición que le dedica Espronceda, *Óscar y Malvina*, la cual elogia en extremo”<sup>87</sup>. Ynduráin recrea la leyenda: “Ossián sería celebre por su valor y sus poemas. Tuvo un hijo llamado Óscar que murió joven por la traición de Cairvar, Señor de Alta. También murió su esposa Malvina, que desahogaba sus sentimientos con Ossián, que no le sobrevivió mucho tiempo”<sup>88</sup>.

---

<sup>84</sup> Gullón, pp. 59-60.

<sup>85</sup> Picoche, p. 41.

<sup>86</sup> Gil escribe *Ossián* por razones métricas, para forzar la rima con arrayán y afán. En la 1ª ed., el impresor vacila, una vez con acento y otra sin el, errata que reproduce Campos y corrige Peral. Usamos *Ossián* en los dos poemas, como hizo Gil, y Ossián para referirnos al bardo escocés.

<sup>87</sup> Peral, p. 168.

<sup>88</sup> Torrón, p. 1372.

El poema osiánico de Espronceda llamó la atención de Enrique Gil: “En el bello poemita de *Oscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Oscar, sino que también sus versos están en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves como los rayos de la luna, y con aquellos acentos *lánguidos y dulces*,

como el recuerdo del amante triste  
de su amada en la tumba”<sup>89</sup>.

Hay otro poema de Espronceda que influye en *La nube blanca*, el himno panteísta *Al Sol*, que es de 1834, pero acababa de reeditarse en 1838<sup>90</sup>, cuando el propio Gil trabajó en la edición de los poemas de su amigo, por lo que estaba al corriente y también lo menciona en su crítica y cuya influencia es clara:

Para y óyeme ¡oh Sol! Yo te saludo  
y estático ante ti me atrevo a hablarte:  
Ardiente como tú en mi fantasía  
arrebataada en ansia de admirarte,  
intrépidas a ti sus alas guía”

Con todo, el ciclo osiánico pesa más en Espronceda que en Gil, donde la influencia es episódica; en sus treinta y dos composiciones, solo menciona a Osián en *La nube blanca*:

Porque el arpa de Osián,  
de la Escocia entre la bruma,  
pudo alzarte con su afán,  
cuando el torrente y su espuma  
miraba en triste ademán;

y en esta estrofa de *La voz del ángel*:

¡Oh!, para acompañar su voz divina  
desenterrad el arpa de Osián;  
bardos, al pie de solitaria encina  
de ciprés coronadla y arrayán.

---

<sup>89</sup> Gil y Carrasco, E., *Poesías de don José de Espronceda*, en *O. C.*, p.490 y ss., crítica publicada en 1840.

<sup>90</sup> *Liceo Artístico y Literario*, t. I.

## MEDITACIÓN

“Delectación morbosa sobre al amor roto, que contiene una nueva previsión de muerte próxima en un país lejano”<sup>91</sup>. En efecto, de nuevo la gota de rocío y las verdes praderas de la juventud. Un poema a la mujer bella, “virgen de ojos hechiceros”, perdida para siempre. El poeta, que se sabe enfermo crónico en una época en la que la tuberculosis era un estigma, hace su particular voto de castidad:

Ora sombrío, errante por el suelo,  
sin más amor que la pasión de ayer,  
ni aguardo las auroras del consuelo,  
ni busco el corazón de otra mujer.

Es un poema prebecqueriano, con estrofas que presagian las *Rimas*:

Hermosa del alma mía,  
tú serás siempre mi bien:

¿A quién adorar podría  
yo que miraba algún día  
tu pura y cándida sien?

(...)

¿Cruzan ricas mariposas  
las lagunas solitarias?

¿Miras vírgenes dichosas,  
que murmuran sus plegarias  
enamoradas y hermosas?

Como en otras ocasiones, aquí nítidamente, entre la primera y la segunda parte del poema hay un cambio de tema, ritmo y métrica, alternando cuartetos y quintillas, consiguiendo una vez más que la forma y el fondo encajen con la suavidad de un guante, lo que muestra el dominio de la técnica por parte del autor y su visión clara y trabajada de la composición. A la añoranza sucede el lamento y al lamento el desconsuelo y el presentimiento de la muerte en “ignorada tierra”, como si el poeta intuyera ya, o deseara, su último viaje a Berlín:

---

<sup>91</sup> Picoche, p. 39.

¡Oh, morir solo en ignorada tierra,  
yo que amor tuve y cariñoso hogar,  
yo que mire de la gigante sierra  
las aguas de mi patria resbalar!...

En el segundo verso de la primera estrofa, Campos y Peral leen “juventudes”, recuperamos el texto de la 1ª edición, “juventud” que parece más conforme a la rima:

¿Qué se hicieron las gotas de rocío  
que orlaban tus vergeles, juventud,  
cuando el naciente sol en el estío  
brotaba a mares inmortal salud?

*El Correo Nacional*, núm. 236, 9 de octubre de 1838.

#### LA MUJER Y LA NIÑA

“Meditación sobre la huida del tiempo”<sup>92</sup> en quintillas, en tono infantil e ingenuo, a la manera de *Margarita* que Rubén Darío escribiría décadas después. En verso ligero, conversado, dialogan la Niña y la Mujer, presentadas por el Poeta<sup>93</sup>, “yo vi por mayo las flores... (...) niña de escasos abriles vi también”. La Niña es un ángel del cielo en primavera, flor entre las flores, ajena al dolor y el desengaño. Años después, prosigue la voz del Poeta, la primavera se ha vuelto crudo invierno, “carámbanos aprisionan” los arroyos donde se miraba la Niña, y la Mujer contempla llorando “las visiones de placer”. Tras el lamento de “la triste”, el Poeta emprende su propio lamento; vendrá de nuevo la primavera, pero el amor que murió ya, “¿quién ¡ay! me lo volverá?”, para concluir:

Era la niña el ángel que del cielo  
cayó, pero que aún vaga entre las nubes.  
Es la mujer el ángel en el suelo,  
que recuerda el amor de los querubens.

*El Correo Nacional*, núm. 243, 16 de octubre de 1838.

---

<sup>92</sup> Picoche, p. 39.

<sup>93</sup> Revisamos la puntuación y el entrecomillado incompleto de Campos y Peral, haciendo explícito el diálogo. En la 1ª edición, el parlamento de la *Niña* está claro [:(«...»)]; sin embargo, el de la *Mujer* abre comillas que no se cierran en ninguna de las tres ediciones anteriores. El sentido nos dice que el parlamento de la *Mujer* acaba en “¡Mis abriles / son hoja en el huracán!”. A partir de este verso, habla de nuevo la voz del *Poeta* que, en todo caso, reaparece en el cuarteto final.

## LA VOZ DEL ÁNGEL

Poema contemporáneo del relato breve *Anochecer en san Antonio de la Florida* que Picoche incluye entre los poemas, cuyo criterio no seguimos en esta edición. Para la referencia a Ossián, véase arriba *La nube blanca*. Quintillas y cuartetos, dos de las estrofas favoritas de Gil en esta época.

*La voz del ángel* “alude a una cantante que conmovió al poeta hasta el punto de hacerle confundir su voz con los recuerdos de su amor perdido y de su tierra natal<sup>94</sup>. La voz del ángel es, una vez más, la voz de la amada perdida para siempre: el poeta oye en su adolescencia una voz blanda y suave, como un talismán. Luego, la voz calla y cuando el poeta, “cantor de las ruinas”, recuerda su juventud, el eco suena triste.

Tanta luz y esplendor, tantos colores,  
músicas y perfumes y mujeres,  
ricas en esperanza y en amores,  
bellas como son bellos los placeres.

Una estrofa evoca El Bierzo y el río Sil:

Volví a soñar su luna y sus estrellas,  
volví a soñar el cándido amor mío,  
y de mi patria las praderas bellas,  
y el manso murmurar del claro río”.

A lo largo de todo el poema se mantiene el paralelismo Cantante / amada, cuyas voces se confunden: “tu voz sonaba misteriosa, apagada, tristísima y doliente”. El final recuerda a *La Violeta*:

ronco está mi laúd... ¡ay del poeta  
que no acompaña al ángel del Señor!

*El Correo Nacional*, núm. 268, 10 de noviembre de 1838.

## A LA MEMORIA DEL CONDE DE CAMPO ALANGE

Uno de los mejores poemas del ciclo patriótico, una oda clásica, brillante y sonoro, casi una arenga, dedicada a su amigo José Negrete, de quien Picoche dice: “Era este joven aristócrata un escritor de talento (colaborador de *El Artista*, autor de la novela *Pamplona y Elizando*) y militar del ejército cristino, muerto ante Bilbao el 12 de diciembre de 1836. Gil compone este poema, según su propia indicación, el 8 de noviembre, y la publicación coincide aproximadamente con el segundo aniversario de la muerte del militar. Es un

---

<sup>94</sup> Picoche, p. 39.

poema patriótico, largo y grave, que, entre muchos tópicos de tipo clasicista, introduce elementos líricos del mejor efecto”<sup>95</sup>. Peral completa el perfil de José Negrete, quinto conde de Campo Alange, que luchó en el sitio de Amberes:

Quando tronó el cañón en el Escalda  
y el pendón tricolor flotó en Amberes,  
marchitando en la sien de mil mujeres  
del amoroso mirto la guirnalda,  
(...) ¿viste la libertad cruzar el viento...?

“Al estallar en España la primera guerra carlista, se alistó en el ejército del norte para defender los intereses de Isabel II. Murió en los preparativos del sitio de Bilbao cuando ostentaba el rango de coronel. (...) Ejerció como crítico en algunas de las publicaciones más importantes de la época”<sup>96</sup>. Quizás por ese carácter conmemorativo, como de encargo, está doblemente dedicado, al conde de Campo Alange y a Espronceda, y es de los pocos poemas datados por el autor. Extenso, épico, patriótico, exaltado y algo belicoso (“¡Himnos sin fin a la guerrera lira!”), canta, en fin, a la libertad.

En cuartetos, que parece la estrofa favorita de Gil en este tipo de composiciones (la emplea 23 veces en 18 poemas, contabiliza Picoche).

*El Correo Nacional*, núm. 300 (sic por 291), 3 de diciembre de 1838.

#### FRAGMENTO

Poema breve, muy estimado por los críticos, Manuel Altolaguirre y Jorge Urrutia lo incluyen en sus antologías; Emilio Peral lo destaca como parte de la concepción poética de conjunto de Gil. Escrito en cuartetos (ABAB). Su lectura es una delicia; como en *La voz del ángel*, los versos finales preanuncian *La violeta* publicado al año siguiente, que Gil tenía ya en su mente e iba reelaborando una y otra vez:

Mas los ángeles lloran en el cielo  
por el amor que muere sin laurel...  
si ha de pasar el mío sin consuelo,  
¡vierte, hermosa, una lágrima por él!

*Semanario Pintoresco Español*, serie I, núm. 142, p. 814. 16 de diciembre de 1838.

---

<sup>95</sup> Picoche, p. 39.

<sup>96</sup> Peral, p. 91.

## UN DÍA DE SOLEDAD

La cita que abre el poema es de Alphonse de Lamartine (1790-1869), el primer romántico francés, admirado por Gil, quien suponemos leía sus poemas en francés. Los versos citados pertenecen a *Harmonies poétiques et religieuses*, *Harmonie XI* y nos hablan, como el poema, de la soledad y la Naturaleza. De nuevo la presencia del tópico *Ubi sunt* y los ecos de Fray Luis y Jorge Manrique:

¿Para qué más riqueza ni ventura?  
¿Para qué vanidades pasajeras?  
¿De qué sirven amores ni hermosura,  
las palmas de la gloria lisonjeras?

Cuartetos (ABAB).

## EL RUISEÑOR Y LA ROSA

Es este un poema que parece traído del romancero medieval: Gil escoge unas redondillas de pie quebrado para un ameno diálogo amoroso entre el ruiseñor y la rosa “basándose en el cuento persa del ruiseñor Gul enamorado de la rosa Balbul, difundido por *El Giaour* de Byron, [Gil] escribe una meditación totalmente personal con una economía de medios sorprendente en la época”<sup>97</sup>.

El Ruiseñor, pobre pájaro que solo tiene por riqueza amor y libertad, es el propio Poeta; la Rosa “virginal” es, una vez más, la idealización femenina de Gil (“¿el espíritu amoroso que en ti habita mis penas escuchará?”). Al final del primer parlamento del Ruiseñor, reaparece la gota de rocío, “gota es mi amor de rocío que va en tu copa olorosa...”, como una imagen erótica a la que la flor corresponde con una invitación: “canta, pájaro tierno...”.

## EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA

Poema de compromiso, algo intrascendente, del que tenemos pocos datos; quizás lo mejor sea su última estrofa:

Que si es amar la vida,  
si en el amar la dicha está cifrada,  
¿quién como tú querida?,  
¿quién como tú esperada?,  
¿quién como tú de todos deseada?

---

<sup>97</sup> Picoche, p. 305.

Picoche data el poema de Gil en enero de 1939, aunque no se publica hasta junio. Breve composición en cuartetos, honra la memoria del héroe romántico que lucha contra el absolutismo y la tiranía de Fernando VII, dedicado a José M<sup>a</sup> de Torrijos, general fusilado en Málaga pocos años antes, el 11 de diciembre de 1831, a quien Espronceda había dedicado un soneto, publicado el 14 de diciembre de 1835:

“Torrijos participó de forma destacada en la Guerra de la Independencia. Sus ideas liberales le llevaron a prisión en 1817, por lo que, al inicio de la era absolutista en 1823, decidió retirarse a Cartagena. Emigró a Francia y a Inglaterra. Desde allí intentó gestar un movimiento revolucionario capaz de derrocar el absolutismo (...) Confiado en sus fuerzas, lanzó una expedición desde Gibraltar, la noche del 31 de noviembre al 1 de diciembre de 1831, compuesta por dos débiles barcos y 52 hombres. Poco después de llegar a las costas españolas, se dio cuenta de la traición. No le quedó más remedio que entregar las armas. Fue fusilado, junto al resto de sus hombres, el 10 de diciembre de ese mismo año”<sup>98</sup>.

Arrastrar a sus 52 leales al paredón no deja de ser una gesta en verdad romántica, y no es extraño que Espronceda cante arrebatado su memoria, “cadáveres están, ¡ay!, los que fueron honra del libre”, “Españoles, llorad; mas vuestro llanto lágrimas de dolor y sangre sean...”. Extraña más el asunto en el reposado Gil, sin duda, es también poema de circunstancias, más cerca del compromiso político de Gil con el grupo revolucionario de Espronceda que fruto de su propia vena poética. De hecho, el paralelismo de Gil con el poeta de Almendralejo es grande: “y las costas de Málaga los vieron / cual sol de gloria en desdichado día”, a lo que Gil escribe: “Ondas del mar de Málaga la bella, / que visteis apagarse en vuestra orilla...”. “Españoles, llorad” de Espronceda, vierte su molde en “aguas, coronad”, “arenas, amparad”.

Aparece ya el *cisne sin lago*, que da título a la biografía de Ricardo Gullón y acabará siendo personificación del propio Enrique Gil y Carrasco:

Mas, huésped de la bella Andalucía,  
cisne sin lago, bardo sin historia,  
mi perdido cantar empañaría  
el rutilante sol de tu alta gloria.

*El Entreacto*, núm. 27, p. 106, 30 de junio de 1839.

<sup>98</sup> Peral, p. 69.

## EL CAUTIVO

Un canto a la libertad, a la manera de Espronceda, un romance que evoca al del prisionero, "Que por mayo era por mayo...". Extenso, a veces reiterativo, pero cargado de musicalidad y fuerza. Y de nuevo, la sombra oblicua de Espronceda y sus vidas paralelas, criterio que Picoche no comparte ("la poesía de Espronceda tiene poca influencia sobre Gil"<sup>99</sup>), pero que nos parece claro; así, confróntense estos versos de Gil:

¿Mas qué importa al cautivo engalanada  
la noche ver de estrellas,  
si no puede en su cárcel olvidada  
decirles sus querellas?

Y estos del poeta de Almendralejo en *La cautiva*, que no mejoran los de Gil:

Más ¡ay triste! Yo cautiva,  
huérfana y sola suspiro,  
en clima extraño respiro,  
y amo a un extraño también;

*Semanario Pintoresco Español*, serie II, núm. 5, pp. 39-40, 3 de febrero de 1839.

## LA VIOLETA

Junto con *Una gota de rocío*, este es el poema más conocido y popular de Gil, su obra maestra, de la que Gullón dice: "En la violeta vió Enrique el emblema de su vida, y en la efímera existencia de la flor un presagio de su destino: timidez, gentileza, pureza, fugaz e inadvertido vivir. Reaparece el sentimiento de la soledad frente al mundo, soledad confortadora para soñar y para morir (...) La violeta es un símbolo y en ella renacerá el poeta"<sup>100</sup>.

Es, en efecto, un hito en la breve obra poética de Gil, ante el que Mestre y Muñoz también se detienen: "Con voz quebrada rememora en escritura el habla de su patria interior ante las ruinas, y elige entre otras galas más poderosas de la vida, a la humilde violeta, la pequeña flor morada símbolo de la fugacidad de la existencia, del *carpe diem* y la breve estación de la belleza, una gramática de lo efímero que bajo la gran obra del sol tiñe, con el color que cifra la espiritualidad y lo débil, los versos en que se hace aroma el olvido:

---

<sup>99</sup> Picoche, p. 243.

<sup>100</sup> Gullón, p. 86.

Flor deliciosa en la memoria mía,  
ven en mi triste laúd a coronar,  
y volverán las trovas de alegría  
en sus ecos tal vez a resonar.

(...)

Quizá al pasar la virgen de los valles;  
enamorada y rica en juventud,  
por las umbrosas y desiertas calles  
do yacerá escondido mi ataúd,  
irá a cortar la humilde violeta  
y la pondrá en su seno con dolor,  
y llorando dirá: “¡Pobre poeta!,  
ya está callada el arpa del amor.”

El arpa del amor, el instrumento “que tiende un puente entre el mundo terrestre y el celestial”. (...) El poeta pareciera ser consciente de todo lo que irracionalmente su videncia sabe”<sup>101</sup>.

*La violeta* simboliza la vida y el destino del poeta; aparece, enigmática, *la virgen de los valles*, tal vez referida una vez más a Juana Baylina, cuya muerte era aún muy cercana y la presencia de su recuerdo constante. El valor intemporal de Gil no está en el tópico de la violeta “utilizado cien veces entre 1835 y 1850, sino en la calidad notable y el acento de sinceridad que hace auténticos sus versos”<sup>102</sup>.

En endecasílabos (ABBA), quizás el verso preferido por el poeta. Repárese en la primera estrofa, en cuyas cuerdas suena el laúd que treinta años después hará sonar Bécquer, con forma de arpa, en sus *Rimas* de las que este poemario es antecedente, aunque en opinión de Gerardo Diego la filiación directa no esté confirmada.

*Semanario Pintoresco Español*, serie II, núm. 14, p. 111, 7 de abril de 1839.

#### IMPRESIONES DE LA PRIMAVERA

Al igual que en *El ruiseñor y la rosa*, en este poema, “pesimista” dice Picoche, dialogan el poeta y la primavera, y de nuevo el ruiseñor y los colorines [jilgueros], a los que Gil alude con frecuencia. La interpelación es directa: “Trovador de los pesares, ven a escuchar mis acentos”. “Ven a mí, triste poeta, arroja el arpa de oro”, y continúa girando en la noria del desamor y la tristeza.

---

<sup>101</sup> Op. cit., p. 40 y ss.

<sup>102</sup> Picoche, p. 307.

Cuartetos (ABAB). Picoche registra este poema con el subtítulo *Canción del ruiseñor*, con el que se publicó en el *Semanario Pintoresco*, que no aparece en ninguna de las tres ediciones anteriores, pero nos ha parecido conveniente recuperar.

*Semanario Pintoresco Español*, serie II, núm. 25, p. 199 y ss., 23 de junio de 1839.

#### EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA

“Poema corto e insignificante”, dice despectivo Picoche; “ejercicios de un colegial con sarampión poético...” añade Gullón<sup>103</sup>. Igual que algún otro mencionado estamos ante un poema de compromiso o encargo puntual; la entrega de un Álbum poético como regalo era costumbre social extendida en la época. Así, en la inauguración del Círculo, el 3 de enero de 1839, que Gullón relata con detalle, asiste la Reina con su séquito y la Junta del Liceo le obsequia en el intermedio del concierto con un refrigerio de helados y dulces. “Un periódico habló de los jóvenes a quienes encomendaron la misión de recibir y acompañar a las señoras y de atender a los invitados. Bien pudo ser Enrique Gil, entonces de veinticuatro años, uno de los «comisarios de orden» aludidos por el periodista. Yo me complazco imaginándole entre ellos, vestido de frac «llevando por divisa una flor blanca en el ojal» y gozando de unas horas de felicidad poco frecuentes en su vida. (...) En el álbum ofrecido a la Reina María Cristina con ocasión de su visita figuró *La niebla*<sup>104</sup>. Bien se comprende que en este contexto u otro similar el poeta aportara algunas estrofas de compromiso. Estas son cuartetos (ABAB).

*El Entreacto*, núm. 28, 4 de julio de 1839.

#### A BLANCA

Para algunos críticos, este poema contiene un punto de inflexión en la vida sentimental de Gil: “El poeta alude quizás a un nuevo amor”, dice Picoche, quien considera que posiblemente la composición fue leída en la sesión del Liceo de 26 de julio de 1839.

Sin embargo, a juicio de la profesora Paz Díez, que compartimos, es un poema dedicado a una niña. Conviene recordar que la hija de su íntimo amigo Espronceda, se llamaba Blanca, por lo que fácilmente podría estar dedicado a Blanca Espronceda Mancha, nacida en 1834. Los versos cobran verdadero sentido pensando en esa «criatura» de cinco años, que Gil tuvo en su regazo,

<sup>103</sup> Gullón, pp. 59-60. Véase el comentario al poema *A F. O.*

<sup>104</sup> Gullón, p. 84.

sobre cuyo incierto futuro y felicidad medita, cuando pase «la edad de la inocencia»; todo el poema tiene un tono infantil, ingenuo, cursi, pero con especial encanto y gracia por la fluida versificación de Gil:

Que es, Blanca, tu hermano el espíritu suave  
que inunda tu alma de luz y placer,  
si él tiene las alas y el canto del ave,  
tú tienes el alma de niña y mujer;  
el alma de niña bellísima y pura  
que cándida vuela de rosa en jazmín,  
el alma que en joven mujer se figura  
flotar entre nubes de grana y carmín.

Cuartetos (ABAB) y redondillas. Peral emplea minúscula impropriamente en el verso “cuando en tu frente reposa / blanca mía”; respetamos la 1ª edición y la de Campos, “Blanca mía”, invocación que se repite en las estrofas finales: “Blanca mía, mi amor pasará en breve...”.

*La Legalidad*, núm. 9, 17 de agosto de 1839.

#### PAZ Y PORVENIR

El 29 de agosto de 1839, los generales Maroto y Espartero sellaron con *el abrazo de Vergara* la paz entre carlistas e isabelinos. Aquel convenio puso fin a la primera guerra carlista y fue un acontecimiento histórico de primer orden, del que sin duda participaron todos los políticos e intelectuales del *Parnasillo* y del Liceo, Gil y Carrasco, entre ellos. Gil “compone su único poema resueltamente optimista” al filo de la conmoción política del momento y lo lee en el Liceo nueve días después, el 9 de septiembre. Picoche considera este poema, junto a los otros de contenido patriótico [dedicados a la memoria de Campo Alange, de Torrijos o al Dos de Mayo], como muestra del pensamiento político del poeta y su profesión de fe liberal, enemigo del absolutismo: “Gil era un moderado desde el principio. Esta posición media en el liberalismo no impide que Enrique Gil sienta admiración por los hombres que se ilustraran en su lucha contra el absolutismo. (...) Gil conocía las teorías socialistas más notables de su tiempo, y particularmente las de Owen y Fourier (...) cree en el progreso de la humanidad”<sup>105</sup>.

Poema, pues, de tintes patrióticos y conquistadores: contra los franceses (“trepad al gigante Pirineo”), contra el Báltico (“¡Ojalá que sus pendones en el Báltico se miren!”). Poema guerrero, de una gran musicalidad, en estrofas

---

<sup>105</sup> Picoche, p. 42.

brillantes y, a diferencia de otros de final lloroso, lleno de vida y alegría, con timbres de gloria, con fe en el porvenir:

— Truene el cañón, pero de gozo truene;  
inunde el viento en salvas de alegría,  
y en acordada música resuene  
himno de paz, suavísima armonía.

*El Piloto*, núm. 190, 11 de septiembre de 1839.

#### LA PALMA DEL DESIERTO

Entre sus cantos a elementos de la Naturaleza —la niebla, el ruiseñor, un cisne, una mariposa— Gil incluye uno tan extraño y exótico como a una palma del desierto que le sirve de pretexto para evocar romanos y templarios, “todo pasó”, pero quizás para rendir homenaje a la Tebaida berciana (Cueva de San Genadio, Valle del Silencio, Montes, Peñalba), pues parece referirse a Egeria y a los primeros eremitas bercianos.

De nuevo un poema orientalista, con ecos esproncedianos de *A Jarifa*, reaparecen odaliscas y harenes de mujeres mercenarias, perlas, aromas, cantares, vistosas plumas y árabes espumas. Es un poema claramente pagano, que comienza con un canto al lujo y al placer.

pasan las odaliscas del serrallo  
con abanicos de vistosas plumas;  
de su frente el pesar por ocultallo  
velado en chales de árabes espumas;  
góndolas en estanques transparentes  
con ricos pabellones misteriosos,  
trovas de amor cansadas, fallecientes  
besos en ellas dulces y sabrosos.

(...)

Allí el amor, la luz y las mujeres,  
allí los bosques, flores y jardines,  
los aromas, los vinos, los placeres,  
banquetes, algazaras y festines;  
allí la relumbrante cimitarra  
con puño de oro y rutilante acero;  
allí las rosas en dorada jarra  
al pie del humeante pebetero;

De pronto, cesa el éxtasis, que se venía cantando en endecasílabos, y el poeta despierta a la realidad en un breve romance austero que identifica al cantor con el “humilde anacoreta”, al pie de la palma hechicera. Diríase, como venimos observando, que la estrofa escogida en cada momento por Gil se adapta siempre con perfección formal al contenido poético en esta composición y en todas las que vamos leyendo.

*La Legalidad*, núm. 78, 5 de noviembre de 1839<sup>106</sup>.

#### LA CAÍDA DE LAS HOJAS

El propio Gil rinde homenaje a su amigo Espronceda, en silvas atípicas cuyos versos hablan del *tempus fugit*, tópico que años después reaparece en las *Rimas* de Bécquer. Todo el poema destila —propriadamente, anticipa— un aroma becqueriano, postromántico. Así, esta estrofa nos recuerda a las oscuras golondrinas que no volverán, y aún antes el poema de Homero: “Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación humana nace y otra perece”:

De mi laúd las últimas canciones  
marchitas volarán  
con vuestras esmeraldas y festones  
que lleva el huracán.

Es magnífica esta estrofa en la que el poeta, «mustia yedra que el viento derribó» imagina que las hojas retoñan en el alcázar de su infancia, de nuevo el castillo templario de Ponferrada, «al que yo no volveré»:

Y en alas de los vientos del otoño  
doradas hojas id,  
y del sol del abril en el retoño  
segunda vez lucid,  
que yo no volveré,  
mustia yedra que el viento derribó,  
a vestir de un alcázar que se hundió  
la colosal pared.  
Caed, hojas, caed.

---

<sup>106</sup> Este poema no figura en la 1ª edición; lo rescata J. Campos en la 2ª, como ya se dijo (ver pág. 49). Hemos detectado varios errores, así, en el verso “los ondas respetaron su cabeza”, Peral corrige “las ondas”; también creemos que es lectura correcta “tu cabeza” (las aguas junto a ti se deslizaron, las aves de paso a ti cantaron).

El poema desborda la gaveta lírica y entra a raudales en la épica: godos, árabes, Reyes Católicos, Babilonia, Persépolis, Palmira, Roma, Polonia, Siberia, largo itinerario geográfico-histórico para regresar al «cantar de los amores».

Es una composición tardía, Picoche la data en noviembre de 1840, distinta del numen lírico que Gil alienta tres años antes (en el periodo 1837-38) y preanuncia el final de su inspiración: salvo dos poemas de circunstancias, *Dos de Mayo* y *A Espronceda*, el poeta no volverá a escribir más versos. Quizás por ello, el poema culmina con una evocación al cisne, pues “según la creencia popular, el cisne, poco antes de morir, emite un canto bello y melodioso, signo inequívoco del final de sus días. La última obra de un artista se conoce como el canto del cisne”<sup>107</sup>. *La caída de las hojas* es el canto del cisne de Enrique Gil, nuestro *cisne sin lago*:

Veladle: y, tristemente susurrando,  
“—El poeta, decidle, nos envía,  
que en tinieblas sin fin se quedó allá,  
su amor, su pena, y soledad cantando;  
mas canta, blanco cisne, en su agonía,  
y su cítara en breve callará”.

*El Iris*, núm. 8, 28 de marzo de 1841.

#### AL DOS DE MAYO

Poema extenso, canta a los Héroes del Dos de Mayo, el alzamiento del pueblo de Madrid contra los franceses, “uno de los innumerables *Dos de Mayo* que cada poeta se creía obligado a escribir entonces; así, entre otros, Arriaza, Gallego, Espronceda, García y Tasara...”<sup>108</sup>, del que Picoche concluye el patriotismo español como tendencia política de Gil, lo que a nuestro juicio requiere otra lectura, especialmente en lo relativo al modelo o influencia de Espronceda.

El famoso levantamiento del pueblo de Madrid contra Napoleón, el dos de mayo de 1808, que da comienzo a la Guerra de la Independencia, inmortalizado en los cuadros de Goya, no fue solo una rebelión contra los franceses, sino contra el absolutismo, “pretendía la instauración de una monarquía democrática y moderna”<sup>109</sup> y así era considerado en la época por el

<sup>107</sup> Peral, p. 137.

<sup>108</sup> Picoche, p. 83.

<sup>109</sup> Torrón, p. 1379.

círculo de Espronceda, de modo que su poema contiene un ataque contra los afrancesados y colaboracionistas. “Además de un ataque, muy valiente, a Fernando VII, hay aquí una visión desesperanzada de una España que ha cedido su poder a la intervención extranjera”. Veamos el final del poema:

¡Oh! En el dolor eterno que me inspira,  
el pueblo en torno avergonzado calle,  
y estallando las cuerdas de mi lira,  
roto también mi corazón estalle.

Si el poema de Espronceda es largo (148 versos), el de Gil lo duplica (280); ambos comparten el tono exaltado, la indignación y la rabia. Compárese el anterior final de Espronceda con el de Gil, donde también estallan la ira y la lira:

Yo arrojaré mi lira en el torrente  
con sus trovas de amor y de pesares,  
y humillaré con religión la frente  
al pie de vuestros ínclitos altares,  
y de ese mármol del honor testigo  
descolgaré la generosa lanza  
y ante el plomo al caer del enemigo,  
muriendo allí repetiré: ¡Venganza!

En cuanto a su valor poético, Picoche lo desdeña como “académico y lleno de tópicos, es de los peores del autor”. Sin embargo, tiene otros valores; ya hemos visto cómo Iarocci considera la poesía de Gil no solo antecedente del Postromanticismo reposado, sino faro que ilumina el Modernismo y toda la lírica española posterior. Quizás este poema sea un exponente de esa anticipación; los versos donde suenan “roncos clarines, negros atambores” preanuncian la *Marcha triunfal* de Rubén Darío, “Ya se oyen los claros clarines”. Todo el poema es un himno como el de Espronceda patriótico y guerrero, ajeno a la vena lírica de Gil, aunque trae también ecos del *Tenorio* de Zorrilla, entonces recién estrenado (1844), en estos versos:

La virgen que se arrodilla  
sobre el césped del guerrero,  
cuando del cielo en la orilla  
la luna pálida brilla  
por las noches del enero.

## A ESPRONCEDA

“Lucero milagroso, águila hermosa”: Espronceda fue para Enrique Gil más que un amigo, valedor y correligionario político; lo fue todo. Le abrió las puertas del *Parnasillo* y del Liceo de Madrid, le introdujo en los círculos selectos y progresistas de la Corte y del poder; bendijo sus pasos literarios. Enrique, que había sido responsable de la edición original de las obras de Espronceda en 1840<sup>110</sup>, sintió su muerte repentina de modo traumático. Tras velar toda la noche en compañía de otros amigos, al día siguiente escribió y leyó entre sollozos este poema en el cementerio. Fue publicado el mismo día, el 25 de mayo de 1842, en *El Corresponsal* con el título *Elegía a la muerte de Espronceda*, y en *El Eco de Comercio* con el título *A Espronceda*, que conservan las tres ediciones posteriores y la presente, cuyos 32 poemas se cierran con esta perla memorable:

¡Adiós, adiós!, la angélica morada  
de par en par sus puertas rutilantes  
te ofrece, sombra amada.  
Ve a gozar extasiada  
la gloria inmaculada  
de Calderón, de Lope y de Cervantes.

---

<sup>110</sup> Picoche, p. 272.

## UNA GOTITA DE ROCÍO

A memoria de José María Gilha

Gota de humilde rocío  
delicada,

sobre las aguas del río

columpada.

### Poesías líricas

La brisa de la mañana

blandamente,

como brisa temprana



que mujer  
ovidada y abatida  
ventó ayer?

¡Eres alma de algún niño

que murió

y que el rostro pío cariño

demanda?

¡O al gemido de expirante

luciente,

que traiga pura y radiante

el arca!





## UNA GOTA DE ROCÍO

*A mi amigo D. José María Ulloa*

Gota de humilde rocío  
delicada,  
sobre las aguas del río  
columpiada.

La brisa de la mañana  
blandamente,  
como lágrima temprana  
transparente,  
mece tu bello arrebol  
vaporoso  
entre los rayos del sol  
cariñoso.

¿Eres, di, rico diamante  
de Golconda,  
que, en cabellera flotante  
dulce y blonda,  
trajo una Sílfide indiana  
por la noche,  
y colgó en hoja liviana  
como un broche?

¿Eres lágrima perdida,  
que mujer  
olvidada y abatida  
vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño  
que murió  
y que el materno cariño  
demandó?

¿O el gemido de expirante  
juventud,  
que traga pura y radiante  
el ataúd?

¿Eres tímida plegaria  
que alzó al viento  
una virgen solitaria  
en un convento?

¿O de amarga despedida  
el triste adiós,  
lazo de un alma partida  
¡ay!, entre dos?

Quizá tu frágil belleza,  
quizá tus dulces colores,  
tus cambiantes y pureza,  
y tu esbelta gentileza,  
tus fantásticos albores,  
son imágenes risueñas  
de contento y de ventura,  
son citas de una hermosura,  
son las tintas halagüeñas  
de alguna mañana pura.

Que acaso bella te alzaste  
entre el cantar de las aves,  
y magnífica ostentaste  
tu púrpura y oro suaves,  
y con ellos te ensalzaste;  
que acaso en cuna de flores  
viste la lumbre del día,  
y blando soplo de amores  
te llevó una noche umbría  
en sus alas de colores  
y en la rama suspendida  
de un almendro floreciente  
oíste trova perdida,  
en el perfumado ambiente  
por los ecos repetida.  
Ruiñeñor enamorado  
cantaba encima de ti,  
y junto al tronco arrugado  
oíste un beso robado  
a unos labios de rubí.

Misterios y colores y armonías,  
encierras en tu seno, dulce ser,  
vago reflejo de las glorias mías,  
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa  
y tu espléndida gala tan fugaz,  
que es un vapor tu púrpura vistosa  
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,  
de tus bellos matices, pobre flor?  
No habrá pesares para ti, ni llantos,  
ni más recuerdo que mi triste amor.

Si tu vida fue un soplo de ventura,  
si reflejaste el celestial azul,  
no caigas, no, sobre esta tierra impura  
desde tu verde tronco de abedul.

Pídele al sol que con su rayo ardiente  
disipe por los aires tu vivir,  
o a un pájaro de pluma reluciente  
que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,  
para trocar en lodo tu beldad;  
tú, más baja que espíritu del cielo,  
más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,  
cual blanco mensajero de oración,  
que sólo el verte la esperanza inflama  
y alienta al quebrantado corazón.

Quizá al pasar un ángel solitario  
te cubrirá con su ala virginal...  
si caes envolverá frío sudario  
tu forma vaporosa y celestial.

## LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

*A la memoria de mi desgraciado amigo  
don Guillermo Baylina*

Trémulo son  
vibra en el viento...

¿Es el acento  
de la oración?

¿Es que suspira  
la brisa pura  
que se retira  
por la espesura?

¿Es que cantan las aves a lo lejos  
con voz sentida al apagado sol,  
bañadas en los últimos reflejos  
de su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas  
de los genios del día y de la luz,  
que van a desplegar sus ricas galas  
a otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,  
que trueca su mugido bramador  
en un himno dulcísimo y doliente,  
himno de paz, de religión, de amor?

No, que esa voz misteriosa  
como el crepúsculo vaga,  
cual la niebla vaporosa,  
solitaria y melodiosa  
como la voz de una maga.

Es más que el leve murmullo  
del aura que se despide  
y besa el tierno capullo  
y un instante más le pide  
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar  
de los pájaros pintados  
que contemplan admirados  
nube rojiza empañar  
del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora  
que se escapa del torrente  
y en himno tímido llora  
el muerto sol de occidente,  
y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada  
que la confusa armonía  
del ala tornasolada  
del espíritu del día,  
en los aires agitada.

Que es la voz de la campana,  
voz de alegría y tristeza,  
de alegría en la mañana,  
triste en la noche cercana,  
sepulcro de la belleza.

Voz que, dulce y apagada,  
en la oscuridad solloza,  
o que, rica y acerada,  
corre los vientos alada  
y entre misterios se goza;  
que tal vez recuerda el alma  
despertada por su son,  
horas de plácida calma,  
en que, solitaria palma,  
florece el corazón.

Y entonces las oraciones  
de la infancia bulliciosa  
pasan en blancas visiones,  
cual aéreas ilusiones,  
por el alma pesarosa,

y las dulces confianzas  
de solícita amistad,  
— las doradas esperanzas,  
abandono y bienandanzas  
de la venturosa edad,  
y las pláticas de amor  
entre flores y verdura,  
que cantaba el rui señor  
y embellecía el pudor  
de conturbada hermosura.  
Todo en los ecos se mece  
del misterioso metal,  
pero confuso aparece  
y sin contornos se ofrece  
como vapor matinal.  
Que son harto delicados  
aquellos suaves placeres  
en que yacen apiñados  
ensueños idolatrados  
con semblante de mujeres,  
porque en otro pensamiento  
se miran sobrenadar,  
y siguen su movimiento,  
cual marchan al son del viento  
las escuadras por el mar.  
Pensamiento, sí, infinito,  
que vaga por el espacio,  
pensamiento de proscrito,  
en las cabañas escrito  
y en la frente del palacio.  
Las músicas de la vida,  
el silencio del no ser,  
y la amarga despedida,  
y la queja dolorida  
de las hojas al caer;

la idea consoladora  
de otro mundo de virtud,  
y la madre que nos llora  
y que, aun muertos, nos adora  
contemplando el ataúd,  
la imagen de la doncella  
que su fe nos dio al pasar,  
y que tal vez nuestra huella  
busca en moribunda estrella  
con distraído pensar;  
y el ánima desatada  
que va a llamar congojosa  
a la puerta nacarada  
de la mansión perfumada,  
donde el querubín reposa;  
y dios y la majestad,  
y el son de las arpas de oro  
en la mística ciudad,  
y aquel inefable coro  
por toda una eternidad,  
ideas son que oscurecen  
las memorias infantiles,  
y ante quienes desaparecen  
y en humo se desvanecen  
los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,  
desde allí enseñoera al huracán,  
soberana de un mundo solitario  
de grave y melancólico ademán.  
¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?  
¿Por qué al oscurecer tanto pesar?  
¿Por qué en tus ecos, lánguida campana,  
haces así mi corazón rodar?  
¡Ay!, cantas la esperanza en la alborada,  
la fe sencilla del primer amor,  
y en la noche las sombras de la nada,  
desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa  
por do se sube a espléndida región;  
tal vez eres la senda temblorosa  
que guía al ignorado panteón.

Paréceme en las noches más oscuras  
oír entre tus ecos de metal  
unas palabras tímidas y puras,  
perdidas en tu acento funeral.

Palabras de abandono y confianza,  
blando perfume de inocencia y paz,  
ideas de fantástica esperanza,  
memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,  
del malogrado amigo que perdí,  
que repartía su placer conmigo,  
y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazón de niño,  
como el alba las hojas de la flor,  
y suavizó con maternal cariño  
mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada  
cuando vas a cantar la última luz,  
y, cruzando la bóveda estrellada,  
mezcla a tu son el son de su laúd?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio  
de entrambos mundos eternal confín,  
más alto que la cresta del palacio  
y postrer escalón del serafín?

Tú eres, campana, el punto misterioso,  
sobre la tierra levantado estás,  
y tú sin duda al celestial reposo  
del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,  
pues que en ella le escucha mi pasión.  
Si es ilusión, campana bienhechora,  
¡ay!, déjame morir en mi ilusión.

Porque es triste perder al ser que amamos  
y los sueños con él perder también...,  
¿para qué averiguar si deliramos?  
¿Para qué razonar si obramos bien?  
¡Ay!, es tan dulce al alma abandonarse  
y mecerse en memorias de placer,  
y luego melancólica lanzarse  
a buscar la esperanza en el no ser.

Que dios sin duda te colgó en el viento,  
como flor del perdido corazón,  
cual llama que el helado pensamiento  
convierte en un aroma de oración.

Tú que me traes al rayar el día  
vagos recuerdos de la bella edad,  
y por la noche pálida y umbría  
me muestras la confusa eternidad;

tú que entre sombras y tiniebla vana  
evocas una forma celestial...,

¡bendita seas, lúgubre campana!

¡Bendito, sí, tu acento funeral!

A...\*\*\*

*Sentimientos perdidos*

Es el amor del poeta  
flor de un ignorado valle,  
de gentil y puro talle  
y de encendido color.

Crece en la sombra confusa,  
en claras aguas se mira,  
y en ella el aura suspira  
con delicioso rumor.

Pero sólo se despliega  
a los rayos de la luna,  
porque menguada fortuna  
cupo a la triste tal vez,

que es en verdad bien menguada  
y melancólica suerte,  
irse arrastrando a la muerte  
en amarga viudez;

sentirse rica en perfumes,  
sentirse rica en colores,  
rica también en amores,  
y solitaria llorar,

y no encontrar unos ojos,  
con ser tan pura y tan bella,  
que se reposen en ella,  
y la miren con pesar.

Bien haces, flor sin ventura,  
en descorrer por la noche  
el tornasolado broche  
de tu cáliz de aflicción;

que, a falta de humanos ojos,  
las moribundas estrellas  
llorarán tus hojas bellas  
con lumbre de compasión.

¡Triste poeta!, ¡palma descuajada  
de un campo de ventura!  
Nacido en una patria allá apartada  
de sombras y verdura,

¿qué haces perdido en el helado suelo  
vagando sin cesar,  
en busca de un acento de consuelo  
que temple tu pesar?

¿No sabes, di, que el llanto de amargura  
al mundo contamina,  
y que anubla su paz y su ventura  
la frente que se inclina?

¿No sabes, desgraciado, que en el suelo  
rotas se ven tus alas,  
y que sólo en las bóvedas del cielo  
desplegarás tus galas?

Escucha: yo era niño, y en mi frente  
brillaba la esperanza,  
y el porvenir abríase esplendente  
de gloria y bienandanza.

Edificio de nácar y diamante  
era mi dulce vida,  
iluminaba estrella rutilante  
mi juventud florida.

Tierno latió mi corazón de niño  
con delicioso amor,  
y, a su compás, otro infantil cariño  
lató consolador.

Entonces yo canté, yo fui poeta,  
que era bello cantar,  
como es bello a la humilde violeta  
su cáliz desplegar.

Mas el alma dormía confiada  
so nube tormentosa,  
y vióse al despertar abandonada  
en noche tenebrosa.

Que soplaron los hombres en mi frente  
con su furor impío,  
y huyó con mi ventura velozmente  
el tímido amor mío.

Huyó el amor dichoso, esperanzado,  
el mísero quedó,  
y entre espinas y abrojos arrastrado,  
el alma ensangrentó.

Que sólo ofrecer pude al ángel mío  
quebranto y maldición,  
y ante la muerte me tendí sombrío  
con mi fatal pasión,

y la canté con enlutada lira,  
orillas del torrente,  
que en ronca voz consuela al que delira  
con abrasada frente.

Y por la noche la canté a la luna,  
lámpara del pesar,  
y regué con mis lágrimas la cuna  
del turbulento mar.

Y mi amor en los aires exhalaba,  
desterrado del mundo,  
y otro mundo de duelo me formaba  
en mi dolor profundo.

Otro mundo sin luz y sin placeres,  
de llanto y soledad,  
poblado de fantasmas de mujeres  
de juvenil edad.

Mujeres, que llorosas se volvían  
para mirar su infancia,  
y al cabo de la vida bendecían  
sus años de ignorancia.

Lentas cruzaban la tiniebla oscura,  
con suelta cabellera,  
cantando en bajo son su desventura  
con trova lastimera.

Y una entre todas pálida y doliente  
mirábame al pasar,  
y su mirada fija tristemente  
me hacía palpar,

que era, ¡ay dios!, el ensueño de mi vida,  
la virgen que adoré,  
solitaria en las sombras y perdida  
moviendo el leve pie.

Una sonrisa triste y resignada  
sus labios entreabría,  
y en sus ojos estrella amortiguada  
reverberar se vía.

Su mano cariñosa me apartaba,  
con lúgubre inquietud,  
de aquella oscuridad, que así empañaba  
su pura juventud.

Entonces desbocado torbellino  
llegaba bramador,  
y llevaba el fantasma peregrino  
con hórrido fragor.

¡Oh dios!, bien melancólico era el sueño:  
mas ¡ay! que al despertar  
al lado de la vida era risueño  
su llanto y su pesar.

Mi triste corazón ha sucumbido  
con tanto y tanto afán,  
y su alegría leve polvo ha sido  
que lleva el huracán.

Que es la justicia que pregona el hombre  
diabólica ironía,  
y su fe y su virtud mentido nombre  
o vil mercadería.

¡Ay de mí! ¡Ay de mi infancia bulliciosa,  
purísima azucena!

¡Ay de mi juventud dulce y hermosa  
que se pasó en la pena!

¡Ay de mi amor, de su esperanza y gloria  
paisaje peregrino!...

¡Sólo ruina sois en mi memoria!,  
¡trofeos del destino!

¡Pobre poeta!, ¡serafín caído!  
busca otra patria, sí,  
búscala, que en el mundo empedernido  
no hay patria para ti.

¡Ángel de blancas alas que pecaste  
y lloras desterrado!,  
¿quién sabe si con lágrimas lavaste  
la mancha del pecado?

¿Quién sabe si mañana será el día  
de gloria y claridad,  
si esconde el mármol de la huesa fría  
tu dulce libertad?

¡Ay!, para ti en la vida hay esperanza,  
y en las tinieblas luz,  
y un mundo de justicia y confianza  
detrás del ataúd.

Tú con tintas suavísimas coloras  
el negro porvenir,  
y cruzas en las nubes voladoras  
los campos de zafir.

¡Poeta!, enigma oscuro y tenebroso  
es tu vivir fugaz:  
desconocido pasas y lloroso  
con encubierta faz.

Ave de paso triste y solitaria,  
cruzas tiniebla oscura,  
mas si ruegas, tu tímida plegaria  
al cielo va segura.

Si el eterno gozar lo gana el llanto,  
el llanto y la tristeza,  
si es escalón la pena y el quebranto  
de celestial pureza,

espera, poeta, espera,  
espera y no llores más,  
que tu enlutada carrera  
un día en la azul esfera  
finalizada verás.

## LA NIEBLA

### *Recuerdos de la infancia*

Niebla pálida y sutil,  
que en alas vas de los vientos,  
no así callada y sombría  
desparezcas a lo lejos,  
o en pos de ti correré,  
sin vagar y sin sosiego,  
porque está sedienta el alma  
de tus sombras y misterios.

Acuérdate, engañadora,  
del inocente embeleso  
con que, niño embebecido,  
contemplaba tu silencio  
por ver si en él resonaban  
perdidos y blandos ecos  
de las arpas melodiosas  
de las magas de los cuentos.

Crédulo entonces y puro  
rasgar intenté tu velo  
pensando que me ocultaba  
sus palacios hechiceros,  
sus fantásticos pensiles,  
sus músicas y torneos,  
y los flotantes penachos  
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,  
cual perdido pensamiento,  
te vi envolver cuidadosa  
y con solícito anhelo  
las almenas carcomidas  
del alcázar, que en un tiempo  
escándalo fue del mundo  
por su pompa y devaneos,

sin ver que era vano afán,  
y descabellado intento,  
velar sus rotos blasones  
y sus mutilados fueros  
con tu liviano ropaje,  
y más liviano deseo.

Y con todo alguna vez  
el sol te daba contento  
reverberando apacible  
del torreón altanero  
en el musgo húmedo y triste,  
roja chispa de su fuego,  
que después tú disfrazabas  
hasta mentir el reflejo  
de perfilada armadura  
o de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste  
con dolosos sortilegios,  
haciéndome atropellar,  
desapoderado y ciego,  
los ruinas del castillo,  
cándido infante, creyendo  
mirar de pie en su poterna  
membrudo y alto guerrero  
como lúgubre guardián  
de la prez de los abuelos!

¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas  
por tus mentiras corrieron  
al ver que mi fantasía  
y mi dulcísimo ensueño  
tornábanse entre mis manos  
manejo de musgo seco,  
que en vagas ondulaciones  
flotaba a merced del viento!

Y a la verdad no era mucho  
que el sol oyera tu ruego,  
porque nunca le engañaste  
para mostrarse severo,  
y, a pesar de tus engaños,  
yo te adoraba en extremo.

Y aún te adoro, parda niebla,  
porque excitas en mi pecho  
memorias de bellos días  
y purísimos recuerdos,  
porque hay hadas invisibles  
en el vapor de tu seno,  
y porque, en ti siempre hallé  
blando solaz a mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia  
a sus ilusiones muerto!

¡Ay de la flor que fragancia  
consume y pura elegancia  
en apartado desierto!

¡Ay del corazón de niño  
que se abrió sin vacilar,  
sin reserva y sin aliño,  
pidiendo al mundo cariño  
y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor  
y de mi infantil desvelo  
amparo consolador,  
que sola bajo el cielo  
comprendías mi dolor,

¡qué mucho que yo te amara,  
yo, desterrado del mundo,  
que en ti perdido vagara,  
y a ti sola confiara  
mi desamparo profundo!

Tú a mi espíritu algún día  
dabas tus húmedas alas,  
y, demente de alegría,  
el vago viento corría  
descomponiendo tus galas.  
Cuando, en el llano tendida,  
los contornos de los montes  
ocultabas atrevida,  
fingiendo en los horizontes  
vaga mar desconocida,  
y de la verde montaña,  
que asomaba la cabeza  
con altiva gentileza,  
isla formabas extraña  
de delicada belleza,  
bogaba la fantasía  
por tu misterioso mar,  
y en su ignorancia creía  
la virgen isla, lugar  
de ventura y de alegría,  
y crédula la soñaba  
puerto en la vida seguro,  
y desde allí imaginaba  
un porvenir que llegaba  
sereno, radiante y puro.  
En tu piélagos tal vez  
de gótica catedral,  
la fábrica colosal  
flotaba con altivez,  
oh fortaleza feudal.  
Y el ánimo embebecida  
en entrambas se fijaba,  
y, ya la veleta erguida,  
ya la almena esclarecida,  
solitaria acompañaba,

que en los mares de la edad  
no flotan, no, de otra suerte  
mundana pompa y beldad,  
hasta que en la oscuridad  
relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado  
en tu seno aparecía,  
vaporoso y nacarado  
y en celajes mil velado  
como luna en noche umbría.

Y la mente virginal  
que sólo a ver alcanzaba  
las rosas en el zarzal,  
y otros vientos no soñaba  
que la brisa matinal,  
tus enigmas resolvía  
a favor de la inocencia,  
y calma tan sólo vía  
y solamente escondía  
amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera  
de vistosos arreboles,  
pura como azul esfera,  
de espléndida primavera  
y mágicos tornasoles,  
en que se goza el dichoso  
porque en la dicha confía,  
en que se goza el lloroso  
viendo fanal luminoso  
allá en la bruma sombría.

De pura nieve y carmín  
formada está el alma nueva.  
No es mucho, pues, que se atreva  
con el destino, y que beba  
en las copas del festín.

Vaga niebla sin color,  
no es mucho que vea en ti  
serenas noches de amor,  
labios de ardiente rubí  
y verdes prados en flor;  
no es mucho, porque ilusiones  
de tan vistoso jaez  
pasan tan sólo una vez  
para velar sus blasones  
en perpetua lobreguez.

Su blanca luz placentera  
brilla un instante no más,  
y en la amorosa carrera  
de juventud hechicera  
no vuelve a lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver  
en tu misterioso espejo  
los vergeles del placer,  
que el corazón está viejo  
de quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,  
más pasa mi juventud,  
que entonces tú me acogiste,  
y hoy mi ventura consiste  
en la paz del ataúd.

Mas, ya que has sido mi amor,  
envuélveme con tu velo,  
dame sombras y consuelo,  
que tú sola mi dolor  
has comprendido en el suelo.

## LA ISLA DESIERTA

Isla dichosa que levantas pura,  
en el inquieto seno de los mares,  
tu frente coronada de verdura  
y tus bosques poblados de cantares;  
tierra inocente y virgen todavía  
que imaginé en mis noches de tristeza  
la solitaria cuna en que dormía  
un ángel de inocencia y de pureza;  
hoy, huésped de tu playa silenciosa,  
vengo a pedirte soledad y calma,  
porque desamparada y ruinosa  
en el mundo dejé la paz del alma.

Si mis lágrimas corren, no te asombres,  
hija querida de la mar hirviente,  
que el sosiego y placer que dan los hombres  
son arrugas sombrías en la frente.

Tal vez mi pie marchitará tus flores,  
y secará la yerba de tus prados,  
y callarán tus dulces ruisseños,  
de oír llorar confusos y admirados.

Pero no tiembles, no, por tu hermosura,  
que mi huella en tu frente será leve.

¡Ay!, para un ser de amor y desventura  
largo es el duelo, mas la vida breve.

Hay además belleza en los pesares,  
y tiene encantos el doliente pecho...

¡Duérmete, pues, corona de los mares!

¡Duérmete pura en tu inocente lecho!

Duérmete, sí, porque jamás la vida

igualó las venturas del soñar;

abandonada duérmete y mecida

por los arrullos del inmenso mar.

Puro y sin nubes cual tu edad temprana  
a tu sueño demanda el porvenir;  
si la tarde es igual a tu mañana,  
flor de las aguas, ¿qué podrás pedir?  
Sol, espléndido cielo y alegría,  
a tu cuna sirvieron de dosel,  
y sin héroes ni gloria todavía  
brotó en tu seno el inmortal laurel.

¡El laurel!, profecía misteriosa,  
cuna de ensueños, cuna de ambición,  
que abriga con su copa generosa  
y hace latir guerrero corazón.

¡El laurel!, que fue emblema de los reyes,  
y emblema de los pueblos fue después  
cuando, más altos que menguadas leyes,  
rugiendo las postraron a sus pies.

¡Árbol inmóvil! ¡Árbol del destino!,  
que anida la zozobra y el afán,  
a lo lejos fantasma peregrino,  
de cerca espectro en lúgubre ademán.

Mas, ¡ay de tu candor!, isla inocente,  
que es su misterio enorme para ti,  
y empañará la gracia de tu frente,  
cual sol de julio el tímido alhelí.

Sí, porque es el pensamiento  
de un destino turbulento  
en una frente infantil,  
y es la idea agigantada,  
y es la frente delicada  
flor de ignorado pensil.

Porque fuente de pesares,  
gala y amor de los mares,  
será para ti el laurel,  
el laurel que tú criaste,  
y solícita regaste,  
como encendido clavel.

¡Ay de tí!, que en tu inocencia  
no viste que era demencia  
así la muerte abrigar,  
y soñaste el mar vacío,  
y su horizonte sombrío  
imposible valladar.

Tu árbol tiene bello nombre,  
y lo bello busca el hombre  
aun a riesgo del vivir,  
que es una imagen divina,  
que misteriosa ilumina  
las brumas del porvenir;  
que es un destello del cielo  
que relumbra de este suelo  
en el borrado confín,  
voz del arpa melodiosa,  
que en la mansión venturosa  
pulsa alado serafín.

Para tu mayor desdoro,  
sobre montones de oro  
plantaste el árbol fatal,  
como orgulloso guerrero  
que agita leve plumero  
sobre el casco de metal.

Entonces ¡ay! tu esperanza  
se deshizo y tu bonanza,  
como malogrado amor.  
En los aires se exhalaron,  
y al exhalar se dejaron  
un acento de dolor.

Bien hacían si lloraban,  
si por tu amor entonaban  
una trova funeral,  
que desde entonces perdida  
vieron la gala florida  
de tu frente virginal.

Que en busca de tu pureza,  
de tu infantil gentileza  
sólo cruzaría el mar  
el hombre desventurado,  
por el mundo lastimado,  
corroído de pesar.

Pero jamás su existencia,  
y la paz de la inocencia  
respetó el doliente ser,  
que es la amargura un bautismo  
recibido en el abismo  
de la vida o del placer.

Amor de su alma serías,  
como de las ondas frías  
del piélago bramador,  
y tal vez fuera dichoso  
en tu profundo reposo  
el corazón pensador.

Mas, ¡ay de ti sin ventura!,  
que con llanto de amargura  
vas a regar tu laurel,  
porque el oro de tu seno  
será para ti veneno  
en un cáliz de oropel,  
heredad de la codicia,  
trofeo de la avaricia  
en adelante serás;  
cuantos misterios encierra  
tu suelo, mísera tierra,  
profanados mirarás.

En vano furioso el mar  
te quisiera defender,  
porque el hombre domeñar  
sabe muy bien su poder,  
y sus furias enfrenar.

Y es el interés tan ciego,  
tan desaforado y loco,  
que la amenaza y el ruego,  
hasta el vivir y el sosiego  
a su desenfreno es poco.

La nave que antes cruzaba  
como perdido vapor,  
y al horizonte asomaba,  
y nunca te se acercaba  
por respeto o por amor,  
hoy velera y atrevida  
tu valla atropellará,  
que si la estima es perdida,  
a la soberana erguida  
la esclava se atreverá.

Y cuando deje en tu arena  
la turba de hombres feroces  
que cobija con su entena,  
y que cantarán tu pena  
con sus destempladas voces,  
echará el ancla altanera  
con orgulloso ademán,  
se mecerá en tu ribera,  
y gozará placentera  
de tus lágrimas y afán.

¡Ay de ti, pura guirnalda  
de los mares bramadores.

¡Ay de tu luciente gualda,  
de tus campos de esmeralda,  
y de tus hermosas flores!

¡Ay de tus pintadas aves,  
de tus ríos solitarios,  
de tus músicas suaves,  
y torrentes temerarios  
que lanzan mugidos graves!

Déjame, ¡ay triste!, llorar,  
ya que venturoso fui,  
cuando te escuché cantar  
y entre rosas y azahar  
adormecida te vi.

Tu ventura y mi ventura  
corrieron destino igual,  
que si fue tu frente pura,  
la mía fue virginal  
y esplendente en hermosura.

Y así las dos se juntaron  
cuando el golpe recibieron;  
los que juntas las miraron,  
juntas las compadecieron,  
juntas después las lloraron.

Que hay destinos paralelos  
adonde no alcanza el hombre,  
y a veces bajo los cielos  
arrastran los mismos duelos  
seres de distinto nombre.

Y pues hermanos nacimos  
tú sin alma y yo con ella,  
y con viento igual corrimos  
los mares donde tuvimos  
por norte la misma estrella;  
deja que lloren mis ojos  
nuestros destinos hermanos,  
que sólo vía de abrojos,  
sólo amargura y enojos  
debimos a los tiranos.

## LA MARIPOSA

### *Recuerdos de la infancia*

Mariposa, mariposa,  
que das al viento gentil  
de tus alas de oro y púrpura  
el espléndido matiz;  
que, veleidosa y ligera,  
la tímida flor de abril  
besas y al punto abandonas  
indiferente o feliz;  
tú deslumbraste mis ojos  
desde el punto en que te vi,  
y fuiste la maravilla  
de mi embeleso infantil.

Cegáronme tus encantos  
y entonces en pos de ti  
vagué por valles y montes,  
atropellando el zafir  
de la fuente solitaria,  
en que encendido alhelí  
reflejaba su corona  
de arrebolado carmín.

Por ti de los verdes prados  
hollé el vistoso tapiz,  
por ti la esbelta azucena  
con su frente de marfil  
en mi carrera afanosa  
desatentado rompí,

y su cáliz de perfumes,  
y su gala juvenil  
a los pies del caminante  
sin compasión esparcí.

Y tú siempre vagarosa  
el aire hendías sutil,  
con tu gala envanecida,  
sin escuchar ni sentir  
las inocentes plegarias  
de mi niñez infeliz,  
que en fuerza de tu desdén,  
empañó con su gemir  
el cristal puro y luciente  
de su rico porvenir.

Vano fue el blando cabello  
rizado en sortijas mil,  
vana la frente apacible  
de pura rosa y jazmín,  
vanos los ojos azules  
y su cándido lucir,  
vana también mi pureza  
de celeste serafín.

Mariposa, mariposa,  
flor de un aéreo pensil,  
hoy que la infancia ha pasado,  
bien te comprendo, ¡ay de mí!  
Cayó el mágico cendal  
con que vendado viví,  
y pude mirar el mundo  
desencantado por fin.

Harto entonces tu lección  
en la amargura aprendí,  
viendo que bello fantasma  
en la senda del vivir  
tendías las ricas alas  
para esconderme la lid  
que me guardaba la vida  
en su lejano confín.

¡Pobre niño! ¡Qué inocente  
cerré sin dudar los ojos  
con la esperanza en la frente!  
¿Por qué no vía la mente  
de las flores los abrojos?  
¿Por qué sin faro, ni estrella,  
cruzas el mar de la vida,  
juventud, pobre doncella,  
en sueños de amor perdida,  
cándida, inocente y bella?  
¿Por qué va tu corazón  
como los aires abierto?,  
¿no temes que tu ilusión  
desvanezca el aquilón  
del arenoso desierto?

Cuando a vivir nos lanzaste,  
criador del ancho mundo,  
¿cómo, di, no reparaste,  
que en la noche nos dejaste  
de desamparo profundo?  
Si era ley el pelear,  
¿por qué en vez del flaco pecho,  
no nos pusiste espaldar  
de diamante, en que deshecho  
fuera a estrellarse el pesar?

Porque al fin es el vivir  
encarnizada contienda,  
y solamente al morir  
cae de los ojos la venda  
que robaba el porvenir.

Mas de nuestro desvarío  
¿quién tiene la culpa, quién?  
Tú no la tienes, dios mío,  
que no está el cielo vacío,  
ni sin flores el Edén.

Si, a despecho de tu amor,  
en pos corre el hombre loco  
de un fantasma seductor,  
deshojando poco a poco  
de su inocencia la flor;  
si a pesar de las lecciones  
que por el mundo esparciste,  
acallan sus ilusiones,  
devaneos y pasiones  
la conciencia que le diste,  
¿quién tiene la culpa, quién?  
de sus pesares y duelo  
si allá en la senda del bien  
a mengua tuvo el consuelo  
y le apartó con desdén?

¿Por qué imagina atrevida  
el alma desvanecida  
perpetua la primavera,  
sólo con verla ceñida  
de su guirnalda hechicera?

¡Ay!, dios abrió el ancho mundo  
como un libro a nuestros ojos,  
y eran tantos los enojos,  
las asperezas y abrojos,  
en el volumen profundo,  
que sólo nuestra demencia  
pudo mostrarnos en él  
bosques de mirto y laurel,  
y músicas e inocencia  
en encantado vergel.

¡Mal haya quien como yo  
tuvo un aviso del cielo,  
que insensato despreció!,  
¡mal haya aquel que buscó  
paz y contento en el suelo!

Que no en vano, mariposa,  
delante de mí volabas,  
porque tú representabas  
profecía misteriosa,  
que a mi vista desplegabas.

Fantasma de la ventura,  
cual ella rica y brillante,  
cual ella galana y pura,  
mas a par suyo inconstante,  
loca, falaz e insegura;

¿por qué los ojos no abrí  
para verte sin pasión?  
¿por qué insensato perdí  
mis alegrías por ti  
y la paz del corazón?

Cuando en la fuente bebías,  
cuando libabas las flores,  
cuando en el viento esparcías  
hechizos y bizarrías  
de tus alas de colores;  
cuando entre sombra y verdura  
ibas a perderte errante,  
y a gozarte en la frescura  
de la selva susurrante  
bajo su bóveda oscura;  
y luego volvías loca,  
batiendo las alas bellas,  
festivo enredado en ellas  
el céfiro que destoca  
mariposas y doncellas,  
¿por qué me dejé engañar  
de tanta pompa y belleza?  
¿No pude ¡ay de mí! pensar  
que esta gala, esta pureza,  
no era cosa de alcanzar?

Mas si en los juncos posada,  
que orlaban la pura orilla  
de la espumosa cascada,  
de los ojos maravilla,  
mostrábaste columpiada,  
y allí al parecer dormida,  
me convidaba tu encanto,  
tu vestidura florida  
y tu arbolado manto  
a tender mano atrevida,  
¿qué mucho que al fin cediera  
a tan rosada ilusión?,  
¿qué mucho que el corazón  
apresurado latiera  
con la mágica visión?

Mas por necio o por liviano  
frustrábase mi deseo,  
que era necio, bien lo veo,  
fiar el contento humano  
de tan frágil devaneo.  
Porque eras tú mi fortuna,  
y volabas por ser mía  
y aun tan menguada alegría  
larga tal vez e importuna  
juzgaba la suerte impía.

Crucé los brazos al fin,  
dejé caer mi cabeza,  
y en nebuloso confín  
perdiéronse con presteza  
tus alas de serafín.

Entonces reflexioné  
y en tu oscura profecía  
melancólico pensé,  
mas ¡ay de mí! que tardía  
la meditación ya fue.

Tardía, sí, que volaron  
mis ilusiones contigo,  
y solamente quedaron  
incertidumbres conmigo,  
que mi vida emponzoñaron.

Mariposa, mariposa,  
si hay en el mundo otros niños  
con frente de nieve y rosa,  
de cabellera sedosa,  
puros y blancos armiños,  
ten con ellos más piedad  
que la que yo te debí,  
porque es inhumanidad  
ir a deshojar así  
de la inocencia la edad;

y si a mi vista apareces  
no me recuerdes tus daños,  
sino mis cándidos años,  
y mis inocentes preces,  
y mis dichosos engaños,  
¡ay de mí! porque mi gloria,  
no está, no, en el porvenir,  
ni en su dudoso lucir:  
sólo para mi memoria  
hay un cielo de zafir.

## UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS

Yo vi en mi infancia descollar al viento  
de un castillo feudal la altiva torre,  
y medité sentado a su cimiento  
sobre la edad que tan liviana corre.

Joven ya y pensativo y solitario,  
la misma idea esclavizó mi mente,  
y del desierto alcázar del templario  
en los escombros recliné la frente.

Un tiempo vi de lustre y poderío  
escrito en deleznable caracteres,  
porque pasó el honor y antiguo brío,  
como liviana pompa de mujeres.

Pasó porque era puro y grande y noble,  
y por eso escupió en su frente al mundo,  
que de gloria y virtud corona doble  
no sientan bien en su pantano inmundo.

De su pujanza y fama esclarecidas  
algunas cruces quedan conservadas,  
unas por las murallas esparcidas,  
otras en las ruinas sepultadas.

También nos queda un cristalino río,  
que allá en su juventud azul y puro  
velaba con vapores y rocío  
el yerto pie de su gigante muro,  
y que hoy, más generoso que los hombres,  
enfrena al paso su veloz corriente,  
en homenaje a los pasados nombres,  
en homenaje a la olvidada gente.

Esto queda y no más de los blasones  
con que ornaron el mundo los templarios,  
y la yedra y sus lúgubres festones  
son hoy de sus cadáveres sudarios.

Pero flota en los mares de la muerte  
como encantada nave su memoria,  
porque es su nombre levantado y fuerte  
y colosal su portentosa historia.

Quizá sobre la losa de la tumba  
se ostenta el mundo libre y generoso,  
y la verdad sonora al fin retumba  
en el silencio del final reposo.

Así dormid en paz, ¡oh caballeros!,  
dormid en paz el sueño de la muerte,  
graves y silenciosos y severos,  
al amparo del mundo y de la suerte.

Porque en el mundo fuisteis peregrinos,  
y lúgubres pasasteis e ignorados,  
y de nieblas vistieron los destinos  
vuestro blasón de nobles y soldados.

No alcanzó el mundo su gigante altura  
y os coronó la frente de mancilla...

Dormid en la callada sepultura,  
paladines hidalgos de Castilla,

que tal vez por su noche tenebrosa  
pasará el sol que iluminó esplendente  
la templaria bandera victoriosa,  
que guarecía la invencible gente.

Grandes y puros fuisteis en la vida,  
grandes también os guardará la huesa,  
porque es para una raza esclarecida  
mágico prisma su tiniebla espesa.

Bien estáis en la tumba, los templarios,  
porque si abrierais los oscuros ojos,  
y otra vez por el mundo solitarios  
de la vida arrastraseis los enojos,  
tanto baldón y mengua y desventura  
vierais en él, y tanta hipocresía,  
que la seca pupila en su amargura  
otra vez a la luz se cerraría.

No parece sino que con vosotros  
todo el honor y lealtad llevasteis,  
no parece sino que con nosotros  
todo el oprobio y vanidad dejasteis.

Porque en el día irónicos y secos,  
y menguados arrástranse los hombres  
para llenar sus corazones huecos  
del oropel mentido de sus nombres.

Pasó la fe y con ella la inocencia,  
y el candor que doraba vuestros años,  
pasó la dulce flor de la existencia  
cual pasa la niñez con sus engaños.

Hoy las ideas de entusiasmo y gloria  
ceden el puesto a viles intereses,  
y crecen en el campo de la historia  
sobre la tumba del honor cipreses.

Y todo sentimiento generoso  
vilipendiado rueda por el suelo,  
y la fuerza, cual bárbaro coloso,  
vela del mundo el funeral desvelo.

En vez del corazón la mente late,  
tibia la sangre y pálida circula;  
si un rey a su nación lleva al combate,  
sobre la muerte y destrucción calcula;

¿dó están vuestros escudos, caballeros,  
la lanza que en los aires rielaba,  
los vistosos pendones tan ligeros,  
que el moribundo sol tornasolaba?

¿A dónde fueron las templarias cruces  
que un día vio Jerusalén divina,  
y que bañaban con cambiantes luces  
la arena de la ardiente Palestina?

¿Dó está el batir sonoro de las palmas  
de tantos melancólicos cautivos,  
que por merced de sus sublimes almas  
vían del sol los resplandores vivos?

¿Dónde encuentran amparo las mujeres?  
el huérfano ¿dó encuentra valedores?,  
¿dó, la cabeza los dolientes seres  
reclinan por descanso a sus dolores?

Poblada soledad es hoy el mundo,  
pantano que abril viste de guirnaldas,  
abismo melancólico y profundo  
coronado de aromas y esmeraldas.

Por eso vuestras palmas y laureles  
silbó con su raquítica garganta,  
y amontonó mentiras y oropeles  
para borrar vuestra soberbia planta.

Para baldón y vergüenza  
la juventud hoy comienza  
do paró vuestra vejez,  
mas ¡ah! que en nosotros falta  
vuestra hidalguía tan alta,  
y fama y valor y prez;  
y falta vuestra inocencia  
y pundonor, y creencia  
y religiosa piedad,  
y vaga el hombre inseguro,  
por el crepúsculo oscuro  
de la duda y vanidad;  
y no hay estrella en sus mares,  
ni esperanza en sus cantares,  
ni en su mente porvenir,  
porque el mundo que le engaña,  
en su corazón empaña  
el espejo del sentir.

Que en la juventud florida  
bella y desapercibida,  
el ánima virginal  
en busca va de los hombres,  
fascinada con sus nombres  
y su apariencia leal.

Y ángeles ve en las mujeres  
y amor y luz y placeres  
en la senda del vivir,  
y por su mágico prisma  
mira el mundo que se abisma,  
y piensa que va a dormir;  
y entonces, fuertes caudillos,  
vuestros ánimos sencillos  
el alma comprende y ve,  
como en mi dorada infancia  
vuestra gótica arrogancia  
cándido y puro alcancé.

Mas ¡ay de mí! los paisajes,  
los cambiantes y celajes  
de la rica juventud  
son no más lánguidos sones,  
que arrancan los aquilones  
de un amoroso laúd,

porque llega el desencanto  
en las noches de quebranto  
y con su mano glacial  
descorre triste y severo,  
el pabellón hechicero,  
fantástico y celestial  
de la vida engañadora  
que con falsa lumbre dora  
las nieblas del porvenir,  
y como encantado velo,  
sobre nosotros un cielo  
despliega de oro y zafir.

¡Pobres dichas juveniles,  
tan lozanas y gentiles,  
de tan suave y puro albor!  
¿por qué sois mentira sólo  
y encubridoras del dolo  
del universo traidor?

¿Por qué la edad de pureza,  
de pasión y de belleza  
nos ha de engañar también,  
y robarnos el sosiego,  
y con su aliento de fuego  
quemar la cándida sien?

¡Ay! cuando desencantados,  
náufragos y derrotados,  
pisamos la orilla, al fin,  
de sus mares turbulentos  
con celajes macilentos  
en su nublado confín,  
sin amor, sin esperanza,  
ni gloria ni bienandanza,  
que allá en su seno se hundió,  
y en lugar de la hermosura,  
y en lugar de la ventura,  
que la juventud sonó,  
vemos arenal tendido,  
y pálido y desabrido,  
que es forzoso atravesar,  
sin árboles ni verdura,  
sin una corriente pura  
donde la sed apagar.

¿Qué es lo que entonces encierra  
la desnuda seca tierra  
de esperanza y de placer?

¿Qué visiones luminosas,  
infantiles y vistosas  
pueden ¡ay! aparecer?

Aparecen amarillos  
sin fosos y sin rastrillos,  
centinelas ni pendón,  
vuestros alcázares nobles  
con reminiscencias dobles  
de hidalguía y religión;

monumentos inmortales,  
que envueltos en los cendales  
de verde yedra se ven;  
islas que en el mar de olvido  
con ademán atrevido  
levantan la antigua sien.

Maravillosas historias,  
y magníficas memorias  
quedan y templada cruz,  
que despiertan las campanas,  
melancólicas o vanas,  
que cantan la última luz.

Y entonces el alma sueña  
con una voz halagüeña  
entre el ruido mundanal,  
por más que sea muy triste  
ver que solamente existe  
en la noche sepulcral.

## UN ENSUEÑO

¿Qué significa, dios mío,  
esta memoria tirana  
que cual fatídica nube  
mi corazón así empaña?

¿Por qué tan vago misterio  
guarda la sombra borrada  
de un sueño de desventura  
que pasó en la noche opaca  
por delante de la mente,  
como traidora amenaza?

¿Es benéfico consejo?  
¿Es profecía enlutada  
de mi vivir o tal vez  
espejo que fiel retrata  
la dolorosa agonía  
que vida los hombres llaman?

¡Ay de mí! que a tal misterio  
la fría razón no alcanza,  
porque hay doquiera lecciones  
para la vida sembradas,  
y es la muerte de los sueños  
y de las sombras hermana.

Mas cuando al cielo pedí  
reposo y dulzura y calma,  
quién ¡ay de mí! me dijera  
que mi doliente plegaria  
como el himno de un festín  
el viento desparramara,  
y que serían perdidas  
mis amarguras y lágrimas.  
Perdidas fueron sin duda,  
porque en vez de la mañana  
pura y sin nubes, que en sueños  
a los cielos demandaba,

soñéme vagando solo  
por una inmensa llanada,  
sin flores y sin verdura,  
sin torrentes ni montañas  
y sin pájaros cantores,  
y sin fuentes solitarias,  
indefinible y confusa,  
y descolorida y pálida.

Trémula luz de crepúsculo  
moribunda la bañaba,  
tan dudosa que los ojos  
a distinguir no acertaban  
si eran de un sol agonías,  
si eran vislumbres del alba.

Y era tan triste aquel mundo,  
tan tristes sus nieblas pardas,  
que lo imaginé embrión  
del caos o de la nada.

Mas luego a ver alcancé  
melancólicos fantasmas  
que su oscuridad medían  
con lúgubre y yerta planta,  
y que la calva cabeza  
sobre su seno inclinaban.

Un misterio tenebroso,  
una idea inmensa, extraña,  
su fantasía perdida  
despótica sojuzgaba,  
y su anhelar infinito  
y su flaqueza extremada  
y sus locos pensamientos  
y deshechas esperanzas  
reñían dentro su mente  
cruda y áspera batalla,  
y de inquietudes y penas  
triste campo la tornaban.

En vano a la luz se abría  
de luz su pupila avara,  
que el resplandor macilento,  
que en la llanura brillaba,  
más bien que lumbre de sol,  
era luz de triste lámpara.

Solos y oscuros doquiera  
sus enojos arrastraban,  
sin música, sin sabores,  
ni amistad, ni confianza;  
que temblando por sus duelos  
cada pecho se cerraba,  
temeroso de encontrar  
acaso ironía amarga  
por solaz a su congoja  
y por bálsamo a sus llagas.

A veces joven figura  
lenta las sombras cruzaba,  
cual ramo puro y frondoso  
que de solitaria palma  
el huracán del desierto  
desenfrenado arrebató;  
mas de su frente marchita  
las arrugas pregonaban  
si no la vejez del tiempo  
la vejez de la desgracia.

Y aun así desaparecía  
como exhalación liviana,  
y los semblantes adustos  
otra vez tristes pasaban  
de los fantasmas que allí  
como en su centro moraban,  
arrastrando en pos de sí  
la postrimera esperanza.

Entonces sentí oprimido  
palpitar mi corazón  
atribulado y herido,  
con tal pena dolorido  
y luto y desolación.

Súbito en la oscuridad  
brilló una luz de consuelo,  
y con suave claridad  
bañó de la soledad  
el descolorido suelo.

Y al volver los ojos vi  
dos figuras esplendentes,  
jóvenes y florecientes,  
con guirnaldas de alhelí  
en las purísimas frentes.

Inocentes y amorosas,  
y abandonadas y bellas,  
reverberaban vistosas  
en sus ojos dos estrellas  
de esperanza luminosas.

Tímida virgen divina,  
y cándida y confiada,  
una de ellas, peregrina  
como rosa purpurina  
por mayo desabrochada.

Por el campo de tristura  
movía la planta leve,  
como los ampos de nieve  
cuando visten una altura  
con su mágico relieve.

Partido el negro cabello  
sobre la frente morena  
y en ondas batiendo el cuello,  
vi un doncel de faz serena  
gallardo y altivo y bello.

Y en sus atrevidos ojos  
amorosa llama ardía,  
y en amorosos enojos  
de su pasión por despojos  
su pecho se consumía.

Y vi que los dos amantes  
se buscaban con afán,  
inquietos y palpitantes,  
con encendidos semblantes,  
con impaciente ademán.

Y cuando al fin se miraron  
al dulce encuentro corrieron,  
y ciegos imaginaron,  
que ya las dichas llegaron,  
que en sus ensueños fingieron.

¡Ay del triste que confía!  
¡Ay de los puros amores!  
yo vi de una huesa fría  
alzarse nube sombría  
de mortíferos vapores,  
y atrevida desdoblarse  
entre los jóvenes bellos,  
sobre su frente posarse,  
sobre sus ojos plegarse,  
y consumir sus destellos.

Y convertirse en ceniza  
vi tanto amor y beldad  
y su pura claridad  
trocarse en nube rojiza  
que abriga la tempestad.

Llegó la desconfianza  
y mató el amor naciente,  
que en su funeral balanza  
no pesa infantil bonanza  
más que la rugosa frente.

¡Pobres jóvenes hermosos!

¡Pobres flores deshojadas!

¡Tornasoles vaporosos

de las tardes abrasadas

de los estíos fogosos!

A los tristes ni siquiera

les quedaron las memorias

de la niñez hechicera,

ni una flor ni una quimera

de sus juveniles glorias.

Vana sombra vacilante

de tanta gloria quedó,

y su luz pura y radiante

solitaria se perdió

en la tiniebla distante.

Y solitarios también

los jóvenes caminaron

sin amor y sin sostén

y en vez de amor encontraron

soledades o desdén.

Y se perdieron llorosos

allá en la confusa bruma,

como en mares procelosos

eclípsanse vaporosos

los encajes de la espuma.

Y entonces yo de aquel sueño

a otro sueño desperté

de más anublado ceño,

y que en el alma desdeño

desde que a verlo alcancé.

Y este sueño es el vivir,

porque vivir es dudar,

y entre el dudar y el morir

media un confuso lugar

que apellidan porvenir.

¡Porvenir!, ¡dulce palabra  
en la aurora de la vida!  
¡mágica tela febrida  
que en su confianza labra  
el alma desvanecida!

¡Porvenir! ¡Linda visión!  
¡Celestial aparición  
de nácar y oro y carmín,  
que hace sombra al corazón  
con guirnaldas de jazmín!

Mas ¡ah! que al vernos en él  
admirados preguntamos  
por los bosques de laurel,  
por las galas del vergel  
que en la juventud soñamos;  
y en lugar de sus primores  
y perfumes y colores,  
por el lánguido arenal  
de la duda, los rigores  
sufrimos del vendaval;  
y vuela la flor del alma  
entre sus alas marchita,  
y el abandono y la calma  
de la fe, mística palma  
que en los desiertos habita.

Trocamos por la amargura  
que nos mina el corazón,  
y del sol la lumbre pura  
con insensata pasión  
juzgamos débil y oscura;  
y vagamos sin consuelo  
por las tinieblas perdidos,  
de incertidumbre y recelo  
y pesares combatidos,  
sin esperanza y sin cielo.

Tal vez nos ríe el amor  
celeste ilusión sin nombre,  
espejo fascinador  
que un edén encantador  
pinta a los ojos del hombre,  
y corremos desalados  
de sus fulgores en pos,  
palpitantes y turbados,  
y ciegos y deslumbrados  
nos le fingimos un dios.  
Mas presto llega la duda  
cadavérica y desnuda,  
y con su mano lo toca,  
y luego irónica y muda  
sopla en él con yerta boca;  
y tórnalo espectro feo,  
y repugnante y mezquino,  
y cual pueril devaneo  
disipa el puro deseo  
que embellecía el destino;  
y entonces en vez de amores  
sólo abrigamos despecho,  
y marchitamos las flores  
con el aliento del pecho,  
que es aliento de dolores.  
¡Ay de mí!, cuánto ha pasado  
con su prisma engañador  
el fantasma del amor,  
y ni un reflejo ha quedado  
de su brillo seductor;  
y la postrera esperanza  
con él se eclipsa también,  
y queda por todo bien  
la fría razón que alcanza  
inquietudes o desdén.

¿Por qué cobardes temblar  
al acercarse la muerte?,  
¿por qué con ánimo fuerte  
su tiniebla no aceptar,  
que emancipa de la suerte?  
Porque aun dentro de la tumba  
hay una voz que retumba,  
en el yerto corazón,  
y que fatídica zumba:  
¡Duda, desesperación!

## EL CISNE

Monarca de los pájaros marinos,  
cisne hermoso,  
que a veces por los golfos cristalinos  
vas vistoso;  
que a veces cortas solitario estanque,  
barco alado,  
desafiando al viento y a su arranque  
desbocado,  
óyeme, y no así loco te envanezcas  
con tu pluma,  
porque los besos y el amor merezcas  
de la espuma;  
que siendo tan espléndidas tus alas,  
sólo un día  
no es plazo que la suerte con sus galas  
fijaría.  
No la provoques, no, que débil eres  
para ella,  
y no por blancos búrlanse los seres,  
de su estrella.  
¡Ay!, guarda, guarda esa liviana pompa,  
que es muy loca.  
No sople el viento, y mísero te rompa  
en una roca.  
Que el cielo no te dio tanta belleza  
por jactancia,  
ni dio a la flor por eso gentileza  
y elegancia.  
Formóte dios para que viera el hombre  
tu existencia  
y amara bajo el velo de tu nombre  
la inocencia.

Y es la inocencia tímida y graciosa,  
no liviana,  
flor que apartada crece y candorosa,  
nunca vana.

Oye un momento, pájaro orgulloso,  
no te ciegue  
ver que el agua en cambiante tan vistoso,  
tu ala riegue.

La veleta en la torre por altiva  
llama al rayo,  
y a veces, por audaz, llora cautiva  
flor de mayo.

¡Ay!, no despliegues tan liviana pompa,  
que es muy loca,  
no sople el viento, y mísero te rompa  
en una roca.

Mas, ¡ay de mí!, porque dudo  
cuando grave te aconsejo,  
y el pensamiento desnudo  
titubea, pobre viejo,  
sin creencia y sin escudo.

Que el alma vaga perdida  
en semejantes combates,  
y ve empañarse la vida,  
y en la pelea reñida  
perder la fe sus quilates,  
porque, humilde y cariñoso,  
como vano y altanero,  
sobre tu cuello vistoso,  
sobre tu plumaje hermoso  
veo blandirse un acero.

Si hay luz en el firmamento,  
y si hay blando movimiento  
en las olas de la mar,  
águilas hay en el viento  
que te quieren devorar.

Hasta en las aguas verdugo  
hay para ti, blanco ser,  
que en todas partes un yugo  
al ser eterno le plugo  
en tu cerviz imponer.

Para desdicha mayor,  
a mirarte alcanzó el hombre,  
y le prendó tu candor,  
y le encantó tu color,  
y halló sonoro tu nombre.

Entonces, adiós paseos  
por las llanuras del mar,  
adiós gala y contoneos.  
Pasaron los devaneos,  
llegó la hora de cantar.

Cantar, dejar de existir,  
palabras iguales son  
para ti, que al sucumbir,  
del cantar y del morir  
vienen a ser eslabón.

Canta, sí, canta tu muerte,  
que si posible te fuera  
ver la suerte que te espera,  
comenzaras a dolerte  
en canción más lastimera.

No alcanzarás un suspiro  
cuando, vil mercadería,  
consumas en el retiro  
la pompa que en leve giro  
cortar los mares solía.

Y en lugar de las caricias  
con que el agua te halagaba,  
cuando eras tú sus delicias,  
darán tu pluma en albricias  
tal vez a mísera esclava.

O serás perdida alhaja  
de alguna infame ramera,  
que en su garganta altanera  
te convertirá en mortaja  
de la virtud hechicera.

En impuras bacanales  
empañarás el candor  
de tus alas virginales,  
perderse ¡ay! veo la flor  
de tus gracias celestiales.

¡Ay, pájaro sin ventura!  
si morir es tu destino,  
si allá de la sombra oscura  
llega la muerte segura  
en el ronco torbellino,  
¿por qué no gallardearte  
cuando la vida es tan bella,  
y a su magia abandonarte,  
y vistoso engalanarte,  
como la gentil doncella?

Tus memorias nada más  
sobradas a defenderte  
debieran ser de la muerte;  
ni en tu belleza jamás  
debió cebarse la suerte.

Que en las doradas edades  
cobijó tu pluma un dios:  
de ti salieron beldades  
soberanas de ciudades,  
y luceros dos a dos.

Y si tu encanto es igual  
al que en la Grecia risueña  
te elevó a ser celestial,  
¿cómo ya sólo animal  
eres de forma halagüeña?

Pero si vas a morir,  
¿qué importa un misterio más?  
¡Ay!, el dejar de existir  
misterio es, que a concebir  
no alcanzó el hombre jamás.

Pues bien, si morir es ley,  
envanécete en la vida,  
alza la frente florida,  
que tu corona de rey  
no está del todo perdida.

Deja un recuerdo de orgullo,  
si tu vivir se acabó;  
la rosa de su capullo,  
la fuente de su murmullo,  
cada una lo dejó.

Mas ¡ay! ¿de qué sirviera, desgraciado,  
loca memoria tras de ti dejar?

No mueras, no, soberbio y rebelado,  
más vale melancólico cantar.

Más vale que a la tumba solitaria  
del que bueno y sin culpas expiró,  
lleve el viento la tímida plegaria  
de otro ser que en la vida le adoró.

Si alguna vez desconocido el justo,  
el mundo cruza y muere en su confín,  
baña su losa con llorar augusto  
arrodillado blanco serafín.

¡Pobre cisne, tan puro y reluciente!

La desesperación no es para ti.

Si la huesa te llama tristemente,  
piensa que el hombre al cabo para allí.

Mírala como un puerto de esperanza  
do los peligros cesan y el afán,  
como tierra de paz y bienandanza,  
sembrada de jazmines y arrayán.

Que si para los hombres hay un cielo,  
mar para ti sereno habrá tal vez,  
más azul que los mares de este suelo,  
y más lleno de luz y brillantez.

Porque es tanta tu gracia y tu inocencia,  
tan puro de tus alas el lucir,  
que, al acabar tu plácida existencia,  
miras tal vez rosado porvenir.

Tal vez por eso melodioso cantas,  
y te despides sin pesar del sol,  
y el cuello moribundo ya levantas,  
por gozarte al morir en su arrebol.

Abandónate al mar en que naciste,  
que amor y espuma tuvo para ti.

¡Ay!, morir en la cuna nunca es triste  
que el maternal dolor aguarda allí.

Piensa además que, emblema de pureza,  
al pasar has dejado una lección...

Si el mundo la recibe con tibieza,  
¡lástima para él y compasión!

## POLONIA

*Al príncipe Luciano Woroniecki*

Hela allí moribunda y quebrantada,  
por el suelo la rica cabellera;  
hela allí solitaria, abandonada,  
cual náufrago bajel en la ribera;  
hela allí, que los déspotas cobardes  
vienen a escarnecerla en su agonía,  
y aprietan sus cadenas por las tardes  
para dormir tranquilos hasta el día.  
¡Polonia! ¡Virgen pura de los hielos,  
generosa, entusiasta, enaltecida!  
La noche del sepulcro entre sus velos  
guarda tu juventud rica y florida.  
Poco valió tu blasonado escudo,  
melancólica fada de las nieblas,  
y el guerrero atambor descansa mudo  
y velado en inmóviles tinieblas,  
que te fueron infieles tus memorias,  
solitaria nación entrada a saco,  
y cayeron tus héroes y tus glorias  
bajo la inmunda planta del cosaco.  
Tus antiguos pendones y estandartes  
se arrastraron por tierra moscovita,  
y ondea en tus feudales baluartes  
la enseña de los déspotas maldita.  
El Vístula se arrastra lentamente  
con cadáveres, armas y banderas,  
y lleva entre los muertos de tu gente  
tus vírgenes de blondas cabelleras,  
y a veces por piedad a tu memoria  
refleja vencedoras bayonetas,  
y te pinta ilusiones y victoria  
entre las brumas de sus aguas quietas.

Ilusiones que el mísero cautivo  
sólo deleites mira en lo pasado,  
y a tu dolor ¡oh virgen! tan esquivo  
solamente memorias han quedado.

Pasó Sobieski el noble y el guerrero,  
el que alzó tu pendón resplandeciente;  
Poniatowski el hermoso, el caballero,  
bajo las aguas escondió la frente.

La libertad tus pueblos levantaba,  
la libertad te hacía grande y bella...,  
¡la libertad murió para la esclava  
y perdió sus amores la doncella!

Hoy, virgen, solitaria y dolorida,  
madre sin hijos, reina sin blasones,  
tu blanca ropa en sangre está teñida,  
y tu frente sellada con baldones.

Y esa Europa que vía tu quebranto,  
esa Europa que culta se llamaba,  
que miró tus ultrajes y tu llanto  
y tu flor que en la sangre se ahogaba;

esa Europa del débil protectora  
¿te tendía una mano de consuelo?,  
¿fue a levantarte al despuntar la aurora,  
cuando hollada rodabas por el suelo?

No, que tembló decrepita y cobarde,  
y apegada a villanos intereses,  
hizo de humanidad pomposo alarde,  
pero plantó tus campos de cipreses.

Dijeron sus ministros y sus reyes:

—Escribid una nota en favor suyo.

Y a la merced de un déspota sin leyes,  
dejaron el honor y nombre tuyo.

¡Te han dejado morir, virgen del polo!

¡Te han dejado morir! ¡Malditos sean!,

que ellos hundieron con innoble dolo  
tus derrumbadas torres que aún humean.

¡Ah!, no pongas en ellos tu esperanza,  
porque te venderán cual te han vendido,  
porque dobla sus brazos una lanza,  
porque el orín sus armas ha podrido.

¡Miserables!, el día del combate  
¿dó buscarán la fuerza y valentía?

¡Pagarán con dinero su rescate!

¡Llorarán cual mujeres su agonía!

Cuando vean sus niños estrellados,  
cuando vean sus hijas sin decoro,  
a ti se volverán desesperados,  
y tú responderás: “¡Salveos el oro!”

Mas otro porvenir guarda la suerte,  
Polonia, para ti, y otros blasones;  
mira la juventud alzarse fuerte,  
rica de libertad y de ilusiones.

Mírala, sí, y espera en tu agonía,  
porque ella ve tus lágrimas de duelo,  
y no está lejos el hermoso día  
que un sol de libertad muestre en el cielo.

Tus hijos van por ignoradas tierras,  
lleno su corazón de tus encantos,  
pensando en los amores que tú encierras,  
en la fe de sus padres y sus santos.

Tus hijos volverán a tus llanuras,  
y sollozando abrazarán tu suelo,  
y al recordar pasadas amargas,  
los turbios ojos alzarán al cielo.

Que es el edén la patria de la vida,  
primer amor que el corazón inflama,  
estrella en una mar embravecida,  
perdida voz que nos cautiva y llama.

Cuando guerrera lidiabas  
era yo débil y niño,  
pero el alma entusiasmabas,  
y yo te di mi cariño,  
tan sólo porque penabas.

Llegó al fin la juventud  
con su celaje liviano,  
y en mi ardorosa inquietud  
yo miré en ti la virtud  
luchando contra un tirano.

Y murieron ilusiones  
en las que el alma creía,  
mas tu amor en mi crecía,  
al compás que tus baldones  
mayores son cada día.

Y al contemplar tus pesares  
sintiendo mi sangre hervir,  
sentí grande mi vivir,  
acallé tristes cantares,  
tuve fe en el porvenir.

Y acaricié en mis ensueños  
auroras de libertad,  
días para ti risueños;  
lanzados de tu ciudad  
vi tus despóticos dueños.

Que es tu causa la del mundo,  
la del cielo y de los hombres;  
virgen pura no te asombres,  
si ves en el cieno inmundo  
los déspotas y sus nombres.

Que el cielo se cansará  
de tamaños desafueros,  
que el cielo quebrantará  
como un vidrio sus aceros,  
y ese día llegará.

Y ese día no habrá nubes,  
sino arreboles de gloria,  
himnos de paz y victoria,  
y escribirán los querubes  
con fuego tan rica historia.

Y entonces te alzarás pura  
de esa mancha que hoy te afea,  
espléndida en hermosura,  
cual faro que centellea  
sobre una playa insegura.

¡Virgen!, el dios que murió  
por el bien de los humanos  
la libertad nos dejó:  
¡perezca el día que vio  
levantarse a los tiranos!

Mas los días pasarán,  
y las naciones verán  
tu amargura y tu abandono,  
y entonces desplomarán  
sobre el verdugo su trono.

Y otra vez serás gloriosa,  
y otra vez afortunada,  
y triunfal música honrosa  
en ti sonará velada  
en tu niebla silenciosa.

Espera, sí, que es bella la esperanza,  
que el cielo nos la dio para el pesar,  
y a ti, infeliz, te toca la mudanza,  
porque sobrado fue tu sollozar.

¿No escuchas, dime, en alas de los vientos  
que de Siberia llegan hasta ti,  
sentidos y dulcísimos acentos,  
blandos como un perfume de alhelí?

¿No sientes, dime, en la callada noche,  
entre tinieblas, soledad y horror,  
alzarse de tus huesas un reproche  
contra tu odioso y bárbaro señor?

Es la voz de tus hijos que allí esperan  
la aurora de la dulce libertad;  
tus muertos son, que helados vituperan  
al que llevó arrastrando tu beldad.

Y siempre fue solemne profecía  
la voz que de los túmulos salió:  
siempre del desterrado la agonía  
al cielo melancólico subió.

No temas, no, sin héroes eclipsarte,  
solitaria viuda con tu afán,  
que si tus hijos mueren, a poblarte  
del destierro los ángeles vendrán.

EL SIL

*Recuerdos de la infancia*

Río de las ondas claras  
y las arenas de oro,  
que en los remansos te paras,  
y de sus sombras amparas  
tu codiciado tesoro,  
yo, que mi frente infantil  
miraba en ti reflejar,  
sin que su terso márfil  
pudiera el ardor febril  
de la pasión empañar,  
¿por qué no escucho un acento  
de los días de mi infancia  
en tu raudal violento?,  
¿por qué pasas turbulento  
con tu espuma y tu arrogancia?  
¿Desdeñarán tus cristales  
ser espejo de tristeza,  
cual si pudieran mortales  
de mi frente las señales  
ir a empañar tu pureza?  
Los días de tu cariño  
fueron y de mi consuelo,  
cuando, bullicioso niño,  
vía por ti sin aliño  
volar las nubes del cielo.  
¡Oh, quién pudiera volver  
a tan rosadas auroras!,  
¡quién pudiera detener  
el huracán de las horas  
que llevaron mi placer!

¿Quién volverá al alma mía  
los perdidos pensamientos  
con que tus ondas seguía,  
y allí los desvanecía  
pesarosos o contentos?

Y aquel acento sin fin  
con que tu blando murmullo  
halagaba en tu confín  
de la tórtola el arrullo  
y el cantar del colorín,  
y la voz ronca y sonora  
con que al pasar saludabas,  
con que triste lamentabas  
murallas que son ahora  
de la torpe yedra esclavas;

¿dó están, río cristalino,  
que las perdió el corazón?,  
¿fue su encanto peregrino,  
fue su prestigio divino,  
calenturienta ilusión?

Cruzan tus aguas mis ojos  
hoy solitarios y oscuros,  
y no encuentran sus enojos,  
ni los helados despojos  
de aquellos sueños tan puros.

¿Será que en la mente sólo  
moran ventura y pesar,  
y que el mundo es un lugar  
de mentiras y de dolo,  
que disipa el despertar?

Que tus aguas corren hoy  
como corrían ayer;  
sólo yo mudado estoy,  
porque los pasos que doy,  
son pasos hacia el no ser.

Temerarios pensamientos  
cruzan mi frente marchita,  
y en dudosos sentimientos  
trémula el alma se agita,  
cual nave en contrarios vientos.

Esas aguas que llevaron  
con mi niñez mi ventura,  
¿en dónde, río, pararon?,  
¿quizá las abandonaron  
en el mar de la amargura?

Cuando fié mi esperanza  
de tus frágiles arenas,  
soñaba sólo bonanza,  
paz y bienaventuranza  
en tus orillas amenas.

Pero tormenta furiosa  
tus márgenes ensanchó,  
y mugiendo cenagosa,  
tus arenas arrastró  
con mi dicha candorosa.

Que luego joven y triste  
por tus orillas busqué  
la paz que dejar me viste,  
y a encontrarla no alcancé,  
y sólo en la mente existe.

Y, sin embargo, es hermoso  
cabe tus aguas soñar,  
y el paisaje deleitoso  
de un pasado venturoso  
en tus cristales mirar.

Es hermoso, claro río,  
amontonar las quimeras  
sobre tus ondas ligeras,  
junto a ese alcázar sombrío,  
que descuella en tus riberas.

Que si a tientas caminamos  
por las nieblas del vivir,  
y cuanto más avanzamos,  
otro tanto recelamos  
del oscuro porvenir,  
no es mucho que inquieta el alma  
vuelva a mirar lo que fue,  
y llore si yerto pie  
huella la pasada calma  
y de la infancia la fe.

¿La ilusión es la verdad?  
¿O es la verdad ilusión?  
¿Es la ciencia vanidad?  
¿Es la gloria soledad  
del humano corazón?

Las dudas ¡ay! atormentan  
el ánima combatida,  
la turban y la amedrentan,  
y las flores ahuyentan  
del sendero de la vida

Un tiempo descollaron en tu orilla  
altas memorias de gigantes hombres,  
resplandecientes armas sin mancilla,  
nombrados hechos y gloriosos nombres.

En ti el romano, vencedor del mundo,  
llevó a beber sus miserables siervos.

Tú consolabas su dolor profundo  
delante de los déspotas protervos.

Y tú, al pulir el oro del romano,  
que mercenarias manos le labraban,  
viste cómo los ojos del tirano  
con la codicia vil centelleaban.

Tú sumidos los viste en torpe mengua,  
bien así como impúdicas mujeres,  
mover tan sólo la cobarde lengua  
para cantar sus lúbricos placeres.

Tú miraste la bárbara cuchilla  
sus crímenes lavar con sangre roja,  
y caer los tiranos en tu orilla,  
como en otoño macilenta hoja.

Viste después en la vecina altura  
flotar al viento el pabellón templario,  
y su alcázar de gótica estructura  
retratarse en tu espejo solitario.

Sus nobles y cumplidos caballeros  
cantaban en tu margen cristalina  
las empresas y honor de sus aceros,  
el sepulcro de dios, la Palestina.

Magnánimos, de lustre esclarecido,  
con tantas prendas de memoria eterna,  
¿cómo ¡ay dios! sus blasones han caído  
en pedazos al pie de su poterna?

Ellos tan valerosos y alentados,  
ellos tan grandes, de ánimos tan nobles,  
¡yacen bajo la yedra sepultados!  
¡Allí descansan lúgubres e innobles!

Pasaron los romanos desafueros,  
pasaron sus impuras bacanales,  
pasaron los templarios caballeros  
con sus lucientes armas y señales.

Y de los dos la infancia fue segura,  
la juventud de entrambos rica y fuerte:  
y ambos cruzaron como sombra oscura  
los silenciosos campos de la muerte.

Y tú, río, llevaste sus blasones,  
bien como la gentil infancia mía,  
bien como llevarás las ilusiones  
de mi caduca frente en algún día.

Ya que perdí mis dichas infantiles  
tráeme, río, de entonces una flor,  
una flor nada más de sus pensiles,  
en cuyo cáliz vierta mi dolor.

Gentil y vistosa infancia,  
delicado y puro sueño,  
flor que un cáliz de fragancia,  
ufana con tu elegancia,  
viertes en valle risueño,  
pues por mi mal te perdí  
ven mi mente a sosegar;  
recuerda que niño fui,  
que entonces no conocí  
las tinieblas del pesar.

Tú eres para mí el amor,  
un amor triste y perdido,  
blando y lejano sonido,  
que lleva un viento traidor  
al desierto del olvido.

Por la noche y a la luna  
cruzan blancas tus memorias,  
las aguas de la laguna  
como encantadas historias,  
como prendas de fortuna.

Y el alma vaga con ellas  
abandonada y dichosa,  
olvidando sus querellas  
a la luz de las estrellas  
vacilante y misteriosa.

Y entonces me creo niño,  
y soy hermoso, inocente,  
el hijo de tu cariño.

A F. O.

Dulce niña tan hermosa,  
¿por qué le pides cantares  
a mi lira,  
si está ronca y tenebrosa,  
y al eco de mis pesares,  
¡ay!, suspira?

Capullo de una flor pura,  
abierto al sol de la aurora  
placentero,  
guarda, guarda tu frescura  
de la cólera traidora  
del enero.

Cuando es para ti la vida  
un arroyo de mil flores  
coronado,  
que lleva su agua perdida  
de mil pájaros cantores  
visitado;

cuando tu serena frente  
del corazón no revela  
tempestades,  
ni a la solitaria fuente,  
donde la luna consuela  
a las beldades,

vas a decir tu agonía,  
vas a cantar tu tristeza  
o tu quebranto,  
¿por qué empañar, alma mía,  
esa angélica pureza  
con mi llanto?

¿Acaso juzgas, hermosa,  
los misterios de amargura  
y de dolores,  
y ángeles ves cariñoso  
en ellos, de frente pura,  
voladores?

No, mi vida, que es engaño  
esa luz en que creemos  
cuando niños,  
y su horizonte es extraño,  
y sin madre allí nos vemos,  
ni cariños.

Vuelve, vuelve a la floresta  
donde los pájaros cantan  
sus amores,  
limpia, angélica y honesta,  
como rosas que levantan  
sus olores.

Tu destino no es el mío,  
que eres tú sobrado bella  
y cariñosa.  
Nunca en mi cielo sombrío  
relumbrará alguna estrella  
tan hermosa.

Dulce niña, en mi laúd  
el cantar de la esperanza  
se ha perdido,  
y a mi triste juventud  
el puerto de la esperanza  
es el olvido.

Yo no te canto, ángel bello,  
no soy cantor de alegría  
ni venturas,  
ni de tu frente un destello  
derrama en el alma mía  
sus dulzuras.

Adiós, adiós, mi lira se adormece  
en el hondo letargo de la pena;  
tal brilla en los desiertos y parece  
la perfumada y cándida azucena.

Adiós, adiós, el arpa solitaria,  
que tus abriles no acertó a cantar  
sonará al son de tu infeliz plegaria  
en las lúgubres noches del pesar.

Es pálida y solitaria

De dó salió su vapor  
que tallo tan virginal!

¡Formó de un primer amor  
el ensueño encantador  
su impurente cendal!

El troma de un harén  
ardiendo en pebetes de oro  
formada pudo también;  
pero es virgen su tesoro  
como una flor del Eden.

Si una lágrima formó  
su testa frente de armijo,  
la lágrima fue de un niño,  
que al despertar se encontró  
solitario y sin cariño.

Ella tan cándida y pura  
es un suspiro tal vez  
de ignorada desventura,  
que del día a la noche  
abandona por oscura.

## LA NUBE BLANCA

Sus alas de azul y de oro  
tendió el ángel de la noche;  
baña el rocío en su lloro  
de la flor dormida el broche  
cabe el arroyo sonoro.

No asoma tibia la luna  
al horizonte encendido,  
que alumbra un mundo dormido  
en los sueños de la cuna,  
por los espacios perdido.

Leve escala  
el limpio cielo  
blanca nube,  
y su velo  
rico en gala,  
como el ala  
de un querube,  
por un céfiro  
suavísimo  
impelido,  
corre plácido  
y fantástico  
sobre sus alas tendido.

Ora tímido,  
amoroso,  
alguna estrella  
envuelve súbito;  
ora calado y vistoso  
en prisma mágico  
torna su luz  
viva, rutilante y bella,  
cual bajo un manto andaluz  
de ojos negros la centella.

Y en espuma blanda y suave  
flotar deja el corazón  
errante meditación,  
cual flota de triste nave  
sobre el mar el pabellón.

Que no con franjas de plata  
va a guarnecerla la luna,  
ni allá en su seno retrata  
roja tinta de escarlata  
del sol la luz importuna.

Es pálida y solitaria  
la melancólica nube,  
no cual pasión temeraria,  
sino cual tierna plegaria  
a la azul bóveda sube.

¿De dó salió su vapor  
que salió tan virginal?  
¿Formó de un primer amor  
el ensueño encantador  
su trasparente cendal?

El aroma de un harén  
ardiendo en pebetes de oro  
formarla pudo también;  
pero es virgen su tesoro  
como una flor del Edén.

Si una lágrima formó  
su tersa frente de armiño,  
la lágrima fue de un niño,  
que al despertar se encontró  
solitario y sin cariño.

Ella tan cándida y pura  
es un suspiro tal vez  
de ignorada desventura,  
que del mundo la altivez  
abandona por oscura.



Blanca nube peregrina,  
tú la reina del misterio,  
tú cuya frente domina  
de los aires el imperio,  
tan vagarosa y divina;

¡oh!, yo quisiera saber  
el enigma que tú encierras;  
muriera por conocer  
esas encantadas tierras  
que te miraron nacer.

En las riberas del Ganges  
me figuro yo tu cuna,  
entre moriscos alfanjes  
que reverberan la luna  
en las espesas falanges.

Sueño que una peri el velo  
perdió del Indo en la orilla,  
y un céfiro en blando vuelo  
al azul del vago cielo  
fue a colgar la maravilla.

Te sueño perdida esencia  
de desconocidas flores  
meditación de inocencia,  
el genio de los amores  
que embalsaman la existencia.

O sueño en ti la morada  
de algún espíritu triste,  
que con el alma turbada  
busca la patria adorada,  
y con la esperanza existe.

Y cuando el alma oprimida  
torva pesadumbre aqueja,  
quebranta la dura reja  
de su cárcel denegrada,  
y de este mundo se aleja.

Que tú, nube, puedes ser  
también de melancolía  
desventurado placer,  
hermoso a la fantasía  
como las dichas de ayer.  
Porque el arpa de Osián,  
de la Escocia entre la bruma,  
pudo alzarte con su afán,  
cuando el torrente y su espuma  
miraba en triste ademán;  
y quizá en ti de Malvina  
vido el flotante ropaje,  
y a Fingal en tu celaje,  
pensativo de una encina  
a la sombra del ramaje;  
que la tristeza del Norte  
también refleja tu frente,  
si lánguida y falleciente  
y en indeciso recorte  
te acercas al occidente.

Y allí yo triste te sigo  
como seguí a mi esperanza,  
y allí al morir te bendigo,  
porque he mirado contigo  
paisajes de bienandanza.

Pero, ¿por qué morir, nube apacible,  
tú de dulce y suavísimo arrebol,  
tú que, a fuer de inocente y bonancible,  
gracia y amor hallarás ante el sol?

Con esa frente plácida y serena,  
con esa blanda y apagada luz,  
¿cruzas también el mundo de la pena,  
envuelta de la muerte en el capuz?

Si eres una esperanza para el suelo,  
¿cómo la muerte te arrebató así?  
¡Mísero aquel que hallaba su consuelo,  
sólo en mirar en este mundo a ti!

Yo sin amor, perdido por el mundo,  
que mi amor al sepulcro acompañe,  
que solitario en mi dolor profundo  
veo la tumba donde fijo el pie;  
¿dó volveré los anublados ojos,  
cuando pase tu encanto sin color?,  
¿a quién iré a mostrarle los despojos  
de mi desventurado y puro amor?  
¡Nube serena! ¡Reina del misterio!  
¡Prenda de un melancólico placer!,  
tú que me ves en triste cautiverio,  
casi envuelto en las sombras del no ser;  
cuando cruce tu esencia disipada  
de los cielos el místico confín,  
busca el amor marchito de mi amada  
cabe las azucenas y el jazmín;  
y dile que en el mundo sin ventura  
se arrastra mi doliente juventud,  
y en largo paso hacia la sombra oscura  
marchando voy del lúgubre ataúd!



## MEDITACIÓN

¿Qué se hicieron las gotas de rocío  
que orlaban tus vergeles, juventud,  
cuando el naciente sol en el estío  
brotaba a mares inmortal salud?

Yo he buscado la flor de tus praderas,  
la flor que mis cantares escuchó:  
su cáliz no embalsama tus riberas,  
su corona el torrente se llevó.

Y era la flor tan delicada y pura,  
y era mi amor tan tierno y juvenil,  
que imaginaba eterna su frescura  
y eternas las auroras de su abril.

El alma nueva y virgen todavía  
creía en la inocencia y el placer,  
y la risa de un ángel entendía  
en la risa mirar de una mujer.

¡Cuántas entonces mágicas y bellas  
ante mis ojos deslizarse vi,  
como una noche azul con sus estrellas  
purísimas y limpias para mí!

¡Cuántas veces soñaba en mis delirios  
las encantadas islas del amor,  
la playa orlada de fragantes lirios,  
sus campos de esmeralda en el color!

¡Cuántas veces cruzaba solitario  
sus llanuras de rosas y jazmín,  
y el corazón amante y temerario  
llegaba de los cielos al confín!

Los espíritus blancos de esperanza  
sus alas detenían en mi sien,  
y allá hacia el fin de misteriosa andanza  
los pájaros cantaban del Edén.

¡Trémula luz de la esperanza mía!  
¿Dónde fue tu suavísimo arbol?  
¡Isla que vio mi joven fantasía!  
¿Qué se hicieron tus bosques y tu sol?

Una mujer cruzó por su pradera  
y ya ni flores ni praderas vi,  
meció el aura su negra cabellera,  
y fue la diosa de mi amor allí.

¡Cuán bella mis sentidos la juzgaron!  
¡Cuán pura la juzgó mi corazón!  
Mis ojos en sus ojos se enclavaron,  
y yo la amé con inmortal pasión.

Y a aquel amor los cielos se le abrían  
como al alba las rosas del vergel,  
y las noches calladas escondían  
acentos misteriosos para él

¡Oh!, la vida era dulce así pasada;  
hermoso fuera entonces el morir,  
y llevar un suspiro de mi amada  
a los inmensos campos de zafir.

Ora sombrío, errante por el suelo,  
sin más amor que la pasión de ayer,  
ni aguardo las auroras del consuelo,  
ni busco el corazón de otra mujer.

¡Oh!, la que el alma como siempre adora,  
la virgen que encantó mi juventud,  
¡Cuánta imagen luciente y seductora  
disiparse miró con su inquietud!

Mi amor pasó como nocturna sombra;  
yo su hoguera en mi pecho sofoqué:  
y holló el mundo como vil alfombra,  
y a un desierto mis lágrimas llevé.

Ella también lloró en sus soledades;  
de sus mejillas se apagó el carmín,  
y sólo vio lucientes claridades  
en las alas del blanco serafín

Todo pasó, mujer bella,  
con los sueños de mi amor;  
todo lo secó mi huella  
de tu frente de doncella  
la alegría y el fulgor.

Hermosa del alma mía,  
tú serás siempre mi bien:  
¿A quién adorar podría  
yo que miraba algún día  
tu pura y cándida sien?

Yo empañé tu corazón  
con las nubes de pesar  
de una perdida pasión;  
yo nunca te acerté a dar  
de esperanza la ilusión.

Relámpagos pasajeros  
en lugar de sol te di,  
flor de tumbas te ofrecí,  
virgen de ojos hechiceros,  
¡Oh!, dime ¿por qué te vi?

En las noches de tristura  
cuando piensas en mi amor  
con dulcísima locura,  
¿hay un eco bienhechor  
que responde a tu amargura?

¿Cruzan ricas mariposas  
las lagunas solitarias?

¿Miras vírgenes dichosas,  
que murmuran sus plegarias  
enamoradas y hermosas?

Melancólica belleza  
que lloras cual yo tu amor,  
quizá guarde la tristeza  
misterios a tu pureza  
y a sus formas de color.

Este es el don que yo alcancé a ofrecerte,  
las músicas son estas de mi amor;  
misterios ¡ah! de soledad y muerte,  
imágenes confusas de dolor.

Rotas están las cuerdas de mi lira,  
no quiero más fantasmas de placer:  
que del vivir las glorias son mentira,  
más valen las verdades del no ser.

Flota el alma en el mar la amargura  
a merced de un horrísono huracán...  
¡Huid, sombras mentidas de ventura,  
otros cual yo también os amarán!

Dejadme aquí morir abandonado  
lúgubre y solitario cual viví:  
despacio lata el corazón cansado,  
la tumba escucho que me llama a sí.

¡Oh! si a lo menos ella suspirara  
errante en las orillas de la mar,  
si mi postrer aliento al fin llegara  
en su pálida sien a susurrar,

muriendo llevaría una esperanza  
y me fuera dulcísimo el morir,  
y adivinara gloria y venturanza  
de la huesa en el negro porvenir.

Pero si la esperanza es la ventura,  
¿por qué venturas mágicas soñar?  
Doblárase mi frente sola oscura,  
nadie vendrá en mi túmulo a llorar.

Y el corazón me dice en su agonía:  
“Naciste para amar y ser feliz,  
tú eres la sola flor a quien no envía  
ni el aura arrullo ni la luz matiz.”

¡Oh, morir solo en ignorada tierra,  
yo que amor tuve y cariñoso hogar,  
yo que mire de la gigante sierra  
las aguas de mi patria resbalar!...

Tal ha sido la estrella desdichada  
que mi destino presidió al nacer.  
Duerme mi amor al borde de la nada,  
mis glorias son como la luz de ayer.

¡Ay! aunque al expirar por vez postrera  
escuche yo el cantar del ruiseñor,  
que al empezar mi juvenil carrera  
entonaba las trovas de mi amor,  
esparcirá desenfrenado el viento  
las notas de su mágico laúd,  
y no ha de oír su dolorido acento  
la virgen de mi pura juventud!

### LA MUJER

Algunos años pasaron,  
y el cuero  
cubren con mano  
las flores que perfumaron  
el sendero.  
que las vírgenes  
Carámbanos aprisionan  
las corrientes  
que bulliciosas e hirvientes  
quizá de libres blasonan.  
Ya no entonan  
sus sifides transparentes  
trovas de amor  
apagadas, fallocientas  
de dulcísimo ruseo.  
Pálida está una mujer  
contemplando  
tal desmayo y suspirando  
Las visiones del placer  
fueron ayer,  
hoy las contempla llorando.

## LA MUJER Y LA NIÑA

*En el álbum de una señora*

### LA NIÑA

Yo vi por mayo las flores  
muy galanas,  
sobre el tallo alzarse ufanas,  
y cantar los ruiseñores  
sus amores

en purísimas mañanas;  
y vi también aguas puras,  
bulliciosas  
por la pradera seguras,  
yerbas besando olorosas;  
vi las rosas  
en guirnaldas de verduras.

Niña de escasos abril  
vi también;  
vi que era el mundo un edén  
a sus ojos infantiles,  
juveniles  
los albores de su sien.

Y la niña se paraba,  
y a las flores  
decía: “-Mostrad colores”,  
y en seguida las besaba  
y contemplaba  
su rico cáliz de olores.

Y luego al agua decía  
que sonora  
con plata murmuradora  
por entre flores huía:

“—Agua mía,  
¿no es verdad que soy tu aurora?,  
¿no es verdad que tus cristales  
destrenzados  
pintarán siempre corales  
de mis labios encarnados,  
sin cuidados,  
cándidos y virginales?”

Y el agua en tanto corría,  
y las flores  
al aire daban olores,  
y la niña sonreía,  
que no vía  
desengaños ni dolores.

### *LA MUJER*

Algunos años pasaron,  
y el enero  
cubren con manto severo  
las flores que perfumaron  
el sendero  
que las vírgenes cruzaron.  
Carámbanos aprisionan  
las corrientes  
que bulliciosas e hirvientes  
quizá de libres blasonan.  
Ya no entonan  
sus sílfides transparentes  
trovas de amor  
apagadas, fallecientes  
de dulcísimo rumor.  
Pálida está una mujer  
contemplando  
tal desmayo y suspirando.  
Las visiones del placer  
fueron ayer,  
hoy las contempla llorando.

Y así la triste decía,  
mientras su llanto corría:  
“—Espíritus de las flores  
esplendentes,  
arroyos que ibais lucentes  
coronados de vapores,  
de colores,  
tan bellos y transparentes;  
mis imágenes pueriles  
¿dónde están?  
¡Sueños cabe el arrayán  
en encantados pensiles!...  
¡Mis abriles  
son hoja en el huracán!”

También vosotras viudas,  
flores bellas,  
como apagadas estrellas,  
estáis dolientes y mudas,  
y desnudas  
de vuestras suaves centellas.

Pero al fin llegará mayo  
cariñoso,  
y con el seno oloroso  
os alzaréis del desmayo;  
tibio rayo  
os dará el sol caluroso.

Y otra vez vistosas galas  
y primores  
tendréis y vagos albores,  
y los pájaros cantores  
con sus alas  
os han de acariciar, flores.

Y vosotras correréis,  
aguas puras,  
cantando nuevas venturas,  
porque libres cantaréis;  
y veréis  
sólo en mi frente amarguras.  
Pero mi amor que pasó,  
que murió ya,  
¿quién ¡ay! me lo volverá?  
¡Llérole en las aguas yo,  
que murió,  
que ya nunca tornará!  
Era la niña el ángel que del cielo  
cayó, pero que aún vaga entre las nubes.  
Es la mujer el ángel en el suelo,  
que recuerda el amor de los querubes.

## LA VOZ DEL ÁNGEL

¿Por qué el corazón palpita  
si cruza el viento tu voz?

¿Por qué dulzuras medita,  
si es el placer tan veloz  
que apenas la mente agita?

¿Escuchará en ese acento,  
ecos de un placer perdido,  
de algún perdido contento,  
que a la orilla del olvido  
yace oscuro y macilento?

Pájaro de triste pluma,  
de pico arpadado y sonoro,  
que cantas entre la bruma;  
vagos cual marina espuma,  
son tus himnos o tu lloro.

Vagos son como son vagas  
esas tiernas ilusiones  
con que el corazón halagas;  
son, señora, tus canciones  
como el cantar de las magas.

¡Oh! tú cantaste quizá  
bajo otro sol que perdiste...  
de aquellas trovas ¿qué hiciste,  
que tu voz sonando está  
tan apagada y tan triste?

No tan pura la escuchaba,  
pero más alegre sí,  
cuando el pecho palpitaba,  
cuando era el ánima esclava  
de mi amante frenesí.

Cruzaba entonces el viento  
esa voz blanda y sonora,  
celebrando seductora  
el alba de mi contento,  
del amor mío la aurora.

Que no es acento mortal  
el que vibra en tu garganta;  
es de una patria ideal  
recuerdo que se levanta  
del cielo al azul cristal.

Y en mi dulce adolescencia  
entre los aires la oía,  
y la paz de la inocencia  
a mi amorosa demencia  
dulcísima prometía.

Cantaban los ruseñores  
a la antorcha de la luna  
mi pasión y sus amores,  
como en perfumada cuna  
del almendro entre las flores.

Y entonces la voz callaba  
y los dejaba trinar,  
y solamente cantaba  
de la aurora el despertar,  
y sus trovas eclipsaba.

Talismán de la ventura  
era la voz para mí,  
y esperanzas y hermosura,  
y músicas y ternura  
con sus encantos perdí.

Calló la voz, huyeron mis amores,  
pálida y turbia amaneció la aurora;  
y lámpara fue el sol de mis dolores,  
que en luz del duelo el porvenir colora.

Yo de mi patria abandoné los montes  
por esa soledad que llaman mundo,  
y la luz de los nuevos horizontes  
no iluminaba mi dolor profundo.

Que un recuerdo dulcísimo moraba  
como un astro de paz en la memoria,  
y yo la voz en mi ilusión buscaba,  
que sonó al par de mi amorosa gloria.

Por fin la vi como en un tiempo hermosa,  
como en un tiempo delicada y pura,  
mas triste como estrella nebulosa,  
como un eco lejano de ternura.

Y era tu voz, señora, que poblaba  
un teatro de célica armonía,  
y era tu voz que a un pueblo sojuzgaba,  
de todo un pueblo el corazón hería.

Tanta luz y esplendor, tantos colores,  
músicas y perfumes y mujeres,  
ricas en esperanza y en amores,  
bellas como son bellos los placeres.

Nada miró mi mente embebecida  
de tanta hermosa aparición de gloria,  
que recordaba entonces dolorida  
las auroras brillantes de mi historia.

Volví a soñar su luna y sus estrellas,  
volví a soñar el cándido amor mío,  
y de mi patria las praderas bellas,  
y el manso murmurar del claro río.

Pero tu voz sonaba misteriosa,  
apagada, tristísima y doliente,  
y extendía una nube tenebrosa  
sobre el ensueño mágico y luciente.

¿Qué se hicieron tus encantos de alegría,  
ángel o fada o pájaro dichoso?,  
¿qué fue tu abandonada melodía,  
de tu esperanza el porvenir vistoso?

Di. Cuando yo perdí mi amor primero,  
¿perdiste tú la libertad y calma,  
tu asilo venturoso y placentero  
de los desiertos en la verde palma?

Tus alas de encendida mariposa  
con que cruzabas el sereno ambiente,  
¿Huyeron con la nube luminosa  
que de mi amada coronó la frente?

Tú cantas una patria que perdiste,  
y yo un amor lamento que he perdido:  
de mi laúd el ébano es tan triste  
como tu melancólico gemido.

Que yo soy el cantor de las ruinas,  
cantor de las memorias de dulzura;  
tú mis pasadas glorias iluminas,  
espíritu de plácida tristura.

Y en ti contemplo el ángel desterrado  
que el amor celebró del ángel mío,  
y en el trágico fin ha suspirado  
de mi crédulo y tierno desvarío.

Ya que pasas errante por el suelo,  
cántanos los misterios de las nubes,  
y las venturas del perdido cielo,  
y el purísimo amor de los querubes.

Canta, señora, en la enlutada tierra,  
y cura los partidos corazones:  
tú no sabes el bálsamo que encierra  
el eco de tus lánguidas canciones.

¡Oh!, para acompañar su voz divina  
desenterrad el arpa de Osián;  
bardos, al pie de solitaria encina  
de ciprés coronadla y arrayán.

Y allí la escuchará mi mente inquieta  
en su cantar de gozo y de dolor:  
ronco está mi laúd... ¡ay del poeta  
que no acompaña al ángel del Señor!

## A LA MEMORIA DEL CONDE DE CAMPO ALANGE

*A mi amigo D. José de Espronceda*

Aún otra vez, callada lira mía,  
aún otra vez el himno de los bravos  
pueble el silencio de la noche fría  
y hiele el corazón de los esclavos.

¡Campo Alange!, ¡perdón!, sombra gloriosa,  
perdón para el cantor de los pesares,  
si en tu corona de laurel hermosa  
el eco va a morir de sus cantares.

No es de dolor el himno que te canto,  
no es de tristeza tu inmortal memoria:  
mengua fueran palabras de quebranto  
sobre esa tumba que selló tu gloria.

Mis trovas serán trovas de esperanza,  
como en Grecia los himnos de Tirteo,  
voces de libertad y confianza  
que retumben allá en el Pirineo.

¡Oh!, yo he cantado un pueblo sin ventura,  
y noble indignación tronó en mis labios  
cuando le vi sumirse en la amargura,  
perdido por los reyes y sus sabios.

A ti que como bueno pereciste,  
a ti también te cantará mi lira:  
mártir hermoso de los libres fuiste...  
mártir hermoso, tu virtud me inspira.

Cuando tronó el cañón en el Escalda  
y el pendón tricolor flotó en Amberes,  
marchitando en la sien de mil mujeres  
del amoroso mirto la guirnalda,  
y al son de fulminante artillería  
tu espíritu iba en pos de ardiente bomba  
que con fragor horrísono crujía,  
como en la mar la temerosa tromba:

¿viste la libertad cruzar el viento,  
flotante con su blanca vestidura,  
perderse en el azul del firmamento,  
y aparecer allí radiante y pura?

¿La viste sonreírte y con el dedo  
mostrarte en encantada maravilla,  
el alcázar antiguo de Toledo,  
la morisca Giralda de Sevilla?

Y te dijo quizá: “—Dulce es mi cuna,  
al pie de los naranjos columpiada,  
dulce es oír a la serena luna  
de un bandolín la música pausada,  
Dulce es ver de mis hijos las falanges,  
palpitar de Padilla a la memoria...  
yo templaré en el Tajo sus alfanjes,  
los llevaré a los campos de la gloria”.

Y en tu fervor postrado allí de hinojos  
le dijiste: “—Seré tu caballero.

Dulce será en la llama de tus ojos  
los míos enclavar si acaso muero.”

Y guardaste tu fe dentro del pecho,  
como la fe de tu primer amor,  
y flotaron en torno de tu lecho  
imágenes de fama y de esplendor.

La libertad cumplió su profecía,  
y su pendón se desplegó en los llanos,  
y allá en los montes, la bandera impía  
se desplegó también de los tiranos.

Y del Tajo corriste a la orilla;  
en él templó la libertad tu espada,  
te llevó de la mano por Castilla,  
y te dejó en su hueste denodada.

Tú del poniente sol a los vislumbres,  
de una reina sublime en ademán,  
la contemplaste en pie sobre las cumbres  
de los gloriosos montes de Arlabán.

Gigante allí se apareció a tus ojos  
la sien orlada de un laurel celeste,  
hollandando del esclavo los despojos,  
y de las selvas en la pompa agreste.  
Y te habló en una lengua misteriosa,  
dulce como el aplauso de la fama,  
y engalanó tu frente generosa  
rico trasunto de su viva llama.

Tú, por su amor, intrépido lidiabas,  
tu corcel iba en pos de sus banderas;  
y otro Arlabán tal vez imaginabas  
del cántabro océano en las riberas.

Los hijos de los libres combatían  
de la inmortal Bilbao sobre los muros:  
los hijos de los siervos sucumbían  
dentro del foso reluchando oscuros.

Cuando miraste la ciudad triunfante  
destacarse en lo blanco de la nieve,  
y del vapor de la neblina errante  
desparecer debajo el manto leve,  
te soñaste cruzado de la gloria,  
y otra Sión fingiste esplendente,  
y las trovas de Taso tu memoria  
cruzaron en tropel resplandeciente.

Y era con todo la ilusión divina  
tu postrera ilusión sobre la tierra;  
¡blanca nube de forma peregrina  
que deshacen los vientos en la sierra!

¡Tú herido allí por una bala oscura  
la víspera gloriosa del mañana  
en que del monte ceñirá la altura  
el humo del combate de Luchana!

¡Morir y no morir en la pelea,  
cuando al ronco cañón se enciende el alma,  
y pecho juvenil parar desea  
junto a la sombra de triunfante palma!

Tu vista entonces se volvió a los cielos  
empañada en vapor de amarga duda...

La libertad cruzaba con sus velos  
las nubes pardas para darte ayuda.

No era el ángel que viste en el Escalda,  
ni la diosa que en bélico ademán  
del occidente en la encendida gualda  
se apareció en las crestas de Arlabán.

Era la madre que sus hijos llora,  
era la virgen que perdió su amor,  
y en quien de un cielo la esperanza dora  
las tinieblas confusas del dolor.

Besó tu frente y con amor te dijo:  
“-Bellos fueron tus días en la tierra,  
bellos serán entre las nubes, hijo,  
do te aguardan los héroes de mi guerra.

Ya no verán los soles de mi gloria  
de tu sable el relámpago brillar,  
ni llenará más páginas la historia  
con tu caballeresco batallar.

Mas eres mártir de una santa idea,  
blasones y poder por ella diste...  
tú mi arcángel serás en la pelea,  
pues caballero de mi causa fuiste”.

Y tus ojos entonces se cerraron,  
tu alma cruzó los campos de la luz,  
y los fuertes guerreros sollozaron  
de tu glorioso túmulo en la cruz.

Hoy que tus alas cubren las enseñas  
que tu brazo otro tiempo defendía,  
y en el silencio de enriscadas breñas  
te muestras a mi ardiente fantasía,  
hoy te pido un cantar de fortaleza,  
que truene por los ámbitos de España,  
rico en vigor, espléndido en braveza,  
rugido de un león en la montaña.

Ven, muéstrate a los ojos de los libres  
que con adoración dicen tu nombre,  
ora el acero ensangrentado vibres,  
ora te cerque tu inmortal renombre.

Y en tanto que en su mente entusiasmada  
eco lejano del cañón retumba,  
diles con voz sublime y levantada,  
grave con el reposo de la tumba:

“—Himnos sin fin a la guerrera lira!  
¡Su voz esparza por el mundo el viento!  
¡Himnos sin fin! ¡La libertad no expira,  
porque no muere el sol del firmamento!”

Madrid, 8 de noviembre de 1838

## FRAGMENTO

¡Mujer!, fueron los días de mi gloria,  
los días de mi bella libertad,  
vagos ensueños de oriental historia,  
abril que ya se hundió en la eternidad.

Sólo un recuerdo bello se levanta  
entre tinieblas húmedas y olvido,  
voz solitaria que apacible canta,  
cascada de dulcísimo ruido.

Día feliz de amor y de ignorancia  
en que latió mi virgen corazón,  
puro como los juegos de la infancia,  
dulce como mi tímida pasión;

día que vio un amargo desengaño  
rasgar cual hoja seca el porvenir,  
día de llanto y de dolor extraño,  
y que aun así no puedo maldecir.

Que tu figura a tan infausto día  
está mezclada, blanca y celestial,  
espléndida de luz y de alegría,  
aérea, vaporosa y virginal.

Que todavía mis nublados ojos,  
al mirar un desierto abrasador,  
truecan en flores áridos abrojos  
y tejen las guirnaldas del amor.

¡Mujer! ¿Sólo te vi para perderte?  
¿Es para ti mentida claridad  
esta pasión que se hundirá en la muerte,  
que verá la confusa eternidad?

¡Oh!, morir sin llevar una esperanza,  
abandonar la vida, el aire, el sol,  
los azulados mares en bonanza,  
del occidente el mágico arrebol.

Temblar a tu desprecio y a tu olvido,  
como palma que azota el huracán...  
tal miseria y dolor no has conocido,  
pacífica doncella sin afán.

Ángel puro, tu paz y tu contento  
no han sucumbido al dardo del dolor  
por más que en alas de nocturno viento  
lleguen a ti los cantos de mi amor.

Mas los ángeles lloran en el cielo  
por el amor que muere sin laurel...  
si ha de pasar el mío sin consuelo,  
¡vierte, hermosa, una lágrima por él!

## UN DÍA DE SOLEDAD

L'esprit de la prière et de la solitude  
qui plane sur les monts, les torrents et les bois,  
dans ce qu'aux yeux mortels la terre a de plus rude  
appela de tout temps des âmes de son choix.

Lamartine

Hay una voz dulcísima, inefable,  
de tierno encanto y apacible nombre,  
alada, pura, mística, adorable,  
música eterna al corazón del hombre.  
Es *soledad* su nombre acá en la tierra,  
mas bendición los cielos la apellidan.  
Un misterio sin fin allí se encierra,  
y a su festín los ángeles convidan.  
En alas de un espíritu divino  
el alma vagarosa se levanta,  
hiende el éter azul y cristalino,  
y envuelve en nubes su ardorosa planta;  
y cuando acaba triste, acongojada,  
su peregrinación de luz y gloria,  
cuando llega hasta el suelo quebrantada,  
pobre en ventura, espléndida en memoria,  
entonces mira en rutilante espejo  
reflejarse de dios la omnipotencia,  
y, de la gloria pálido bosquejo,  
estremecerse el mundo a su presencia.  
Y el sol, esplendoroso mensajero,  
los prados matizar de bellas flores,  
cual esclavo rendido y placentero  
que prepara el festín de sus señores,  
ve al céfiro mecer las arboledas  
en homenaje al rey del firmamento  
y, cual pendones de flotantes sedas,  
ondear sonoras en el viento.

Hombre es ya el alma, que ángel se miraba,  
ser formado de muerte y esperanza,  
nave, rota la quilla y en mar brava,  
de dudas y de fe triste balanza.

Y con todo, la luz y la armonía,  
las aguas y los bosques y collados,  
los himnos de tristeza o de alegría,  
los árboles sombríos y apiñados,  
vuelven la paz al conturbado pecho,  
apagan el volcán de las pasiones:  
duérmese el alma, cual en blando lecho  
tímida virgen llena de ilusiones.

Sí, porque un eco a nuestra voz responde,  
cual la bóveda santa a las plegarias,  
y un ángel dios en cada gruta esconde  
para oír nuestras quejas solitarias.

¡Oh!, ¿por qué el genio triste y abatido  
cuya cabeza abraza un pensamiento,  
y que le ve marchito, escarnecido,  
rodar de la ciudad el pavimento,  
por qué, dios mío, busca en la amargura,  
lejos del mundo, asilo y esperanza?,  
¿por qué corre a ocultarse en la espesura,  
cual ciervo herido de enemiga lanza?

Nuestro espíritu es obra de tus manos,  
infinito cual tú, señor del mundo,  
y todo el esplendor de los humanos  
no llenará vacío tan profundo.

Para escuchar tu voz consoladora  
el ser contemplador deje los hombres,  
que vanidad ridícula devora  
y mueren por las letras de sus nombres.

Tú pueblas de visiones apacibles  
la dulce soledad, inmenso templo,  
formas aéreas, suaves, bonancibles,  
de tu poder y tu bondad ejemplo.

Por eso en los suspiros de las ramas  
suenan la voz de un padre cariñosa,  
y el alma de un amigo en dulces llamas  
arde tal vez en nube silenciosa.

Por eso mira el enlutado amante  
allá a lo lejos entre parda bruma  
flotar la virgen que perdió distante,  
cual en mar borrascosa blanca espuma.

¡Oh, dios!, ¿qué explica el delicioso llanto,  
la dulce turbación que agita el alma,  
bálsamo de amargura y de quebranto,  
brisa templada en la profunda calma?

¿Es precursora de la paz divina  
la paz que goza el alma solitaria?  
y ese fanal de amor que la ilumina,  
¿es de tu gloria santa luminaria?

¡Oh, dios, una morada en el desierto,  
un pájaro que cante tu alabanza,  
con una flor sobre el peñasco yerto  
meciéndose cual nave en la bonanza!

¿Para qué más riqueza ni ventura?

¿Para qué vanidades pasajeras?

¿De qué sirven amores ni hermosura,  
las palmas de la gloria lisonjeras?

¡Ay!, nuestro corazón es un abismo  
y cegararlo con flores un delirio.

Es el hombre verdugo de sí mismo  
y por mentida fe sufre martirio.

Buscad la paz, orilla de los mares,  
pedídsela a la bóveda estrellada,  
buscadla en las ruinas y lugares  
que recuerden los tiempos y la nada.

Que delante de dios y lo infinito  
truenan la voz la verdad sonora;  
y cruza el alma, mísero proscrito,  
un golfo hacia su patria encantadora.

## EL RUISEÑOR Y LA ROSA

### *El ruiseñor:*

—Reina hermosa del vergel  
a mi cantar  
abre tu cáliz de olores,  
sé cariñosa con él,  
y el viento irán a poblar  
tu alabanza y mis amores.

Dulce flor, tímida y bella,  
tan galana,  
que eres amor del jardín,  
nunca mi amante querella  
arrullará en la mañana  
tu desmayado carmín.

Solamente por la noche  
doy al viento  
mi vagarosa canción,  
y amo tu dormido broche,  
y muere en su verde asiento  
el eco de mi pasión.

Yo, que canto de los cielos  
las venturas  
y la eterna juventud,  
y doy al mundo consuelos,  
y soy en las amarguras  
una fuente de salud,  
pobre pájaro que tengo  
por riqueza  
sólo amor y libertad,

y a cantar al mundo vengo  
de la virgen la pureza  
de las aguas la beldad,  
¿cómo no adorarte, rosa  
tan lozana,  
perfumada y juvenil,  
tan delicada y vistosa,  
sonrisa de la mañana,  
y vanidad del pensil?

Mi amor volaba algún día  
pasajero  
como un céfiro fugaz,  
y ante la ronca armonía  
parábase placentero  
de la catarata audaz.

Y bañaba yo las plumas  
de mis alas  
y mi pico de cantor  
en sus rápidas espumas,  
y de su fada las galas  
celebraba con mi amor.

Pero su ronco gemido  
pavoroso  
de mi cantar eco fue,  
y mi amor vago y perdido,  
desencantado y lloroso,  
a otras beldades canté.

Y a esas nubes nacaradas  
que en los cielos  
mece el aura matinal,  
con sus sílfides aladas,  
con sus efímeros velos  
guarnecidos de coral,

llevaba yo el amor mío  
candoroso  
como a las islas del bien,  
mas luego huracán sombrío  
disipaba el lustre hermoso  
de aquel vapor del Edén.

Y vagaba entre las flores  
solitarias,  
demandándoles amor,  
y sus hojas de colores  
cerraban a mis plegarias  
sus matices y primor.

Y amé los genios del viento,  
y del espacio  
los espíritus de luz,  
y buscaba un blando acento  
en el rumor del palacio  
de las tumbas en la cruz.

Y aquella voz de esperanza  
y de alegría  
no encantó mi soledad,  
y mis sueños de bonanza  
volaban del alma mía  
con su dulce claridad.

Y una noche que cantaba  
mi perdida  
melancólica pasión,  
y a la luna confiaba,  
como al genio de mi vida,

la pena del corazón,  
sentí una nube de olores  
invisible  
en torno mío vagar,  
como una trova de amores,  
y lánguida y apacible  
en mi pluma resbalar.

Y mi amor batió sus alas,  
dulce rosa,  
de tu cáliz al redor,  
y de tus dormidas galas,  
y de tu frente amorosa  
fui enamorado cantor,  
porque eres tan delicada,  
frágil, pura,  
como débil es mi ser,  
y a la luna plateada  
se adormece tu hermosura  
inocente como ayer.

¡Ay!, cuando tus tiernas hojas  
esparcidas  
lleve el viento bramador,  
y mis amantes congojas  
con ellas desvanecidas  
canten sólo mi dolor,  
¿el espíritu amoroso  
que en ti habita  
mis penas escuchará,  
y paisaje delicioso  
a mi esperanza marchita  
por las noches pintará?

¿Y cuando llegue otro mayo  
cariñoso,  
rico en flores y en amor,  
de la luna el triste rayo  
reflejará tembloroso  
en tu amante rui señor?

Pura flor del amor mío,  
dulce rosa,  
yo te amaré hasta morir.  
Gota es mi amor de rocío  
que va en tu copa olorosa  
a buscar su porvenir.

*La rosa:*

—Dulce es oír un pájaro que canta,  
como tú cantas, suave ruiñeñor;  
dulce es oír vibrar en tu garganta  
el eco de las arpas del amor.

Dulce es soñar en la desnuda tierra  
con un amor aéreo y celestial,  
tener un cáliz lánguido que encierra  
tanta belleza pura y virginal.

¿De qué sirven la pompa y los colores?  
¿De qué sirve la gala y juventud,  
si el corazón sediento está de amores,  
y late solitario en su inquietud?

Ídolo soy de espíritus suaves  
ricos en hermosura y en candor;  
lucientes plumas de vistosas aves  
desplegan al volar en mi redor,

y me besan tal vez cuando la aurora  
tiñe el oriente en púrpura y carmín,  
y me dicen su amor cuando colora  
el sol poniente occidental confín.

Mas de tus cantinelas el acento  
nunca en sus trovas acertó a sonar,  
y vale más tu voz que lleva el viento  
que su más tierno y plácido cantar.

¡Qué blanda y melancólica armonía,  
qué dulces quiebros y apagado son  
lánguidos pasan por la frente mía  
si me cantas tu tímida pasión!

Si yo tuviera un eco solamente  
con que poder decirte mi querer,  
¡cuánto amor vieras en mi seno ardiente!,  
¡cuántas promesas vagas de placer!

¡Tú eres feliz!... tú envías a las nubes  
tus cantinelas y a su cielo azul,  
y el mundo hechizas si a cantar te subes  
a la copa de altísimo abedul.

Pero mi muda voz es un aroma  
que hiende el aire trémulo y fugaz,  
y el tímido arrullar de la paloma  
es, a par de él, altísimo y audaz.

Y a veces cuando el céfiro ligero  
entre sus alas lleva su vapor,  
y va como celeste mensajero  
a llevarte venturas de mi amor,  
sopla quizá del lado del desierto  
impetuoso y turbio el huracán,  
y mi amor puro en triste desconcierto  
y mi alegría deshojados van.

Canta, pájaro tierno, tu esperanza,  
de primavera al rutilante sol,  
que allí está mi vivir y mi bonanza  
y es de su luz traslado mi arrebol.

Cuando me agoste el fuego del estío,  
mi espíritu los aires cruzará,  
y el perfume tímido, amor mío,  
a tu marchito pico llevará.

Y al soplar de las brisas de otro mayo  
florecerá mi amor y dulce bien,  
y pálida luna con su rayo  
te alumbrará en un árbol del Edén.

## EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA

Dulce Madre y Señora,  
vuelve a la paz de tus tranquilos lares,  
como la blanca aurora  
que endulza los pesares  
y luz derrama y esperanza a mares.

Ven, que llagada el alma,  
harto tu amiga voz echó de menos;  
torne a brotar la palma  
que en días más serenos  
nos vio a su sombra de pesar ajenos.

¡Oh, cuánto apetecía  
el corazón rendido que te amaba  
ver tan alegre día;

¡oh, cuánto el alma esclava  
por sus dulces cadenas suspiraba!

Al murmullo del río,  
al son, entre los árboles, del viento,  
en tierno desvarío  
pedíamos tu acento  
y a ti volaba el triste pensamiento.

El astro de esperanza,  
blanco fanal de nuestro oscuro cielo,  
repose y bienandanza  
y júbilo y consuelo  
prometía tal vez a tanto anhelo.

¡Bendito su albor santo  
que tan hermosas horas nos brindaba,  
que en halagüeño canto  
las lágrimas trocaba  
y al amor de tus hijos te guiaba!

¡Bendito, sí, mil veces,  
y siempre nuestros ojos ilumine,  
y siempre nuestras preces  
sin que su luz decline  
ni del ocaso al término se incline!

Y goza tú en buen hora  
de tus dulces amados las caricias.  
Tu estrella bienhechora  
al alma pida albricias  
de un siglo de contento y de delicias.

Que si es amar la vida,  
si en el amar la dicha está cifrada,  
¿quién como tú querida?,  
¿quién como tú esperada?,  
¿quién como tú de todos deseada?

## A LA MEMORIA DEL GENERAL TORRIJOS

Ondas del mar de Málaga la bella,  
que visteis apagarse en vuestra orilla  
del cielo de Cortés la última estrella  
con el último nieto de Padilla.

Arenas, que con peine de cristales  
pule esa mar tan lánguida y sonora,  
do flotaron del Cristo las señales  
ante el pendón de la falange mora.

Aguas, de espuma coronad la huesa  
donde duerme el caudillo de los bravos;  
arenas, amparad en sombra espesa  
la víctima inmortal de los esclavos.

No guarda el mar el rastro de su barca,  
ni su huella la margen floreciente;  
serenó el mar la mano de la parca,  
borró su huella sangre del valiente.

Costas del mar de Málaga encantada,  
si por vosotras algún día errante  
se extendiera mi vista desolada,  
se perdiera mi paso vacilante;  
arrodillado, con los ojos fijos,  
esa tumba sagrada adoraría,  
y la gigante sombra de Torrijos  
entre el sol del ocaso buscaría.

Paz, le dijera, a tu desierta losa;  
yo te cantara y si laurel tuviera,  
yo dejaría su guirnalda hermosa  
en la tranquila paz de esta ribera.

Mas, huésped de la bella Andalucía,  
cisne sin lago, bardo sin historia,  
mi perdido cantar empañaría  
el rutilante sol de tu alta gloria.

## EL CAUTIVO

Callada la noche está,  
callada, limpia y serena,  
sin más voz que la cascada  
que a lo lejos se despeña,  
sin más música que el canto  
del ruiseñor que enajena,  
ni más lumbre que el templado  
resplandor de las estrellas.

Cerró la flor su capullo.

Todo es paz, todo es tristeza;  
sólo está el llano y el monte,  
y, cual virgen soñolienta,  
de la sombra entre los brazos  
se duerme naturaleza.

Dulce es vagar en la noche  
por la llanura desierta;  
ver sobre el lago pasar  
en vapor y espuma envueltas,  
confusamente borradas,  
las flores de la existencia  
y en las grutas de las rocas  
oír vaga y casi muerta  
del arpa de juventud  
la voz del viento en las cuerdas.

Dulce es al alma cruzar  
con la brisa de las selvas  
esos aires que la luna  
confusamente platea,  
adormecer la razón  
con relumbrantes quimeras.

Y al alcázar de los sueños  
con desbocada carrera  
lanzar la imaginación,  
de amor y gloria sedienta,  
y allí una imagen buscar  
inefable, hermosa, eterna,  
inmensa como el espacio,  
como el corazón inmensa,  
de luz vestida y de galas,  
de asombro y misterios llena.

Dulce es soñar si en libertad soñamos;  
son dulces esos sueños,  
con que del porvenir atavíamos  
los campos halagüeños.

¿Mas qué importa al cautivo engalanada  
la noche ver de estrellas,  
si no puede en su cárcel olvidada  
decirles sus querellas?

¿De qué sirven los astros que iluminan  
los patrios horizontes  
cuando su disco sin color inclinan  
sobre ignorados montes?

¡Prisma encantado! ¡Libertad gloriosa!,  
¡del alma santa flor!,  
¿qué es junto a ti la frente de la hermosa?,  
¿qué es junto a ti el amor?

Del otro lado del hercúleo estrecho  
hay un doncel cautivo,  
de hidalga sangre y levantado pecho  
de corazón altivo

¿Qué nombre esclarecieron sus mayores?  
¿Dónde nació el cristiano?  
¿La cumbre del poder y los amores  
tocó tal vez su mano?

El misterio le envuelve y la amargura  
y un mundo de pesares,  
y sólo el mar en la tormenta oscura  
escucha sus cantares.

Helo, allí está. Su frente generosa  
surcan hondas arrugas;  
así marchitan del abril la rosa  
mortíferas orugas.

Helo, allí está. Sus ojos distraídos  
tal vez en busca van  
de los campos que un tiempo florecidos  
miraron de arrayán.

De la noche al aliento regalado  
sus labios ha entreabierto,  
y escuchará su pena y su cuidado  
la noche del desierto.

“—¡Noche!, serena estás, mágica y pura,  
ni un soplo turba tu feliz quietud:  
eres un sueño de la edad futura  
dorado por un astro de virtud.

Mas ¿por qué vienes ¡ay! tan encantada  
con todos los luceros hacia mí,  
si ya pasó la edad arrebatada  
en que los lauros del honor cogí,  
la edad en que la cítara amorosa  
vibraba al son de mi primera fe,  
cuando orlada de mirtos y de rosa  
delante de mi amada la arrojé?

También amaba entonces las estrellas,  
noche serena, de tu manto azul,  
y esas nubes de nácar sin centellas  
que lo prendían como blanco tul.

Hoy de todas tus pompas y misterio  
sólo te pido sombra y soledad,  
de todos los poderes de tu imperio  
las ráfagas que trae la tempestad.

Del otro lado de la mar los míos  
de la guerra cayeron al furor,  
y el ángel de mis tiernos desvaríos  
dejó en las aras de mi altar su amor.

Yo no tengo una madre ni una esposa  
que vengan a llorar en mi ataúd,  
ni quien escriba en la extranjera losa  
las penas de mi amarga juventud.

Los lazos de la vida siento rotos,  
la patria para mí perdida está,  
y el alma por los términos ignotos  
de la duda y dolor cruzando va.

Y siento que estos muros y estas rejas  
van apagando el noble corazón,  
como el rumor se apaga de mis quejas  
sobre esa mar que azota el aquilón.

¡Oh!, yo quiero volar por el desierto,  
correr por las orillas de la mar,  
y tras la nave que abandona el puerto  
la fantasía juvenil lanzar.

Quizá pudiera la ilusión del alma  
del árabe en las tiendas entrever,  
tal vez al pie de solitaria palma  
me sonriera celestial mujer.

Y si la soledad es mi destino,  
y no ha de hallar un eco el corazón,  
si para siempre el resplandor divino  
se amortiguó de la primer pasión,

las ciudades que fueron contemplara,  
y a su polvo diría mi pesar,  
y de mis cantos el poder bastara  
de los siglos el duelo a despertar.

Sobre las aguas del soberbio Nilo  
viera el sol del desierto aparecer  
y, al morir, las pirámides tranquilo  
en sus últimos rayos envolver.

Una lección pidiera yo a la muerte,  
que descifrara el libro del vivir,  
y ella rasgando el velo de la suerte  
me mostrara la faz del porvenir.

Sueños de libertad y de consuelo,  
sobrado puros sois para verdad.  
Tended las alas y subid al cielo,  
sueños de encanto y de placer, ¡volad!

Nunca veré pirámides ni arenas,  
mares azules, ni radiante sol,  
ni del pie de la palma las serenas  
tintas de la mañana y su arrebol.

Sólo esa mar por cuya espalda un día  
volaba en la tormenta mi bajel,  
alzaré su clamor en mi agonía,  
a mi abandono y mis desdichas fiel.

Sólo esa mar, mi amor y mi delicia,  
si, en la noche, azotada del turbión,  
bramando melancólica, acaricia  
la eterna tempestad del corazón.

El amor de esa mar es mi ventura,  
que arrullará mi duelo al expirar,  
y sus olas vendrán mi sepultura  
de espumas y de limo a coronar”.

La luna el firmamento plateaba  
pálida y bella la serena frente,  
y el ruseñor la orilla arrebatada,  
de aquella mar tan música y doliente.

El limpio azul de la celeste esfera  
playas sin fin mostraba al nuevo día,  
y la aurora en la lánguida palmera  
ya sus primeras lágrimas vertía.

Un árabe a lo lejos galopaba;  
y entonces un suspiro el aire hendió,  
que en la prisión cantaba:  
“—¡Ay de la flor que el viento deshojó!  
¡Ay de la flor que de mirarse esclava  
toda su pompa y juventud perdió!”

## LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,  
ven en mi triste laúd a coronar,  
y volverán las trovas de alegría  
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;  
yo sobre ti no inclinaré mi sien,  
de miedo, pura flor, que entonces pierdas  
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente  
con tu gala en las tardes del abril,  
yo te buscaba orillas de la fuente,  
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida  
y era perdido y lúgubre mi amor;  
y en ti miré el emblema de mi vida  
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura  
con tus moradas hojas de pesar;  
pasaba entre la yerba tu frescura  
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,  
de un arpa oscura al apagado son,  
con frívolos cantares confundido  
el himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha  
en tu cáliz de aroma y soledad,  
y a tu ventura asemejé mi dicha,  
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado  
por mi frente mirando tu arrebol!  
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado  
para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste  
con tu calma y tu dulce lobreguez,  
cuando la mente imaginaba triste  
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: "Buscaré en las flores  
seres que escuchen mi infeliz cantar,  
que mitiguen con bálsamo de olores  
de ti, bañada en moribunda luz,  
adormecida en tu vistosa cuna,  
velada en tu aromático capuz".

Y una esperanza el corazón llevaba  
pensando en tu sereno amanecer,  
y otra vez en tu cáliz divisaba  
perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy aquí, ¡cuán otros mis cantares!  
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!  
Ya no hay flores que escuchen mis pesares  
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,  
y naufragué con mi doliente amor  
lejos ya de la paz y del contento  
mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza,  
tal vez moraba una ilusión detrás,  
mas la ilusión voló con su pureza,  
mis ojos ¡ay! no la verán jamás.

Hoy vuelvo a ti cual pobre viajero  
vuelve al hogar que niño le acogió,  
pero mis glorias recobrar no espero  
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria  
para dormir tranquilo junto a ti,  
ya que escuchaste un día mi plegaria,  
y un ser hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola  
y embalsama su oscura soledad;  
sé de su pobre césped la aureola  
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles;  
enamorada y rica en juventud,  
por las umbrosas y desiertas calles  
do yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta  
y la pondrá en su seno con dolor,  
y llorando dirá: "¡Pobre poeta!,  
ya está callada el arpa del amor".

## IMPRESIONES DE LA PRIMAVERA

### *Canción del ruiseñor*

Otra vez en los árboles las hojas  
pueblan los vientos de murmullos leves  
y se deshacen en las cumbres rojas  
al sol de mayo las brillantes nieves.

Límpidos los arroyos se dilatan  
por su margen vestida de jazmines,  
y sus cantos suavísimos desatan  
los tiernos y pintados colorines.

Y cantan la esperanza y los amores,  
mientras las plantas aman y florecen,  
y en el nítido cáliz de las flores  
las amorosas auras se adormecen.

¿Por qué no amar, y al himno de natura  
juntar mi voz que por el yermo suena?,  
¿por qué la frente joven y segura  
no levantó a la par de la azucena?

¿Por qué si el alma en ímpetu sublime  
puede medir los ámbitos del cielo,  
solitaria y oscura y triste gime  
en pos de los amores y el consuelo?

¿Por qué en selvas vestidas de esmeralda  
y encantadas con música apacible  
buscar una fantástica guirnalda,  
corona de una imagen imposible?

¡Ay del que eterna juzga del oriente  
la blanca luz al despuntar la aurora!  
porque el sol de la tarde falleciente  
sólo la paz de los sepulcros dora.

Joven y bella estás, naturaleza:  
ricas tus flores son, tu estrella amiga,  
tus céfiros aliento de pureza,  
y misterios y amor tu seno abriga.

Yo que, al dormir gozoso en tu regazo,  
despertaba al acento de tus fiestas,  
yo que estreché con ilusorio abrazo  
el ángel protector de tus florestas;  
yo te miro volver sin alegría  
con tu ropa brillante de colores;  
que la tímida flor del alma mía  
perdió por siempre juventud y olores.  
Sí, que al pasar el cierzo de las penas  
el perfume robó de su corola,  
y la luna tan sólo en las serenas  
noches la envuelve en pálida aureola.  
Jamás tu relumbrante panorama,  
espléndida y vistosa primavera,  
me volverá la consumida llama,  
los sueños de oro de mi edad primera.  
Yo te vía llegar enajenado  
y mirarte en las aguas de los ríos,  
rico de amor, ajeno de cuidado,  
perdido en esplendentes desvaríos.  
Tú pasaste una vez y otra pasaste,  
y mis sueños de amor no se cumplían,  
y una vez y otra vez luego tornaste,  
y una vez y otra vez ellos volvían.  
Más llegó julio y la esperanza rota  
honda arruga selló sobre mi frente,  
y del pesar por la región remota,  
busqué la paz del ánima doliente.  
También en ella el ruseñor cantaba,  
también la fuente sin parar corría;  
pero la fuente ronca murmuraba,  
pero el doliente ruseñor gemía.  
Y era su trova moribunda y vaga,  
canto de amor, de incertidumbre y pena,  
postrer acento de nocturna maga,  
flébil quejido que a lo lejos suena.

“—Pasan de mayo las flores,  
con ellas va la esperanza,  
y apenas la mente alcanza  
voz lejana de placer;  
que, al tornar los turbios ojos  
al campo de la memoria,  
sólo encontramos la gloria  
entre las sombras de ayer.

Trovador de los pesares,  
que te fingiste ventura,  
paz, abandono y ternura  
en las músicas de abril,  
ven a escuchar mis acentos,  
porque yo como tú lloro,  
también yo una sombra adoro,  
que fue orgullo del pensil.

Yo suspiré en la enramada  
dulces ansias a la rosa,  
y abrió su cáliz la hermosa  
para escuchar mi canción;  
y la luna desde el cielo  
con luz amante bañaba  
su frente, que arrebolaba  
la esperanza y la ilusión.

Y yo entre sueños perdido  
de fantásticos amores,  
aspiraba los olores  
de su seno celestial.

Y, entre las frágiles alas  
del aura de mayo tierna,  
visiones de gloria eterna  
miró el alma virginal.

Mas ¡ay! que el sol del estío  
mi esperanza peregrina  
de la rosa purpurina  
en el cáliz agostó;  
y una a una con sus hojas  
volaron mis ilusiones,  
y de mis tiernas canciones  
sólo un eco me quedó.

Un eco triste y confuso  
que el campo de la amargura  
encanta con la ventura  
del desvanecido bien,  
y que en las cuerdas se mece  
del arpa de los pesares,  
al reflejar sus cantares  
las músicas del Edén.

Ven a mí, triste poeta,  
arroja el arpa de oro,  
déchala al pie del tesoro  
que halagó tu juventud,  
que de tu amor los ensueños  
con mis ensueños volaron,  
y otro bien no nos dejaron,  
que un ciprés y un ataúd.

¡Ay!, la fe pasa y la ilusión se pierde:  
por lo de ayer el corazón suspira:  
cae de los campos la corona verde:  
lágrimas sólo quedan a la lira”.

Calló la voz del ruiseñor, y el alma  
dejó sus flores en la playa oscura,  
su porvenir y su amorosa palma,  
y su corona de inmortal verdura.

¡Oh, nunca, nunca, abril esplendoroso,  
me traerás, con tus pájaros gentiles,  
de lo pasado el campo venturoso,  
la flor de mis creencias juveniles!

Volará la felice primavera,  
sin que un suspiro mío la acompañe,  
sin que furtiva lágrima siquiera  
la palidez de mi semblante bañe.

Que no de mayo en el feliz retoño  
el término hallaré de mis congojas,  
y al soplo de los vientos del otoño  
veré volar las macilentas hojas.

Y cuando el alma en su dolor recuerde  
del corazón las flores esparcidas,  
yo cantaré el encanto que se pierde,  
como he cantado imágenes perdidas.

## EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA

Rica es, señora, el alba de la vida  
cuando brilla la flor de la esperanza,  
de líquidos diamantes guarnecida  
y halagada por brisas de bonanza.

Bello es mirar con ojos infantiles  
el pintado tropel de los amores,  
volar por entre mágicos pensiles  
con sus alas cambiantes de colores.

Pero en tu frente virginal asoma  
eterno día de eternal pureza,  
y la flor de esperanza con su aroma  
en tus labios ostenta su belleza.

Y es tu voz la de un ángel cariñoso  
que canta amores y de amor suspira,  
céfiro que girando vagaroso  
estremece las cuerdas de la lira.

Tú brillas con la luz de la mañana,  
y sólo ves fulgentes mariposas,  
y brotas entre flores, flor temprana,  
en las praderas del abril frondosas.

Embalsama los campos de la vida  
mientras dure tu alegre primavera,  
y yo te cantaré, flor hechicera,  
del sol y de los céfiros querida.

Sí, yo te cantaré porque tu frente  
refleja su esperanza en mis canciones,  
y vuelven en tropel resplandeciente  
al alma las perdidas ilusiones.

Y es tal en mi abrasada fantasía  
de tus hechizos y tu fe el tesoro  
que a tus plantas mi lira arrojaría  
para morir diciendo: *yo te adoro.*

## A BLANCA

Dulcísima niña de labios de rosa,  
de frente serena, de blando mirar,  
tan pura y lozana, tan fresca y hermosa,  
galana en tu talle, galana en tu andar,  
tus húmedos ojos rasgados y claros  
brotar esperanzas y vida se ven,  
que son tus dolores mentidos o raros,  
y vuela un espíritu en torno a tu sien.

Espíritu hermoso de dulces caricias,  
espíritu hermoso de glorias y amor,  
que blandas sacuden sus alas delicias  
con vaga armonía y etéreo rumor

Que es, Blanca, tu hermano el espíritu suave  
que inunda tu alma de luz y placer,  
si él tiene las alas y el canto del ave,  
tú tienes el alma de niña y mujer;  
el alma de niña bellísima y pura  
que cándida vuela de rosa en jazmín,  
el alma que en joven mujer se figura  
flotar entre nubes de grana y carmín.

¿Qué es, dime, la vida delante tus ojos?  
¿Qué son las desdichas que el ánima ve?  
Matices del alma cambiantes y rojos,  
o lánguido arroyo que besa tu pie.

Dulcísima niña que adora mi alma,  
¡oh!, siempre los cielos te guarden tu bien,  
tu paz, tu inocencia, tus juegos, tu calma  
y el ala del ángel que ampara tu sien.

¡Pluguiera a los cielos que siempre pequeña  
mirases los días cual flores pasar!

¡Pluguiera a los cielos tu boca risueña,  
tus labios carmíneos por siempre guardar!

Si hoy juegas y ríes, ¿qué importa mañana?

¿Traeráte otro día más gloria y placer?

Tan sólo, ángel mío, desdicha temprana,  
perdidos amores de triste mujer.

Hoy juntas las manos y ruegas al cielo  
por hombres que solos y lúgubres van;  
quizá solitaria y oscura en tu duelo  
mañana le pidas consuelo en tu afán.

También, criatura, yo fui un día niño  
y tuve inocencia, caricias y amor,  
mas hoy de una madre tan sólo el cariño  
endulza mis noches de insomnio y dolor.

Relámpago leve de tanta ventura,  
de tantos ensueños quedó para mí...

¡Dichosa ignorancia, perdida hermosura!

¿Do fue su celaje de nieve y rubí?

Mas si pasa la edad de la inocencia,  
cual trémulo vapor sobre los mares;  
si entonces sólo es bella la existencia  
y pueblan sus jardines mil cantares,  
¿para qué amontonar sobre tu frente  
tan lúgubres y oscuras profecías,  
cuando va de tu vida la corriente  
el cielo azul pintando de tus días?

Siéntate en las orillas de los ríos,  
y canta, hermosa, tus abriles bellos:  
bajo sus sauces verdes y sombríos  
floten sobre la espalda tus cabellos;  
mira correr sus transparentes olas  
sin pensar que se arrastran a la muerte,  
y corona tu frente de amapolas  
sobre la roca solitaria y fuerte.

Oye encantada el canto de las aves  
errante en las florestas silenciosas,  
do sonoras, altísimas y graves  
desplómanse cascadas espumosas.

Y piensa en los placeres de la vida,  
porque es la vida para ti un placer,  
y entre las flores yace adormecida  
con los recuerdos plácidos de ayer.  
Porque pasa la edad de la inocencia  
cual trémulo vapor sobre los mares,  
y empaña la fogosa adolescencia  
la dulce religión de sus altares.

Cuando en tu frente reposa  
Blanca mía,  
mi frente ajada y rugosa,  
tan sombría,  
siento una voz apacible  
y delicada,  
tiernísima y bonancible,  
y apagada,  
que discurre por mi ser  
y lo consuela  
y entre las glorias de ayer  
lánguida vuela.  
Porque en la paz de tu frente,  
criatura,  
de mi sol veo en oriente  
la hermosura.  
Y vuelve a mí la esperanza  
en la virtud,  
y amor y fe y confianza,  
y juventud;  
y vuelven las ilusiones  
que murieron,  
que volcánicas pasiones  
consumieron,  
y en mística confusión  
mis plegarias  
se exhalan del corazón  
solitarias.

¡Perfume de la inocencia  
misterioso,  
rico en amor y en creencia  
y en reposo!

¡Memorias dulces perdidas  
de mi infancia,  
pobres flores esparcidas  
sin fragancia!

¡Oh!, de esa niña la frente  
no dejéis,  
nunca su cándida mente  
abandonéis,  
que cuando el alma perdió  
vuestro matiz,  
en las sombras se encontró  
muy infeliz.

Pobre niña de ojos negros  
y de garganta tan pura,  
de tan galana figura  
y amoroso corazón,  
guarde el cielo tu ventura  
y tu inocente ilusión.

Y el ángel que con sus alas  
hoy ampara tu cabeza,  
y sendas mil de pureza  
te muestra en la juventud,  
acompañe tu belleza  
a la paz del ataúd.

Y no conozcas amores  
que queman jóvenes frentes,  
ni más ojos relucientes  
que los de tu serafín,  
ni más flores en las fuentes  
que guirnaldas de jazmín.

¡Ay!, cuando tu planta huella  
de juventud el sendero,  
que el alma ve placentero,  
rico de luces y amor,  
tu ángel volará hechicero  
y no verás su dolor.

Y en la noche solamente,  
si lloras tristes amores,  
con sus alas de colores  
tus lágrimas secará,  
y entre perdidos rumores  
melancólico se irá.

¡Pobre niña de ojos negros  
y de garganta tan pura,  
de tan galana figura  
y amoroso corazón,  
guarde el cielo tu ventura,  
tu inocencia y tu ilusión!

Blanca mía, mi amor pasará en breve  
y perderé tus gracias infantiles,  
como pierden su túnica de nieve  
las montañas al sol de los abriles.

Porque se inclina al suelo mi cabeza  
en demanda de ignota sepultura,  
y aquí tu vida relumbrante empieza,  
y allí mi vida va a apagarse oscura.

Mira, yo pasaré de entre los hombres  
como pasa la luz de cada día;  
no quedará mi nombre entre sus nombres;  
no habrá quien piense en la memoria mía.

Si amas un día, cándida azucena,  
y de amor lloran tus radiantes ojos,  
ve a arrodillar tu soledad y pena  
en la tumba que encierran mis despojos.

Porque yo sé de amores y de luto,  
que yo en mi juventud también amé,  
y hiel tan sólo y desabrido fruto  
con mis labios volcánicos gusté.

Y vierte entonces en mi huesa fría  
una lágrima hermosa de dolor,  
que tú fuiste solaz del alma mía,  
y ella te amaba con inmenso amor.

## PAZ Y PORVENIR

Abrid el corazón a la esperanza,  
abridlo al aura de la paz dichosa;  
caiga en astillas la sañuda lanza,  
ceñid las sienes de laurel y rosa.

Ceñidlas y cantad en los jardines  
la aurora de la unión cándida y pura,  
que ronco son de bélicos clarines  
no enturbiará su calma y su ventura.

Porque es dulce a los nobles corazones  
tender las manos y alargar los brazos,  
y estrechar generosos campeones  
con dulce afán y con fraternos lazos;  
porque es bello el honor del vencimiento  
que sin llanto se compra ni mancilla,  
desde el Pirene y su encumbrado asiento  
a los tendidos llanos de Castilla,  
ven, musa de las fiestas y alborozo,  
ven por primera vez al arpa mía;  
vibre en sus cuerdas un cantar de gozo  
que inunde el seno de la patria mía.

Que han lavado las manchas de su ropa  
los milanos que de sangre la mancharon,  
y juntos beben en la misma copa  
los que alfanje sañudo ayer vibraron.

¿No lo oís? ¿No lo oís... en las montañas  
al pie de las cascadas espumosas,  
de la ribera en las sonantes cañas,  
al confín de las vegas silenciosas?

¿No escucháis un acento de ternura,  
un acento de gloria ya olvidado,  
como la voz de dios allá en la altura,  
sobre las pardas nubes levantado?

Es que, depuesta la tremenda saña,  
ruge de amor y júbilo el león  
junto al pendón de la gloriosa España,  
de las marciales músicas al son.

¡Oh!, trepad al gigante Pirineo,  
y en sus cumbres, asidos de las manos,  
mostrad al punto el inmortal trofeo  
de un pueblo que recobra sus hermanos.

Y decidles: “—Mirad al sol de Oriente  
vertiendo vida entre torrentes de oro,  
ved sobre el monte su encendida frente,  
los dones ved de su inmortal tesoro.

Ese es el sol de gloria y esperanza  
que alumbra la española libertad,  
astro feliz sin nubes ni mudanza,  
prenda de un porvenir de claridad.

Que en el hogar del Cid y de Padilla  
caballeros se sientan, mas no esclavos:  
nunca la frente con baldón se humilla  
do los bravos acogen a los bravos.

Decid, y de silvestres amapolas  
y lauro orlad la generosa frente,  
y floten las banderas españolas  
al viento de la aurora mansamente.

¡Oh!, la luz de la mañana  
colora, hidalga nación,  
con rica nube de grana  
tu horizonte que engalana  
su celeste aparición.

Y las palmas de la gloria  
bate el viento cariñoso  
por tu suelo deleitoso,  
cual se agita en la memoria  
recuerdo de amor dichoso.

Perla hermosa de Occidente,  
cuna de oro en que he nacido,  
un ángel puro y clemente  
murmura dulce a tu oído  
un porvenir floreciente.

Un porvenir más hermoso  
que tus glorias que pasaron,  
más brillante y luminoso  
que tu pendón generoso,  
que los mares acataron.

Tú, la querida del cielo,  
tú, la mimada del sol,  
tú, la que envuelves tu suelo  
en un luminoso velo  
de celajes de arbol.

Tú, la heredera de Oriente,  
la de los sueños de oro,  
la temida por tu gente,  
de hoy más será tu tesoro  
la libertad esplendente,  
la libertad generosa,  
amor de tu juventud,  
lumbre de tu alba de rosa,  
mística y amante diosa  
de hermosura y de virtud.

Y tú, sublime y triunfante,  
la llevarás hasta el polo,  
su voz noble y tronante  
disipará el torpe dolo  
de tiranía arrogante.

¡Ojalá que sus pendones  
en el Báltico se miren,  
y entre doradas visiones  
hidalgos pechos suspiren  
al contemplar sus leones!

¡Plegue a dios que los guerreros  
que nueva patria buscaron  
al pie de tus limoneros,  
y que aún a su pie lloraron  
sus altares y sus fueros,  
a su sombra blasonada  
desnuden la limpia espada,  
y otra vez áurea corona  
ciñan en su verde zona  
a su patria idolatrada!

Truene el cañón, pero de gozo truene;  
inunde el viento en salvas de alegría,  
y en acordada música resuene  
himno de paz, suavísima armonía.

A nosotros venid, que en lo pasado  
sólo las glorias de la hispana gente  
miraremos con pecho sosegado,  
con secos ojos y serena frente.

Tened la mano ruda en la pelea,  
que al tocar de la nuestra la rudeza,  
un mismo sol de gloria centellea  
sobre nuestra magnánima cabeza.

Mañana, sí, temidos y gloriosos,  
ricos de paz, colmados de ventura,  
los nobles lauros del valor frondosos  
del valiente orlarán la sepultura.

Hoy al placer el corazón se entrega,  
hoy la esperanza sus colores vista,  
porque la gloria palpitando llega  
y el trono excelso de su luz conquista.

Hoy la noche su pompa ha desplegado,  
y en sus campos serenos de zafir  
muestra la luna en círculo encantado  
ornado de esplendor el porvenir.

## LA PALMA DEL DESIERTO

Palma divina, reina del desierto,  
emblema de esperanzas y de gloria,  
de solitaria fe, tranquilo puerto,  
consuelo celestial de mi memoria,

¿por qué crecer en esa mar de arena  
bajo ese sol que quema tu follaje?

¿Por qué a la orilla de otra mar serena  
no das al aura tu feliz plumaje?

Di: en ese suelo que arrebatara el viento,  
que el sol calcina y en pavesas torna  
¿eres, de un pasado monumento,  
postrera flor que su sepulcro adorna?

Tal vez en esos llanos silenciosos  
crecieron juncos y pajizas cañas,  
mecidos por los vientos cariñosos  
al pie de las altísimas montañas.

Tal vez sus pueblos de tostada frente  
al tornar victoriosos de otros climas,  
los campos de la patria florecientes  
con alborozo vieron de sus cimas.

Tal vez sus hembras, sueltos los cabellos,  
al son de los panderos y atabales,  
danzaron de la luna a los destellos  
en las noches de mayo celestiales.

Todo pasó: bellezas y victoria  
se llevaron las aguas de la muerte;  
todo pasó: las hojas de la historia  
no nos dirán su tenebrosa muerte.

Las aguas junto a ti se deslizaron,  
las ondas respetaron tu cabeza,  
y las aves de paso en ti cantaron  
las eclipsadas pompas y grandeza.

Mas los días volaban tras los días,  
los años empujaban a los años,  
y cual sombras de paz sentarse vías  
a tu pie los primeros ermitaños.

Tú escuchaste sus puras oraciones,  
tú su meditación errante viste,  
los ángeles quizá de sus visiones  
en tus ramas sonoras acogiste.

¿Dónde paró su religión hermosa?

¿Cómo su cuerpo sepultó la arena?

Hoy no descubre solitaria losa  
dónde su vida se apagó serena.

Hoy cruza con su rápido caballo  
el árabe las tristes soledades,  
soñando los perfumes del serrallo  
y el mercenario amor de sus beldades.

¡Ay! De mi vida en la primera aurora

yo le envidié sus dichas pasajeras,

y el alma las buscaba abrasadora  
en el desierto al pie de las palmeras.

Yo también animoso peregrino  
a tu sombra algún día me he ocultado;  
mas al llegar al fin de mi camino,  
sin esperanzas ¡ay! caí cansado.

Todo pasó, como en tus hojas bellas  
sopló en mí el huracán de los desiertos  
y pálidas relucen las estrellas  
para alumbrar mis devaneos yertos.

Mas, tal vez en las noches de tristeza

en que resbalan lánguidas las horas,

un perfume de amor y de belleza

se exhala de tus ramas bienhechoras,

y entonces entre mágicos celajes

pasan las ilusiones del Oriente,

perlas, aromas, recamados trajes,

luces, cantares, bulliciosas fuentes;

pasan las odaliscas del serrallo  
con abanicos de vistosas plumas;  
de su frente el pesar por ocultallo  
velado en chales de árabes espumas;  
góndolas en estanques transparentes  
con ricos pabellones misteriosos,  
trovas de amor cansadas, fallecientes  
besos en ellas dulces y sabrosos.

Más allá los caballos del desierto,  
trémulos, relinchando en la pradera,  
y más allá la luna sobre el puerto  
adurmiendo la mar en la ribera.

Y arde entonces la mente embriagada  
con tantas ilusiones que fascinan;  
arde como la bóveda azulada  
donde estrellas sin número dominan.

Y lánzase en las alas del deseo  
a buscar en los vientos nuevos goces,  
y escucha en su liviano devaneo  
las alas de los ángeles veloces.

Y otros pensiles en las nubes mira,  
otros palacios mira en las montañas;  
vagabunda y frenética delira  
en torno de visiones tan extrañas.

Allí el amor, la luz y las mujeres,  
allí los bosques, flores y jardines,  
los aromas, los vinos, los placeres,  
banquetes, algazaras y festines;  
allí la relumbrante cimitarra  
con puño de oro y rutilante acero;  
allí las rosas en dorada jarra  
al pie del humeante pebetero;  
y más allá los plateados ríos  
con coronas de mirto y azucenas,  
corriendo al pie de alcázares sombríos  
besando sus márgenes serenas.

Y luego eunucos, guardias y soldados,  
turbantes, yataganes, pedrerías,  
esclavos en las aguas inclinados  
llorando allí la mengua de sus días.

Y luego sueños, frenesí, demencia  
y esperanzas sin cuento ni medida;  
y en tanta esplendidez, paz, inocencia,  
como fuente purísima, la vida.

Y al fin un cielo azul, vago, infinito,  
de formas mil bellísimas poblado  
patria que adora el infeliz proscrito,  
en luces y armonías levantado.

¡Soñar! ¡Soñar! ¡Morir al fin en sueños!  
Desvanecer la vida entre celajes,  
pasar entre los seres halagüeños  
que pueblan sus fantásticos paisajes.

¡Eso es vivir! ¡Vivir entre placeres!  
¡Esa es la vida verdadera y pura,  
deslizada entre angélicas mujeres,  
en sueños de virtud y de ventura!

Mas, ¿de qué sirve soñar  
si el despertar viene luego?  
¿De qué sirve amontonar  
tantas visiones de fuego  
que el dolor ha de apagar?

Dilo tú, palma divina,  
que viste a mi esperanza  
pura rosa purpurina,  
buscar puerto de bonanza,  
en tu sombra peregrina.

¿Qué me quedó, árbol hermoso,  
de tanta gloria y pasión,  
de aquel bien tan presuroso,  
doliente meditación,  
a tu sombra de reposo?

¡Meditación del desierto  
cabe la palma agostada!  
¡Meditación bienhadada,  
qué pacífico es tu puesto  
para un alma apesurada!

Por los páramos errar  
y al ángel de la oración  
decirle nuestro pesar,  
tener solitario altar  
solitaria religión;

llorar en las soledades  
las ilusiones perdidas  
en populares ciudades  
a los pies de las beldades  
ufanas y envanecidas;

y luego la vista alzar  
hasta el azul de los cielos,  
y el ánima levantar  
libre de corpóreos velos,  
libre de llanto y penar.

¡Oh, dios mío! En el desierto  
solamente el corazón  
a tanta dicha está abierto,  
solo allí brota encubierto  
manantial de bendición,

sólo embebecida el alma  
tal vez en la noche sueña,  
cabe la desierta palma  
mágica voz halagüeña,  
rica en suavidad y calma.

Y es la voz del serafín  
que vio humilde anacoreta,  
la voz que anuncia al poeta  
esperanzas a su fin  
de paz eterna y completa.

Yo que cantor he nacido  
y entre tinieblas canté,  
yo que mi amor he perdido,  
que solitario he vivido  
con mi dolor y mi fe,

busco la palma hechicera  
para templar mis pesares,  
y al viento dar los cantares  
que oyó la verde pradera  
de mis pacíficos lares,

busco el ángel cariñoso  
que entre sus ramas habita,  
melancólico y hermoso,  
y en las horas del reposo  
las blancas alas agita.

Que entonces son esperanza  
las tinieblas de la suerte,  
y el corazón allí alcanza  
luz y buenaventuranza  
en las sombras de la muerte.

Dilo tú, palma divina,  
que viste a mi esperanza  
para rosa purpurina,  
buscando de tu noche sueño,  
en tu sombra peregrina.

Que me quedó, árbol hermoso,  
de tanta gloria y pasión,  
de aquel beso tan precioso,  
de aquel humilde nacimiento,  
de aquel dolor meditativo,  
de aquel reposo en la sombra de un árbol.

## LA CAÍDA DE LAS HOJAS

Hojas del árbol caídas,  
juguete del viento son:  
las ilusiones perdidas  
¡ay!... son hojas desprendidas  
del árbol del corazón.

Espronceda

Caed, hojas, caed; y mi esperanza  
ya sin verdor llevad.

Venid vientos de otoño, sin tardanza  
su encanto arrebatad.

¡Oh!, de esta vez  
el invierno más triste llegará;  
que el corazón perdió el aroma ya  
de la feliz niñez.

Caed, hojas, caed.

Mis ilusiones ¡ay! amarillentas  
perdieron el verdor  
que mostraban del día soñolientas  
al matinal albor.

Sólo el ciprés  
con hojas queda en medio del jardín;  
mas nunca hará su nido el colorín  
allá en su lobreguez.

Caed, hojas, caed.

De mi laúd las últimas canciones  
marchitas volarán  
con vuestras esmeraldas y festones  
que lleva el huracán.

Con su jaez,  
desnudo de colores y arrebol,  
vestirá del enero el turbio sol  
su amarga viudez.

Caed, hojas, caed.

¿Quién sabe dónde vais, hojas galanas  
que orlabais el pensil  
al murmurar las ráfagas tempranas  
del céfiro de abril?

Fue vuestra red  
magnífico palacio a mi ilusión,  
que de fe henchía el joven corazón.

¡Ay!, hojas, responded;  
mas no, caed, caed.

Y en alas de los vientos del otoño  
doradas hojas id,  
y del sol del abril en el retoño  
segunda vez lucid,  
que yo no volveré,  
mustia yedra que el viento derribó,  
a vestir de un alcázar que se hundió  
la colosal pared.  
Caed, hojas, caed.

Fresca y leve guirnalda de los años,  
¿qué lección ofrecéis a nuestros ojos!  
¿Pasan así del hombre los engaños,  
pálida flor, que morirá entre abrojos?  
Son hojas el poder y la grandeza;  
hojas también amores y belleza,  
y hojas, en fin, las hojas de la historia.

Frágiles son los árboles de vida,  
que en el Edén no mecen su follaje;  
y al sople de la muerte sacudida  
pierde su copa el delicado encaje.

Los godos ensalzaron a Toledo,  
y con sus fiestas la pobló Rodrigo.

¿Señalaría un ángel con el dedo  
do fue el alcázar del placer testigo?

Los árabes danzaban en la Alhambra  
al son de sus metálicos lelés  
los mágicos compases de la zambra  
de los abencerrajes y zegríes.

El árbol de su pompa despojaron  
los vientos de Aragón y de Castilla,  
y náufigas sus hojas hacinaron  
del africano mar junto a la orilla.

¡Oh, si esa mar con encumbrado vuelo  
rauda cruzara la encendida mente!

¡Si el sol de los desiertos desde el cielo  
fulminara su luz sobre mi frente!

Debajo el manto de su arena roja  
¡cuántas hundidas glorias no encontrara!,

¡cuánta huella gigante en su congoja  
mi desolada planta no borraría!

Hojas del árbol de la humana alteza,  
¡Babilonia! ¡Persépolis! ¡Palmira!,

en polvo vuestra pompa y gentileza  
con el turbión de los desiertos gira.

Las piedras ve rodar del capitolio  
Roma vuestra señora deshojada,

sin que vea las menguas de su solio  
la púrpura imperial despedazada.

Árbol de libertad, corona un día  
de esa Polonia que canté por triste,

santa ilusión de gloria y alegría,  
¿de tu verdura sin igual, qué hiciste?

El huracán desnudo te ha dejado,  
y circundó tu tronco de miseria,

tus bellas hojas ¡ay! han alfombrado  
los páramos incultos de Siberia.

Los bosques que en el Vístula se miran,  
blandos al soplo del abril se mecen,

pero las dulces auras que suspiran  
el árbol que murió no reverdecen.

Roma, la prostituta corrompida,  
vio agostarse su flor entre los vicios,

y el templo de Persépolis hundida  
entornó a la virtud los áureos quicios.

Y cayó por cobarde Babilonia  
con sus murallas, fiestas y pensiles,  
mas tú, infeliz magnánima Polonia,  
¿dó escondes el laurel de tus abriles?  
Crímenes y virtud juntos descansan  
¡oh mi dios!, en la noche de la huesa,  
y las mortales ráfagas amansan  
sólo al cruzar por su tiniebla espesa.  
Árbol es, ¡ah!, la gloria de este mundo,  
que en el otoño pierde su beldad,  
y un huracán lo azota furibundo  
que sopla de la oscura eternidad.  
Mas si pasan las naciones  
y los fuertes, sin espada,  
van por desiertas regiones;  
si ha perdido sus blasones  
la virtud abandonada,  
¿qué eres tú, esperanza mía,  
del agosto exhalación,  
a quien por frágil quería,  
y que en mi engaño fingía  
de perpetua duración?  
¿Qué eres tú que henchiste en alma  
de zozobras y de encanto,  
de dulcísimo quebranto,  
cuando te cedí mi calma  
y me dejaste el llanto?  
Era mi amor dulce nido  
colgado en tan frágil hoja,  
que con el viento ha caído,  
y yo, ¡triste!, lo he perdido  
por no haber quien lo recoja.  
Sombra de la clara fuente,  
do los pájaros cantaban,  
do yo canté blandamente  
cuando las brisas volaban  
del estío por mi frente.

Tus plantas desnudas hoy  
con susurros no acompañan  
las quejas que al viento doy,  
y zarzas sólo enmarañan  
el camino por do voy.

Cuando tornen a su canto  
las aves en primavera  
y el abril tienda su manto  
de flores por la pradera,  
borrando huellas de llanto,  
¿me volverá a mí las flores,  
vírgenes de juventud?  
¿Y sus dulces ruseñores  
volverán a mi laúd  
el cantar de los amores?

Hojas de mi gloria, el nido  
con vosotras ha volado  
a los campos del olvido,  
y sólo yo lo he llorado,  
porque sólo lo he querido.

Y nunca más tornará  
de tan opacas regiones...  
¡Adiós, célicas visiones!,  
que el alma ha perdido ya  
la fe de las ilusiones.

Hojas doradas, últimas, queridas,  
que mi amor cariñosas amparasteis;  
que de encanto y placer estremecidas  
a sus pasadas trovas murmurasteis;  
hojas que, como yo, volar le visteis  
y que sin mí le seguiréis en breve,  
que entonces mi dolor compadecisteis;  
veladle, ¡ay, dios!, con vuestro manto leve.

Veladle: y, tristemente susurrando,  
“—El poeta, decidle, nos envía,  
que en tinieblas sin fin se quedó allá,  
su amor, su pena, y soledad cantando;  
mas canta, blanco cisne, en su agonía,  
y su cítara en breve callará”.

## AL DOS DE MAYO

Roncos clarines, negros atambores,  
música triste, pompa sacrosanta,  
que alzáis eco de gloria y de dolores  
al sol que del Oriente se levanta,  
venid, vibrad en mi enlutada lira  
con un cantar de inspiración y duelo,  
y la llorosa virgen que suspira  
tienda en sus cuerdas el flotante velo.

Venid, hermosas, y en doliente coro  
cantemos de la patria la amargura;  
reguemos, sí, con encendido lloro  
el sauce de esa noble sepultura.

Cayeron los hermosos y valientes  
que el pendón levantaron de Padilla,  
allí sin vida las hidalgas frentes  
rodaron sobre el suelo de Castilla.

¡Helos allí! Sobre el triunfante carro  
tal vez despiertan del eterno sueño,  
tal vez palpita el corazón bizarro  
al sacudir el eternal beleño.

Alzan quizá la indómita cabeza  
en el lugar de su valor testigo,  
y revuelven la vista con fiereza  
en busca del pendón del enemigo.

¿Dónde están sus famosos estandartes?

¿Dónde reluce su nombrado acero?

¿Por qué los españoles baluartes  
no derrumba el cañón del extranjero?

Sus águilas de sangre amancilladas  
traspusieron la cima de los montes,  
y el león las llevó despedazadas  
bajo el sol de los patrios horizontes.

Allí otra vez los lauros de Pavía,  
allí otra vez de san Quintín la gloria,  
coronaron tu sien, ¡oh patria mía!,  
con su diadema de inmortal memoria.  
¡Prez a los esforzados que murieron!  
¡Himnos sin fin al castellano nombre!  
Nunca los siglos tan feliz lo vieron,  
nunca tan alto lo soñara el hombre.  
Doblad, soldados, la gallarda frente,  
dormid en paz el sueño de la huesa,  
que el sol de vuestro honor resplandeciente  
ya no nos roba el águila francesa.  
Hijos y hermanos a llorar venimos  
al pie de ese sarcófago sagrado,  
donde morir con alta frente os vimos,  
do la noche tal vez hemos llorado.  
¡Francia, Francia!, la intrépida guerrera  
que un día paseaste  
por la vencida y humillada Europa  
la tricolor bandera,  
que déspotas soberbios derrocaste  
cuando de libertad en la áurea copa  
la sed de las naciones apagaste.  
Tú, la de los valientes y esforzados,  
que al galope tomaban los navíos,  
cuando eran tus soldados  
el rayo de la guerra  
que los fuertes alcázares sombríos  
barrían de la sierra,  
cual barre el sol la bruma de los ríos,  
¿por qué tan rica, tan feliz cosecha  
de porvenir, de libertad y gloria  
entregaste deshecha  
en las manos de un déspota? Tu historia  
escrita con la sangre del esclavo,  
con la sangre del bravo,

con la sangre del rey y del pechero,  
coronada de llamas,  
de nobles oriflamas  
rotas por el cañón del extranjero,  
¿no era, di, levantada y refulgente  
más que el cometa ardiente  
que al rodar por los ámbitos del cielo  
alumbra con su luz y espanta el suelo?  
¿No te bastaba, dime,  
mandar en el soberbio capitolio,  
despertar en su tumba a los romanos,  
y en ímpetu sublime  
volver a la República su solio,  
romper de los germanos  
la indómita falange  
con tu acerado y destructor alfanje?  
¿No bastaban las brisas  
de la encantada Italia y sus riberas  
para mecer ligeras  
tus palmas, tus laureles y divisas?  
Y no que confiada  
y en tu orgullo y valor desvanecida,  
haciendo de tus huestes vano alarde,  
a un capitán rendida  
le ceñiste tu acero por la tarde  
y te dormiste alegre y descuidada  
en brazos de tu próspero destino,  
soñando triunfos, juventud preciada,  
y oro y placer al fin de tu camino...  
Te despertaste ebria de esperanza,  
de sangre y de conquista,  
y al extender la vista  
por la española tierra,  
blandiste loca la probada lanza  
en la encumbrada sierra,  
y te dijiste: “—Al pueblo castellano  
mis hazañas deslumbran y mis hechos,  
le tenderé con amistad la mano;

su honor y sus derechos,  
sus generosos timbres y blasones  
mis bardos cantarán en dulces sonos,  
y cuando adormecido  
a su traidor y mentiroso acento  
yazga el león de España,  
con ligaduras le ataré sin cuento.  
En vano el monte atronará su saña,  
me sentaré en el trono de sus reyes  
y regirán mis leyes  
a los soberbios dueños de dos mundos,  
y domaré sus pechos iracundos.”

Y con traidora oliva  
bajaron de las cumbres tus guerreros,  
cruzó el cañón los campos españoles,  
y aciaga lumbre esquivo  
derramaron tus fúlgidos aceros.

¡Vergüenza sobre ti que en torpe dolo  
al soldado indefenso acometiste!

¡Vergüenza sobre ti, terror de Europa  
la de los caballeros sin mancilla...!

Porque el honor perdiste  
del lento Manzanares en la orilla,  
que del león al áspero rugido  
hambrientos sus cachorros acudieron,

y tú con el renombre, mal hallada,  
que tus hijos hubieron,  
convertiste en puñal la noble espada,  
y tu luz y valor se oscurecieron.

Tú que en el Tíber y en el Rhin triunfabas,  
tú que en las ondas del distante Nilo  
el sol de los desiertos reflejabas  
de tus aceros en el limpio filo;  
tú, la que en las pirámides gigantes,  
al trueno de tu ronca artillería,  
escribiste con letras relumbrantes  
tu prez republicana y su valía,

¿por qué estrellar los niños inocentes  
y beber de las vírgenes el lloro  
y emplear el fusil de tus valientes  
en manchar tu esplendor y tu decoro?

De la sangre de un pueblo de guerreros  
sacias, mezquina, el corazón bastardo;  
¿dónde están los famosos caballeros  
del pendón de Luis y de Bayardo?

Con bajo ardid y con mentira aleve  
de los fuertes el brazo desarmaste,  
y de la flor de mayo el alba nieve  
con su sangre caliente matizaste.

¿Por qué no los venciste en la pelea  
si eran valientes, nobles y leales;  
si al sol que en el oriente centellea  
el resplandor le hurtaban sus señales?

Tú te dijiste: “—En un sangriento lago  
sumergiré de su león la raza,  
temblarán de mis lanzas al amago  
cuando resuene el cuerno de mi caza”.

Pensaste ¡vive dios! como cobarde,  
que el corazón no hiela el torpe miedo  
donde la llama de los héroes arde  
que alzó Padilla en la imperial Toledo.

¡Goza en tu crimen, miserable, goza!,  
¡harto de llanto y de dolor te viene,  
que a tu espalda la invicta Zaragoza  
luengos y oscuros lutos te previene!

Tú, que soñabas triunfos y quimeras,  
¿por qué cubre el rubor tu altiva sien?  
¿Dónde están los cañones y banderas  
que atronaron los campos de Bailén?

Llegó tu hora: el español coraje  
se despertó del sueño en que yacía;  
y ver pudiste el nefando ultraje  
como el genio del mal en tu agonía,

que, al mirar en la noche de la Albuera  
irse apagando el faro de tu gloria,  
ya el águila cantaba lastimera  
la sangrienta jornada de Vitoria.

¡Caíste! Para ti no hay esperanza,  
carcomió el crimen tu luciente arnés,  
secó tus lauros y rompió tu lanza,  
sobre tu tumba crecerá el ciprés...

Venid, doncellas hermosas;  
venid, niños inocentes,  
y con laureles y rosas,  
y con las ramas llorosas,  
de los sauces de las fuentes,  
coronad el mármol frío,  
templo de nuestra grandeza,  
mientras que el cántico pío  
de religión su pureza  
vierte cual suave rocío.

El himno de los cañones  
con esa mística nube  
de inciensos y de oraciones  
en vagarosos festones  
a la azul bóveda sube.

Y un pueblo entero postrado  
viene a rezar por los muertos,  
y ardiente y acelerado  
late el corazón honrado  
ante sus despojos yertos.

¡Oh, cuán hermoso es morir  
por la patria que se adora!  
¡Cuán puro y noble dormir  
bajo el mármol que atesora  
la fama y el porvenir!

La virgen que se arrodilla  
sobre el césped del guerrero,  
cuando del cielo en la orilla  
la luna pálida brilla  
por las noches del enero;  
y el joven que por su frente  
siente pasar generoso  
del honor el soplo ardiente  
que murmura sonoro  
en los lauros del valiente;  
y el rugoso y noble anciano  
que siente en su corazón,  
ante el mármol soberano,  
zumar el eco lejano  
de la guerrera canción,  
ángeles son de consuelo,  
de la noche dulces flores  
que derraman sus olores  
de las tumbas en el duelo,  
de la ausencia en los dolores.

La voz de los cañones se ha apagado  
que retumbó de mayo a la memoria.  
Solos quedáis en el desierto Prado,  
solos con el arcángel de la gloria.  
Y a su pie vibra el arpa del poeta  
para cantar los himnos de la tumba,  
mientras el aura de la noche inquieta  
entre los sauces desmayados zumba.  
Regia corona, campos milagrosos  
que ve el conquistador en sus ensueños,  
crepúsculos de amor esplendorosos,  
de juventud pensiles halagüeños,  
¿qué sois ante la tumba del soldado  
que por la patria libertad cayó?,  
¿qué sois al pie del nombre blasonado  
que en letras de oro la virtud grabó?

¡Gloria a vosotros, que, de patria al nombre,  
de libertad al generoso acento,  
la luz alzasteis del honor del hombre  
sobre las alas del sonante viento!

¡Imagen santa de la patria mía,  
mi corazón adora tu bandera!  
Yo las guirnaldas del amor daría  
por un sepulcro en tu feliz ribera.

Por un sepulcro que tu llanto riegue,  
por un sepulcro que tu flor corone,  
y a do en la noche palpitante llegue  
cántico triste que tu voz entone.

Héroes de mayo, el fuego de la guerra  
los déspotas encienden en los montes,  
y empaña el humo a la española tierra  
el sol de sus brillantes horizontes.

Mi brazo es débil, y en el arpa mía  
los cánticos no vibran de Tirteo;  
y su lánguido son apagaría  
la tromba del gigante Pirineo,

mas, si despunta el alba de la gloria  
al áspero silbar de la metralla,  
y descuellan las palmas de victoria  
entre el ronco fragor de la batalla,

yo arrojaré mi lira en el torrente  
con sus trovas de amor y de pesares,  
y humillaré con religión la frente  
al pie de vuestros ínclitos altares,

y de ese mármol del honor testigo  
descolgaré la generosa lanza  
y ante el plomo al caer del enemigo,  
muriendo allí repetiré: ¡Venganza!

A ESPRONCEDA

¿Y tú también, lucero milagroso,  
roto y sin luz bajaste  
del firmamento azul y esplendoroso,  
donde en alas del genio te ensalzaste?

¡Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,  
de tu gallardo pecho la hidalguía!  
¿Cómo no defendieron tu cabeza  
de la guadaña impía?

¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,  
en la feliz mañana de la vida,  
cuando radiantes páginas la historia  
con solícita mano preparaba,  
súbito deshojó tormenta brava  
esta flor de los céfiros querida?

Águila hermosa que hasta el sol subías,  
que los torrentes de su luz bebías,  
y luego en rauda vuelo  
rastros de luz e inspiración traías  
al enlutado suelo,  
¿quién llevará las glorias españolas  
por los tendidos ámbitos del mundo?

¿Quién las hambrientas olas  
del olvido y su piélago profundo  
bastará a detener? Tus claros ojos  
no lanzan ya celestes resplandores.

Fríos yacen tus ínclitos despojos.  
Faltó el impulso al corazón y al alma.  
En las ramas del sauce de tu tumba  
el arpa enmudeció de los amores,  
y de tu noche en el silencio y calma  
trémula y dolorida el aura zumba.

¡Y yo te canto, pájaro perdido,  
yo a quien tu amor en sus potentes alas  
sacó de las tinieblas del desierto,  
que ornar quisiste con tus ricas galas,  
que gozó alegre en tu encumbrado nido  
de tus cantos divinos el concierto!

¿Qué tengo ya para adornar tu losa?  
Flores de soledad, llanto del alma,  
flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,  
hiedra que sube oscura y silenciosa  
por el gallardo tronco de la palma.

¡Oh, mi Espronceda! ¡Oh generosa sombra!  
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta  
cuando el labio te nombra?  
¿Por qué cuando tu planta  
campos huella de luz y de alegría,  
y tornas a la patria que perdiste,  
torna doliente a la memoria mía,  
a mi memoria triste,  
de tu voz la suavísima armonía?

¡Ay!, si el velo cayera  
con que cubre el dolor mis yertos ojos,  
menos triste de ti me despidiera;  
blanca luz templaría mis enojos  
cuando siguiese tu sereno vuelo  
hasta el confín del azulado cielo.

¡Adiós, adiós!, la angélica morada  
de par en par sus puertas rutilantes  
te ofrece, sombra amada.

Ve a gozar extasiada  
la gloria inmaculada  
de Calderón, de Lope y de Cervantes.

## Índice de primeros versos

A ... *** .....	98
A Blanca .....	213
A Espronceda.....	243
A F. O. ....	157
A la memoria del conde de Campo Alange .....	179
A la memoria del general Torrijos.....	197
Al Dos de mayo .....	235
El cautivo .....	198
El cisne.....	139
El ruiseñor y la rosa .....	189
El Sil.....	151
En el Álbum de una Señora .....	195
En el Álbum de una Señorita.....	212
Fragmento .....	184
Impresiones de la primavera.....	207
La caída de las hojas.....	229
La campana de la oración.....	92
La isla desierta .....	110
La mariposa .....	116
La mujer y la niña.....	170
La niebla.....	104
La nube blanca .....	160
La palma del desierto .....	223
La violeta.....	204
La voz del ángel .....	174
Meditación .....	165
Paz y porvenir.....	219
Polonia .....	145
Un día de soledad .....	186
Un ensueño .....	130
Un recuerdo de los Templarios.....	123
Una gota de rocío .....	89

# Índice

Nota del editor	7
Prefacio. A hombros de gigantes: 168 años de estudios sobre Gil y Carrasco	9
<b>Introducción a la poesía de Enrique Gil</b>	<b>17</b>
Abstract	19
1. El hombre y su tiempo	21
Nuevas lecturas del Romanticismo	21
El postromanticismo anticipado de Gil	24
2. La certeza de la duda y el panteísmo de la Naturaleza	29
La religiosidad de Gil y Carrasco	29
El idealismo giliano	32
La inocencia de la edad: el relato de infancia	36
3. La perfección poética de Gil	41
¿Un poeta menor?	41
Los treinta y dos poemas de Gil	43
4. Ediciones de las poesías de Gil	47
Las tres ediciones anteriores	47
Nuestra edición	50
Bibliografía	52
5. Cronología y comentarios a los 32 poemas	53
5.1. Cronología	53
5.2. Notas y comentarios	55
<b>Poesías líricas</b>	<b>87</b>
Una gota de rocío	89
La campana de la oración	92
A... ***	98
La niebla	104
La isla desierta	110
La mariposa	116
Un recuerdo de los Templarios	123
Un ensueño	130
El cisne	139
Polonia	145
El Sil	151
A F. O.	157
La nube blanca	160
Meditación	165
La mujer y la niña	170
La voz del ángel	174
A la memoria del Conde de Campo Alange	179

Fragmento.....	184
Un día de soledad.....	186
El ruiseñor y la rosa.....	189
En el Álbum de una Señora.....	195
A la memoria del general Torrijos.....	197
El cautivo.....	198
La violeta.....	204
Impresiones de la primavera.....	207
En el Álbum de una Señorita.....	212
A Blanca.....	213
Paz y porvenir.....	219
La palma del desierto.....	223
La caída de las hojas.....	229
Al Dos de Mayo.....	235
A Espronceda.....	243
Índice de primeros versos.....	246



Fraguero.....	.....
Un día de soledad.....	.....
El ruiseñor y la rosa.....	.....
En el Álbum de una Señora.....	.....
A la memoria del general Tortijós.....	.....
El cautivo.....	.....
La violeta.....	.....
Impresiones de la primavera.....	.....
En el Álbum de una Señorita.....	.....
A Blanca.....	.....
Par y porvenir.....	.....
La palma del desierto.....	.....
La caída de las hojas.....	.....
Al Dos de Mayo.....	.....
A Espionceda.....	.....
Índice de primeros versos.....	.....











BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO  
EDICIÓN DEL II CENTENARIO 1815-2015

La BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO asume el reto de divulgar la obra completa de Enrique Gil en diez tomos —editados en papel por *Paradiso Gutenberg* y en epub por *eBooksBierzo*—, que no puede faltar en ninguna biblioteca leonesa.

Un valioso esfuerzo editorial, dirigido por Valentín Carrera, para poner al alcance de todos los públicos la obra completa de Gil en una cuidada edición popular, atractiva y moderna, con documentos e imágenes, prólogos de destacados autores bercianos y artículos de los principales especialistas internacionales.

Estudiantes y profesores encontrarán en [www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com) una *Guía de lectura* con actividades didácticas para el estudio del poeta villafranquino, y del Romanticismo, en todos los institutos y colegios, especialmente en los de León y El Bierzo.

- I. Poesía
- II. El Lago de Carucedo
- III. Viaje a una provincia del interior
- IV. Crítica literaria
- V. Miscelánea
- VI. Viajes y costumbres
- VII. Último viaje: Diario París-Berlín
- VIII. El Señor de Bembibre
- IX. Ensayos literarios sobre Gil y Carrasco
- X. Enrique Gil y El Bierzo

## LA POESÍA DE ENRIQUE GIL Y CARRASCO

Enrique Gil murió en Berlín en 1846, a los treinta y un años de edad. Sus libros y papeles fueron vendidos para pagar deudas, de modo que tal vez haya manuscritos inéditos en la trastienda de algún anticuario berlinés. La posteridad ha conservado treinta y dos composiciones dispersas en periódicos de la época o declamadas en el Liceo, donde Gil frecuentó la amistad de Espronceda y Zorrilla. Tras su muerte, el escritor berciano quedó en el olvido. En 1873, los amigos reunieron sus poemas y muchos pensaron que Gil seguía los pasos de las *Rimas*; pero fue al revés, Gil había sido el primer poeta postromántico tres décadas antes. Su poesía, estudiada en universidades de todo el mundo, anticipa la de Bécquer, Rosalía y Carolina Coronado, extiende su influjo hasta el Modernismo, e impregna toda la lírica posterior.

Sin embargo, la poesía de Enrique Gil ha permanecido casi inédita; en los 168 años transcurridos desde su muerte ha sido editada tres veces: *Poesías Líricas* (1873), B. A. E. (1954) y *Breviarios de la Calle del Pez* (2000). Esta cuarta edición se abre con *Introducción a la poesía de Gil y Carrasco*, donde Valentín Carrera indaga las claves del idealismo giliano y propone nuevas lecturas de su poesía, y presenta los treinta y dos poemas escritos por Enrique Gil entre 1837 y 1842, por primera vez ordenados cronológicamente, revisados y corregidos, limpios y desnudos. El lector hallará también una sorpresa: el CD *Una gota de rocío*, interpretado por la voz honda de Amancio Prada en homenaje a Gil y Carrasco, exclusiva que debemos a la generosidad del artista berciano.

El volumen se completa con otro distribuido conjuntamente, la edición facsímil de *Obras Líricas*, ¡la primera edición de 1873!, que incluye el precioso texto *Un ensueño*, biografía del poeta escrita por su hermano Eugenio. Un lujo para coleccionistas y amantes de nuestro romántico.

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015  
[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)

Paradiso\_Gutenberg



9 788415 699415



G 57943

POESÍA

GIL Y CARRASCO